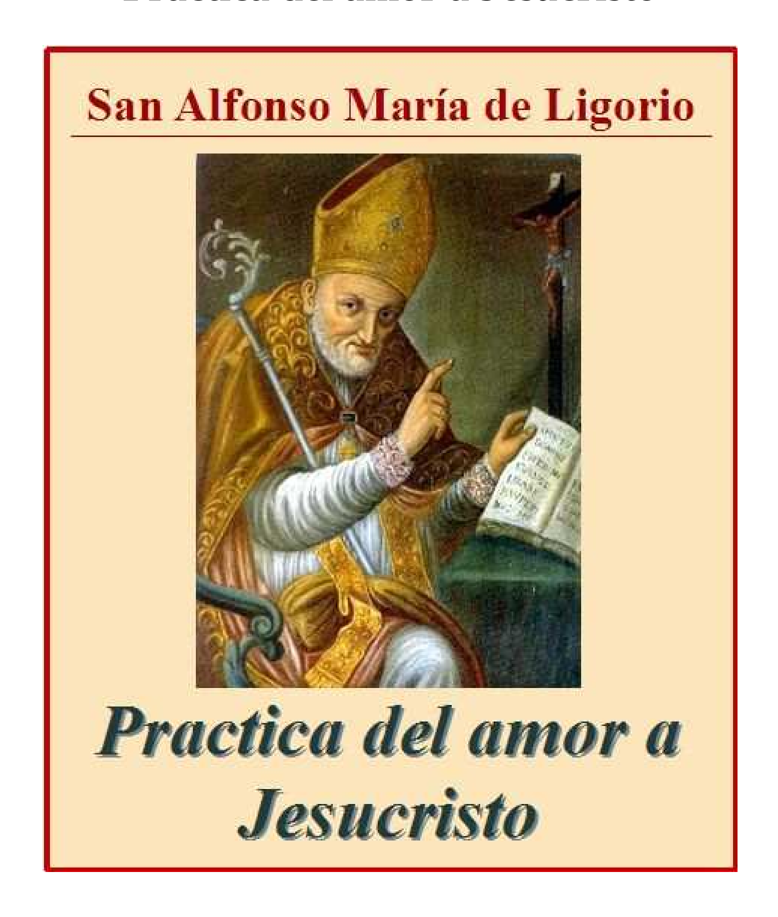
Práctica del amor a Jesucristo



San Alfonso María de Ligorio

PRESENTACIÓN

El mismo título del libro que presentamos indica claramente su contenido. No es una obra que permanezca en el campo de la teoría: se trata de una invitación suave y apremiante para amar a Jesucristo. La mayor parte del pequeño libro está dedicada a desentrañar el íntimo sentido de las dotes de la caridad, que describe San Pablo: La caridad es sufrida y bienhechora; la caridad no tiene envidia, no obra precipitadamente, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca sus intereses, no se irrita, no piensa mal, no se huelga de la injusticia, se complace, sí, en la verdad; a todo se acomoda, cree todo, todo lo espera y lo soporta todo.

Los profundos conocimientos de los textos sagrados y de los Santos Padres y de la literatura ascética y mística, que, en sus largas horas de estudio, había adquirido el poderoso talento de San Alfonso María de Ligorio, están al servicio de estas palabras reveladas. Es la vida misma de la Iglesia la que sentimos palpitar cuando vemos surgir, de las escuetas palabras de San Pablo, el noble edificio de la santidad cristiana, asequible a todas las almas, con la ardua dificultad de lo heroico y la suprema sencillez del amor. Porque la vasta ciencia de Alfonso adquiere unidad y vida de su amor ardiente al Crucificado. Las numerosísimas citas que se entrelazan en el texto no son nunca apostillas eruditas. No existe nunca una interrupción del discurso. El autor las ha hecho ya carne de su carne y vida de su vida, y es su corazón quien sigue hablando con el ropaje humilde de las palabras prestadas.

Habla su corazón, pero a la luz siempre de su criterio claro y seguro. Inculca una piedad doctrinal. Por ejemplo, cuando tranquiliza a las almas que, afincadas por largo tiempo en la virtud, dudan de haber consentido en un pecado mortal: «Cuando las personas –explica– que han hecho mucho tiempo vida espiritual y son temerosas de Dios, dudan o no saben con certeza si han consentido en alguna culpa grave, han de tener por cosa segura que no han perdido la gracia divina, porque es moralmente imposible que una voluntad, confirmada durante mucho tiempo en los buenos propósitos, cambie repentinamente y consienta en un pecado mortal sin darse claramente cuenta de ello». Y San Alfonso es el moralista cuyas obras han recibido el espaldarazo de la Iglesia: nihil censura dignum *–nada digno de censura– se ha encontrado en sus afirmaciones, que pueden seguirse siempre en la práctica:* inoffenso pede percurri possunt.

Mas la Moral, a pesar de su primordial importancia en el terreno práctico, no es todo el Cristianismo, ni siquiera su parte más destacada. Antes está el Dogma, del que la Moral deriva sus conclusiones, reguladoras de la conducta de los hombres.

Por eso, la Práctica del amor a Jesucristo *encuentra en la teología dogmática el asiento firme y seguro de la piedad. Así, San Alfonso, penetrando en la esencia de la visión beatífica, purifica nuestra esperanza y toda nuestra vida de un posible y sutil egoísmo. En efecto, el hombre suele empezar a amar a Dios –ya lo notó San Bernardo– con un amor de concupiscencia, con un amor egoísta: se ama a sí mismo más que a Dios, y le busca como medio para la propia gloria, felicidad y plenitud. En esta situación el hombre no tiene caridad, amor verdadero y sobrenatural para con Dios. La caridad exige precisamente lo*

opuesto: que nosotros amemos a Dios con amor de benevolencia, sobre todas las cosas, y nos consideremos como medios para su gloria, para la plenitud de Cristo. Por las veredas de la vida interior, nuestro amor a Dios se va purificando de su original egoísmo, y San Alfonso, al afirmar que el que ama a Jesucristo todo lo espera de Jesucristo –caritas omnia sperat–, *nos muestra cuál será la suprema generosidad de nuestro amor en el Cielo, que ya debemos empezar a vivir de algún modo en la tierra: «Todo bienaventurado, por el amor que tiene a Dios, se contentaría con perder toda su felicidad y con padecer todas las penas para que no faltase a Dios (si faltarle pudiese) una pequeña parte de la felicidad de que goza. Por lo cual, todo su paraíso es ver que Dios es infinitamente feliz y que su felicidad nunca puede faltar. Así se entiende lo que dice el Señor al alma, cuando le da posesión de la gloria: «Entra en el gozo de tu Señor». No es el gozo el que entra en el bienaventurado, sino que es el bienaventurado el que entra en el gozo de Dios, el cual es, a la vez, el goce del bienaventurado».*

No quiero descubrir más secretos íntimos de esta Práctica del amor a Jesucristo. *Te diré solamente, lector, que la escribió San Alfonso, en 1768, a los setenta y dos años, y que su autor, aquel abogado italiano, joven y brillante, que llegó a ser sacerdote y obispo y santo, y fundador de familias religiosas en el seno de la Iglesia, te ayude a conseguir lo que él se propuso al escribir todas sus obras.*

* * *

Debemos la pulcra traducción de esta obra al P. ANDRES GOY, C. SS. R. A él y a la B. A. C., en cuyo volumen núm. 78 se incluyó por primera vez la versión del P. Goy, vaya nuestro más reconocido agradecimiento.

CRISTINO SOLANCE

CAPÍTULO I:
CUÁNTO MERECE SER AMADO JESUCRISTO POR EL AMOR QUE NOS MOSTRÓ EN SU PASIÓN

Si quis non amat Dominum Iesum Christum, sit anathema
Si alguno no ama al Señor, sea anatema (*I Cor,* XVI, 22).

Toda la santidad y perfección del alma consiste en amar a Jesucristo, Dios nuestro, sumo Bien y Salvador. *El Padre* –dice el propio Jesús– *os ama porque vosotros me habéis amado* [1]. «Algunos –expone San Francisco de Sales– cifran la perfección en la austeridad de la vida, otros en la oración, quiénes en la frecuencia de sacramentos y quiénes en el reparto de limosnas; mas todos se engañan, porque la perfección estriba en amar a Dios de todo corazón». Ya lo decía el Apóstol: *Y sobre todas estas cosas, revestíos de la caridad, que es el vínculo de la perfección* [2]. La caridad es quien une y conserva todas las virtudes que perfeccionan al hombre; por eso decía San Agustín: «Ama, y haz lo que quieras», porque el mismo amor enseña al alma enamorada de Dios a no hacer cosa que le desagrade y a hacer cuanto sea de su agrado.

¿Por ventura no merece Dios todo nuestro amor? Él nos amó desde la eternidad. Hombre, dice el Señor, mira que fui el primero en amarte. Aún no habías nacido, ni siquiera el mundo había sido creado, y ya te amaba yo. Te amo desde que soy Dios; desde que me amé a mí, te amé a ti. Razón tenía, pues, la virgencita Santa Inés cuando, al pretenderla por esposa un joven que la amaba y reclamaba su amor, le respondía: «¡Fuera, amadores de este mundo!; dejad de pretender mi amor, pues mi Dios fue el primero en amarme, ya que me amó desde toda la eternidad; justo es, por consiguiente, que a Él consagre todos mis afectos y a nadie más que a Él».

Viendo Dios que los hombres se dejan atraer por los beneficios, quiso, mediante sus dádivas, cautivarlos a su amor, y prorrumpió: «Con cuerdas humanas los atraía, con lazos de amor» [3]. Quiero obligar a los hombres a amarme con los lazos con que ellos se dejan atraer, esto es, con los lazos del amor, que no otra cosa son cuantos beneficios hizo Dios al hombre. Después de haberlo dotado de alma, imagen perfectísima suya y enriquecida de tres potencias, memoria, entendimiento y voluntad, y haberle dado un cuerpo hermoseado con los sentidos, creó para él el cielo y la tierra y cuanto en ellos hay: las estrellas, los planetas, los mares, los ríos, las fuentes, los montes, los valles, los metales, los frutos y todas las especies de animales, a fin de que, sirviendo al hombre, amase éste a Dios en agradecimiento a tantos beneficios. «El cielo, la tierra y todas las cosas me están diciendo que te ame», decía San Agustín. Señor mío, proseguía, todo cuanto veo en la tierra y fuera de ella, todo me habla y me exhorta a amaros, porque todo me dice que vos lo habéis creado por mí. El abate Rancé, fundador de la Trapa, cuando desde su eremitorio se detenía a contemplar las colinas, las fuentes, los regatillos, las flores, los planetas, los cielos, sentía que todas estas criaturas le inflamaban en amor a Dios, que por su amor las había creado.

También Santa María Magdalena de Pazzi, cuando cogía una hermosa flor, se sentía abrasar en amor divino y exclamaba: «¿Con que Dios desde toda la eternidad pensó en crear esta florecita por mí?»; así que la tal florecilla se trocaba para ella en amoroso dardo que la hería suavemente y unía más con Dios. A su vez, Santa Teresa de Jesús decía que, mirando los árboles, fuentes, riachuelos, riberas o prados, oía que le recordaban su

ingratitud en amar tan poco al Creador, que las había creado para ser amado de ella. Se cuenta a este propósito que a cierto devoto solitario, paseando por los campos, se le hacía que hierbezuelas y flores le salían al paso a echarle en cara su ingratitud para con Dios, por lo que las acariciaba suavemente con su bastoncico y les decía: «Callad, callad; me llamáis ingrato y me decís que Dios os creó por amor mío y que no le amo; ya os entiendo; callad, callad y no me echéis más en cara mi ingratitud».

Mas no se contentó Dios con darnos estas hermosas criaturas, sino que, para granjearse todo nuestro amor, llegó a darse por completo a sí mismo: *Porque así amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo unigénito* [4]. Viéndonos el Eterno Padre muertos por el pecado y privados de su gracia, ¿qué hizo? Por el inmenso amor que nos tenía, o, como dice el Apóstol, por su excesivo amor, mandó a su amadísimo Hijo a satisfacer por nosotros y devolvernos así la vida que el pecado nos había arrebatado [5]. Y, dándonos al Hijo –no perdonando al Hijo para perdonarnos a nosotros–, junto con el Hijo nos dio toda suerte de bienes, su gracia, su amor y el paraíso, porque todos estos bienes son ciertamente de más ínfimo precio que su Hijo [6].

Movido, además, el Hijo por el amor que nos tenía, se nos entregó completamente [7]. Y, para redimirnos de la muerte eterna y devolvernos la gracia divina y el paraíso perdido, se hizo hombre y se vistió de carne como nosotros [8]. Y vimos a la majestad infinita como anonadada [9]. El Señor del universo se humilló hasta tomar forma de esclavo y se sujetó a todas las miserias que el resto de los hombres padecen.

Pero lo que hace más caer en el pasmo es que, habiéndonos podido salvar sin padecer ni morir, eligió vida trabajosa y humillada y muerte amarga e ignominiosa, hasta morir en cruz, patíbulo infame reservado a los malhechores [10]. Y ¿por qué, pudiéndonos redimir sin padecer, quiso abrazarse con muerte de cruz? Para demostrarnos el amor que nos tenía [11]. Nos amó, y porque nos amó se entregó en manos de los dolores, ignominias y muerte la más amarga que jamás hombre alguno padeció sobre la tierra.

Razón tenía el gran amador de Jesucristo, San Pablo, al afirmar: *El amor de Cristo nos apremia* [12], que equivalía a decir que le obligaba y como forzaba más a amar a Jesucristo, no tanto por lo que por él había padecido, cuanto el amor con que lo había sufrido. Oigamos cómo discurre San Francisco de Sales acerca del citado texto: «Saber que Jesucristo, verdadero eterno Dios omnipotente, nos ha amado hasta querer sufrir por nosotros muerte de cruz, ¿no es sentir como prensados nuestros corazones y apretados fuertemente, para exprimir de ellos el amor con una violencia que cuanto es más fuerte es tanto más deleitosa?». Y prosigue: «¿Por qué no nos abrazamos en espíritu a Él, para acompañarle en la muerte de cruz, ya que en ella quiso morir por nuestro amor?... Un mismo fuego consumirá al Creador y a su miserable criatura; mi Jesús es todo mío y yo todo suyo. Viviré y moriré sobre su pecho, y ni la muerte ni la vida serán poderosas para separarme de Él. ¡Oh amor eterno!, mi alma os busca y os elige para siempre. Venid, Espíritu Santo, e inflamad nuestros corazones en vuestro amor. ¡O amar o morir! ¡Morir y amar! Morir a todo otro amor para vivir en el de Jesús y así no morir eternamente, y viviendo en nuestro amor eterno, ¡oh Salvador de las almas!, cantaremos eternamente: ¡Viva Jesús! ¡Yo amo a Jesús! ¡Viva Jesús, a quien amo! ¡Yo amo a Jesús, que vive y reina por los siglos de los siglos! Amén».

Tanto era el amor que Jesucristo tenía a los hombres, que le hacía anhelar la hora de la muerte para demostrarles su afecto, por lo que repetía: *Con bautismo tengo que ser bautizado, y ¡qué angustias las mías hasta que se cumpla!* [13]. Tengo de ser bautizado con mi propia sangre, y ¡cómo me aprieta el deseo de que suene pronto la hora de la pasión,

para que comprenda el hombre el amor que le profeso! De ahí que San Juan, hablando de la noche en que Jesucristo comenzó su pasión, escribiera: *Sabiendo Jesús que era llegada su hora de pasar de este mundo al Padre, como hubiese amado a los suyos..., los amó hasta el extremo* [14]. El Redentor llamaba aquella hora *la suya,* porque el tiempo de su muerte era su tiempo deseado, pues entonces quería dar a los hombres la postrer prueba de su amor, muriendo por ellos en una cruz, acabado de dolores.

Mas ¿quién fue tan poderoso que movió a Dios a morir ajusticiado en un patíbulo, en medio de dos malhechores, con tanto desdoro de su divina majestad? ¿Quién hizo esto?, pregunta San Bernardo, y se responde: Lo hizo el amor que no entiende de puntos de honra. ¡Ah!, que cuando el amor quiere darse a conocer, no hace cuenta con lo que hace a la dignidad del amante, sino que busca el modo de darse a conocer a la persona amada. Sobrada razón tenía, por lo tanto, San Francisco de Paula al exclamar ante un crucifijo: «¡Oh caridad, oh caridad, oh caridad!». De igual modo, todos nosotros, mirando a Jesús crucificado, debiéramos decir: ¡Oh amor, oh amor, oh amor!

Si no nos lo asegurara la fe, ¿quién hubiera jamás creído que un Dios omnipotente, felicísimo y señor de todo cuanto existe, llegara a amar de tal modo al hombre que se diría había salido como fuera de sí? «Vimos a la misma Sabiduría –dice San Lorenzo Justiniano–, es decir, al Verbo eterno, como enloquecido por el mucho amor que profesa a los hombres». Igual decía Santa María Magdalena de Pazzi cuando, en un transporte extático, tomó una cruz y andaba gritando: «Sí, Jesús mío, eres loco de amor. Lo digo y lo repetiré siempre: Eres loco de amor, Jesús mío». Pero no, dice San Dionisio Areopagita, no es locura, sino efecto natural del divino amor, que hace al amante salir de sí para darse completamente al objeto amado, «que éste es el éxtasis que causa el amor divino».

¡Oh si los hombres se detuvieran a considerar, cuando ven a Jesús crucificado, el amor que les tuvo a cada uno de ellos! «Y ¿cómo no quedaríamos abrasados de ardiente celo –exclamaba San Francisco de Sales– a vista de las llamas que abrasan al Redentor?... Y ¿qué mayor gozo que estar unidos a Él por las cadenas del amor y del celo?». San Buenaventura llamaba a las llagas de Jesucristo «llagas que hieren los más duros corazones y que inflaman en amor a las almas más heladas». Y ¡qué de saetas amorosas salen de aquellas llagas para herir los más puros corazones! Y ¡qué de llamas salen del corazón amoroso de Jesús para inflamar los más fríos corazones! Y ¡qué de cadenas salen de aquel herido costado para cautivar los más rebeldes corazones!

San Juan de Ávila estaba tan enamorado de Jesucristo, que en todos sus sermones no dejaba de predicar del amor que nos profesó, y en un tratado suyo sobre el amor de este amantísimo Redentor a los hombres, se expresa con tan encendidos afectos, que, por serlo tanto, prefiero transcribirlos. Dice así: «¡Oh amor divino, que saliste de Dios, y bajaste al hombre, y tornaste a Dios! Porque no amaste al hombre por el hombre, sino por Dios; y en tanta manera lo amaste, que quien considera este amor no se puede esconder de tu amor, porque haces fuerza a los corazones, como dice tu Apóstol: *La caridad de Cristo nos hace fuerza...* Ésta es la fuente y origen del amor de Cristo para con los hombres, si hay alguno que lo quiera saber. Porque no es causa de este amor la virtud, ni bondad, ni la hermosura del hombre, sino las virtudes de Cristo, y su agradecimiento, y su gracia, y su inefable caridad para con Dios. Esto significan aquellas palabras suyas que dijo el jueves de la Cena: Para que conozca el mundo cuánto yo amo a mi Padre, *levantaos y vamos de aquí* [15]. ¿Adónde? A morir por los hombres en la cruz.

...»No alcanza ningún entendimiento angélico que tanto arda ese fuego ni hasta dónde llegue su virtud. No es el término hasta donde llegó, la muerte y la cruz; porque si,

así como le mandaron padecer una muerte, le mandaran millares de muertes, para todo tenía amor. Y si lo que le mandaron padecer por la salud de todos los hombres le mandaran hacer por cada uno de ellos, así lo hiciera por cada uno como por todos. Y si como estuvo aquellas tres horas penando en la cruz fuera menester estar allí hasta el día del juicio, amor había para todo si nos fuera necesario. De manera que mucho más amó que padeció; muy mayor amor le quedaba encerrado en las entrañas de lo que mostró acá defuera en sus llagas.

...»¡Oh amor divino, y cuánto mayor eres de lo que padeces! Grande parece por acá defuera; porque tantas heridas y tantas llagas y azotes, sin duda nos predican amor grande; mas no dicen toda la grandeza que tiene, porque mayor es allá dentro de lo que por fuera parece. Centella es ésta que sale de aquel fuego, rama que procede de ese árbol, arroyo que nace de ese piélago de inmenso amor. Ésta es la mayor señal que puede haber de amor: poner la vida por sus amigos [16].

...»Esto es lo que les hace salir de sí (a los verdaderos hijos y amigos) y quedar atónitos cuando, recogidos en lo secreto de su corazón, les descubres estos secretos y se los das a sentir. De aquí nace el deshacerse y abrasarse sus entrañas; de aquí el desear los martirios; de aquí el sentir refrigerio en las parrillas y el pasearse sobre las brasas como sobre rosas; de aquí el desear los tormentos como convites, y holgarse de todo lo que el mundo teme, y abrazar lo que el mundo aborrece.

...»El alma –dice San Ambrosio– que está desposada con Jesucristo y voluntariamente se junta con Él en la cama de la cruz, ninguna cosa tiene por más gloriosa que traer consigo las insignias y librea del Crucificado.

...»Pues ¿cómo te pagaré yo, Amador mío, este amor? Esto sólo es digno de recompensación, que la sangre se recompense con sangre... Véame yo con esa sangre teñido y con esa cruz enclavado. ¡Oh cruz, hazme lugar y recibe mi cuerpo y deja el de mi Señor!... Para esto dice tu Apóstol moriste, para enseñorearte de vivos y muertos [17].

...»¡Oh robador apresurado y violento! ¿Qué espada será tan fuerte, qué arco tan recio y bien flechado, que pueda penetrar a un fino diamante? La fuerza de tu amor ha despedazado infinitos diamantes. Tú has quebrado la dureza de nuestros corazones. Tú has inflamado a todo el mundo en tu amor... ¿Qué has hecho, Amor dulcísimo? ¿Qué has querido hacer en mi corazón? Vine para curarme, y ¡me has herido! Vine para que me enseñases a vivir, y ¡me haces loco! ¡Oh sapientísima locura, no me vea yo jamás sin Ti!

...»No solamente la cruz, mas la misma figura que en ella tienes nos llama dulcemente a amor; la cabeza tienes reclinada para oírnos y darnos besos de paz, con la cual convidas a los culpados; los brazos tienes tendidos para abrazarnos, las manos agujereadas para darnos tus bienes, el costado abierto para recibirnos en tus entrañas, los pies clavados para esperarnos y para nunca te poder apartar de nosotros».

Mas para alcanzar el verdadero amor de Jesucristo menester es emplear los medios a ello conducentes. He aquí lo que nos enseña Santo Tomás de Aquino:

1.° Tener continua memoria de los beneficios de Dios, tanto particulares como generales.

2.° Considerar la infinita bondad de Dios, que a cada instante nos tiene presentes para colmarnos de favores, y, al mismo tiempo que nos está amando, reclama también en retorno nuestro amor.

3.° Evitar con diligencia cuanto le desagrade, aun lo más mínimo.

4.° Despegar el corazón de los bienes terrenos: riquezas, honores y placeres de los sentidos.

Otro modo muy excelente para alcanzar el perfecto amor de Jesucristo nos lo brinda el padre Taulero, y consiste en meditar en la sagrada pasión.

¿Quién podrá negar que la pasión de Jesucristo es la devoción de las devociones, la más útil, más querida de Dios, la que más consuela a los pecadores y la que mejor inflama las almas amantes? Y ¿por dónde nos vienen más gracias que por la pasión de Jesucristo? ¿Dónde se funda nuestra esperanza de perdón, la fortaleza contra las tentaciones y la confianza de alcanzar la salvación? ¿Dónde tienen su fuente tantas sobrenaturales inspiraciones, tantas llamadas amorosas, tantos impulsos a mudar de vida y tantos deseos de darnos a Dios, sino en la pasión de Jesucristo? Sobrada razón tenía, por tanto, el Apóstol cuando lanzaba anatema contra quien no amase a Jesucristo: *Si alguno no ama al Señor, sea anatema* [18].

Dice San Buenaventura que no hay devoción más apta para santificar el alma que la meditación de la pasión de Jesucristo, por lo que nos aconseja que meditemos a diario en ella si deseamos adelantar en el divino amor. Y ya antes dijo San Agustín, según refiere Bernardino de Bustis, que vale más una lágrima derramada en memoria de la pasión que ayunar una semana a pan y agua. De ahí que los santos siempre estuviesen meditando los dolores de Jesucristo. San Francisco de Asís llegó de este modo a ser un serafín. Le halló cierto día un caballero gimiendo y gritando, y, preguntada la razón, respondió: «Lloro los dolores e ignominias de mi Señor, y lo que más me hace llorar es que los hombres no se recuerdan de quien tanto padeció por ellos». Y a continuación redobló las lágrimas, hasta el extremo de que el caballero prorrumpió también en sollozos. Cuando el Santo oía balar a un corderillo o veía cualquier cosa que le renovara la memoria de los padecimientos de Cristo, se renovaban lágrimas y suspiros. En una de sus enfermedades hubo quien le insinuó que si quería le leyesen algún libro devoto, y respondió: «Mi libro es Jesús crucificado», por lo que continuamente exhortaba a sus hermanos que pensaran siempre en la pasión de Jesucristo.

Tiépolo escribe: «Quien no se enamora de Dios contemplando a Jesús crucificado, no se enamorará jamás».

Afectos y súplicas

¡Oh Verbo eterno!, treinta y tres años pasasteis de sudores y fatigas, disteis sangre y vida para salvar a los hombres, y, en suma, nada perdonasteis para haceros amar de ellos. ¿Cómo, pues, puede haber hombres que aún no os amen? ¡Ah, Dios mío!, que entre estos ingratos me encuentro yo. Confieso mi ingratitud, Dios mío; tened compasión de mí. Os ofrezco este ingrato corazón ya arrepentido. Sí, me arrepiento sobre todo otro mal, querido Redentor mío, de haberos despreciado. Me arrepiento y os amo con toda mi alma.

Alma mía, ama a un Dios sujeto como reo por ti, a un Dios flagelado como esclavo por ti, a un Dios hecho rey de burlas por ti, a un Dios, finalmente, muerto en cruz como malhechor por ti.

Sí, Salvador y Dios mío, os amo, os amo; recordadme siempre cuanto por mí padecisteis, para que nunca me olvide de amaros.

Cordeles que atasteis a Jesús, atadme también con Él; espinas que coronasteis a Jesús, heridme de amor a Él; clavos que clavasteis a Jesús, clavadme en la cruz con Él, para que con Él viva y muera.

Sangre de Jesús, embriágame en su santo amor; muerte de Jesús, hazme morir a todo afecto terreno; pies traspasados de mi Señor, a Vos me abrazo para que me libréis del

merecido infierno.

Jesús mío, en el infierno no os podré ya amar; yo quiero amaros siempre. Amado Salvador mío, salvadme, estrechadme contra vos y no permitáis que vuelva jamás a perderos.

¡Oh María, Madre de mi Salvador y refugio de pecadores!, ayudad a un pecador que quiere amar a Dios y a vos se encomienda: por el amor que tenéis a Dios, venid en mi socorro.

[1] *Ipse enim Pater amat vos, quia vos me amastis* (*Io.,* XVI, 27).

[2] *Super omnia autem haec, caritatem habete, quod est vinculum perfectionis* (*Col.,* III, 14).

[3] *In funiculis Adam traham eos, in vinculis caritatis* (*Os.,* II, 4). *–Con cuerdas humanas:* es decir, de bondad.

[4] *Sic enim Deus dilexit mundum ut Filium suum unigenitum daret* (*Io.,* III, 16).

[5] *Propter nimiam caritatem suam qua dilexit nos, et cum essemus mortui peccatis, convivificavit nos in Christo* (*Eph.,* II, 4, 5).

[6] *Qui etiam proprio Filio suo non pepercit, sed pro nobis omnibus tradidit illum, quomodo non etiam cum illo omnia nobis donavit?* (*Rom.,* VIII, 32).

[7] *Dilexit nos et tradidit semetipsum pro nobis* (*Gal.,* II, 20).

[8] *Et Verbum caro factum est* (*Io.,* I, 14).

[9] *Semetipsum exinanivit formam servi accipiens... et habitu inventus ut homo* (*Phil.,* II, 7).

[10] *Humiliavit semetipsum, factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis* (*Phil.,* II, 8).

[11] *Dilexit nos et tradidit semetipsum pro nobis* (*Eph.,* V, 2).

[12] *Caritas Christi urget nos* (*II Cor.,* V, 14).

[13] *Baptismo... habeo baptizari, et quomodo coarctor usque dum perficiatur?* (*Lc.,* XII, 50).

[14] *Sciens Iesus quia venit hora eius ut transeat ex hoc mundo ad Patrem cum dilexisset suos... in finem dilexit eos* (*Io,* XIII, 1).

[15] *Surgite, eamus hinc* (*Io.,* XIV, 31).

[16] *Maiorem hac dilectionem nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis* (*Io.,* XV, 13).

[17] *In hoc enim Christus mortuus est, et resurrexit: ut et mortuorum et vivorum dominetur* (*Rom.,* XIV, 9).

[18] *Si quis non amat Dominum nostrum Iesum Christum, sit anathema* (*I Cor.,* XVI, 22).

CAPÍTULO II:
CUÁNTO MERECE SER AMADO JESUCRISTO POR EL AMOR QUE NOS MOSTRÓ EN LA INSTITUCIÓN DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO DEL ALTAR

Sabiendo Jesús que era llegada su hora de pasar de este mundo al Padre, como hubiese amado a los suyos, los amó hasta el extremo [1]. Sabiendo nuestro amantísimo Salvador que era llegada la hora de partir de esta tierra, antes de encaminarse a morir por nosotros, quiso dejarnos la prenda mayor que podía darnos de su amor, cual fue precisamente este don del Santísimo Sacramento.

Dice San Bernardino de Siena que las pruebas de amor que se dan en la muerte quedan más grabadas en la memoria y son las más apreciadas. De ahí que los amigos, al morir, acostumbren dejar a las personas queridas en vida un don cualquiera, un vestido, un anillo, en prenda de su afecto. Pero vos, Jesús, mío, al partir de este mundo, ¿qué nos dejasteis en prenda de vuestro amor? No ya un vestido ni un anillo, sino que nos dejasteis vuestro cuerpo, vuestra sangre, vuestra alma, vuestra divinidad y a vos mismo, sin reservaros nada. «Se te ha dado por entero –dice San Juan Crisóstomo–, no reservándose nada para sí».

Según el Concilio de Trento, en este don de la Eucaristía quiso Jesucristo como derramar sobre los hombres todas las riquezas del amor que tenía reservadas. Y nota el Apóstol que Jesús quiso hacer este regalo a los hombres en la misma noche en que éstos maquinaban su muerte [2]. San Bernardino de Siena es de la opinión de que Jesucristo, «ardiendo de amor a nosotros y no contento con aprestarse a dar su vida por nuestra salvación, se vio como forzado por el ímpetu del amor a ejecutar antes de morir la obra más estupenda, cual era darnos en alimento su cuerpo».

Por eso Santo Tomás llamaba a este sacramento *sacramento de caridad, prenda de caridad. Sacramento de amor,* porque sólo el amor fue el que impulsó a Jesucristo a darse a nosotros en él; y *prenda de amor,* porque si alguna vez dudáramos de su amor, halláramos de él una garantía en este sacramento. Como si hubiera dicho nuestro Redentor al dejarnos este don: ¡Oh almas!, si alguna vez dudáis de mi amor, he aquí que me entrego a vosotras en este sacramento; con tal prenda a vuestra disposición, ya no podréis tener duda de mi amor, y de mi amor extraordinario.

Más lejos va todavía San Bernardo al llamar a este sacramento *amor de los amores,* pues este don encierra todos los restantes dones que el Señor nos hizo, la creación, la redención, la predestinación a la gloria, porque, como canta la Iglesia, la Eucaristía no sólo es prenda del amor que Jesucristo nos tiene, sino también prenda del paraíso que quiere darnos. Por eso San Felipe Neri no acertaba a llamar a Jesucristo en el Santísimo Sacramento sino con el nombre de *amor,* y al cabo de su vida, cuando le llevaron el Viático, exclamó: «He aquí el amor mío, dame a mi amor».

Quería el profeta Isaías que por todas partes se pregonasen las amorosas invenciones de nuestro Dios para hacerse amar de los hombres [3]; pero ¿quién jamás se hubiera imaginado, si Dios no lo hubiera hecho, que el Verbo encarnado quedara bajo las especies de pan para hacerse alimento nuestro? «¿No suena a locura –dice San Agustín– decir: Comed mi carne y bebed mi sangre?». Cuando Jesucristo reveló a sus discípulos este

sacramento que nos quería dejar, se resistían a creerlo y se apartaban de Él, diciendo: *¿Cómo puede éste darnos a comer su sangre?* [4]. *Duro es este lenguaje. ¿Quién sufre el oírlo?* [5]. Pues bien, lo que los hombres no podían pensar ni creer, lo pensó y ejecutó el grande amor de Jesucristo. Tomad y comed, dijo a sus discípulos, y en ellos a todos nosotros; tomad y comed, dijo antes de salir a su pasión. Pero, ¡oh Salvador del mundo!, y ¿cuál es el alimento que antes de morir nos queréis dar? *Tomad y comed* –me respondéis–, *éste es mi cuerpo* [6]; no es éste alimento terreno, sino que soy yo mismo quien me doy todo a vosotros.

Oh, ¡y qué ansias tiene Jesucristo de unirse a nuestra alma en la sagrada comunión! *Con deseo deseé comer esta Pascua con vosotros antes de padecer* [7], así dijo en la noche de la institución de este sacramento de amor. *Con deseo deseé:* así le hizo exclamar el amor inmenso que nos tenía, comenta San Lorenzo Justiniano. Y, para que con mayor facilidad pudiéramos recibirle, quiso ocultarse bajo las especies de pan. Si se hubiera ocultado bajo las apariencias de un alimento raro o de subido precio, los pobres quedarían privados de él; pero no; Jesucristo quiso quedarse bajo las especies de pan, que está barato y todos lo pueden hallar, para que todos y en todos los países lo puedan hallar y recibir.

Para que nos resolviéramos a recibirle en la sagrada comunión, no sólo nos exhorta a ello con repetidas invitaciones: *Venid a comer de mi pan y bebed del vino que he mezclado* [8]. *Comed, amigos; bebed y embriagaos, queridos* [9], sino que también nos lo impone de precepto: *Tomad y comed; éste es mi Cuerpo* [10]. Y para inclinarnos a recibirle nos alienta con la promesa del paraíso: *El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna* [11]. *El que come este pan vivirá eternamente* [12]. En suma, a quien no comulgare, le amenaza con excluirlo del paraíso y lanzarlo al infierno: *Si no comiereis la carne del Hijo del hombre y bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros* [13]. Estas invitaciones, estas promesas y estas amenazas nacen todas del gran deseo que tiene de unirse a nosotros en este sacramento.

Mas, ¿por qué desea tanto Jesucristo que vayamos a recibirle en la sagrada comunión? He aquí la razón. El amor, en expresión de San Dionisio, siempre aspira y tiende a la unión, y, como dice Santo Tomás, «los amigos que se aman de corazón quisieran estar de tal modo unidos que no formaran más que uno solo». Esto ha pasado con el inmenso amor de Dios a los hombres, que no esperó a darse por completo en el reino de los cielos, sino que aun en esta tierra se dejó poseer por los hombres con la más íntima posesión que se pueda imaginar, ocultándose bajo apariencias de pan en el Santísimo Sacramento, Allí está como tras de un muro, y desde allí nos mira como a través de celosías [14]. Aun cuando nosotros no lo veamos, Él nos mira desde allí, y allí se halla realmente presente, para permitir que le poseamos, si bien se oculta para que le deseemos. Y hasta que no lleguemos a la patria celestial, Jesús quiere de este modo entregarse completamente a nosotros y vivir así unido con nosotros.

Mas no bastó a su amor el haberse dado por completo al género humano en su encarnación y en su pasión, muriendo por todos los hombres, sino que inventó el modo de darse todo a cada uno de nosotros, para lo que instituyó el sacramento del altar, a fin de unirse a cada uno de nosotros, como Él mismo dijo: *El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece y yo en él* [15]. En la sagrada comunión, Jesús se une al alma y el alma a Jesús, siendo esta unión no de mero afecto, sino muy real y verdadera. Ello hizo decir a San Francisco de Sales: «En ninguna obra puede considerarse al Salvador ni más tierno ni más amoroso que en ésta, en la que se aniquiló, por decirlo así, y se redujo a alimento para penetrar nuestras almas y unirse enteramente al corazón y hasta al cuerpo de

sus fieles». Dice San Juan Crisóstomo que Jesucristo, por el ardiente amor que nos profesaba, quiso unirse de tal manera a nosotros, que no fuéramos más que una sola y misma cosa.

Hablando San Lorenzo Justiniano con Jesús, le dice: «¡Oh Dios!, enamorado de nuestras almas, por medio de este sacramento dispusiste que tu corazón y el nuestro fueran un solo corazón inseparablemente unido». Y San Bernardino de Siena añade que «el dársenos Jesucristo en alimento fue el último grado del amor, porque unión más cabal y completa no puede darse cual la que hay entre el manjar y quien lo come». ¡Oh, cuánto se complace Jesucristo en estar unido con nuestra alma! Él mismo lo dijo cierto día, después de la sagrada comunión, a su querida sierva Margarita de Iprés: «Mira, hija mía, la hermosa unión que entre nosotros existe; ámame, en adelante permanezcamos siempre unidos en el amor y no nos separemos ya más».

Siendo esto así, habíamos de confesar que el alma no puede hacer ni pensar cosa más grata a Jesucristo como hospedar en su corazón, con las debidas disposiciones, a huésped de tanta majestad, porque de esta manera se une a Jesucristo, que tal es el deseo de tan enamorado Señor. He dicho que hay que recibir a Jesús *no con las disposiciones dignas,* sino *con las requeridas,* porque, si fuese menester ser digno de este sacramento, ¿quién jamás pudiera comulgar? Sólo un Dios podría ser digno de recibir a un Dios. Digo *dignas* en el sentido en que convienen a la mísera criatura vestida de la pobre carne de Adán. Ordinariamente hablando, basta que el alma se halle en gracia de Dios y con vivo deseo de aumentar en ella el amor a Jesucristo. «Sólo por amor se ha de recibir a Jesucristo en la sagrada comunión, ya que sólo por amor se entrega Él a nosotros», dice San Francisco de Sales. Por lo demás, con qué frecuencia haya de comulgar cada uno, negocio es éste que debe resolverse según el prudente dictamen del director espiritual. Sépase, con todo, que ningún estado o empleo, ni aun el de casado o comerciante, es obstáculo a la comunión frecuente cuando el director la juzga oportuna, como declaró el pontífice Inocencio XI en su decreto del año 1679, en que dice: «La comunión más o menos frecuente queda al juicio del confesor, quien indicará a los casados y a los hombres de negocios lo que sea más conveniente».

Téngase también muy entendido que no hay cosa que más aproveche al alma que la sagrada comunión. El Eterno Padre puso en manos de Jesucristo todas sus divinas riquezas [16]; de ahí que, al bajar Jesús al alma en la comunión, lleva consigo inmensos tesoros de gracias, por lo que todo el que comulga puede decir verdaderamente: *Me vinieron los bienes a una todos con ella* [17]. Dice San Dionisio que el sacramento de la Eucaristía tiene, más que los restantes medios espirituales, suma virtud santificadora de las almas. Y San Vicente Ferrer aseguraba que más aprovecha el alma con una sola comunión que con una semana de ayuno a pan y agua.

Primeramente, como enseña el sagrado Concilio de Trento, la comunión es el gran remedio que nos libra de los pecados veniales y nos preserva de los mortales. Dícese que nos libra de los pecados veniales porque, en sentir de Santo Tomás, este sacramento inclina al hombre a hacer actos de amor, con los que se borran los pecados veniales. Y dícese que la comunión *nos preserva de los pecados mortales* porque aumenta la gracia, que nos preserva de las culpas graves, razón por la cual escribía Inocencio III que «si Jesucristo nos libró con su pasión de la esclavitud del pecado, con la Eucaristía nos libra de la voluntad de pecar».

Además, este sacramento inflama principalmente a las almas en el amor divino. Dios es amor [18] y es fuego que consume en nuestros corazones todo afecto terreno [19].

Pues este fuego del amor vino el Hijo del hombre a encender en la tierra [20]. ¡Ah, y qué llamas de divino amor enciende Jesucristo en cuantos le reciben devotamente en este sacramento! Santa Catalina de Siena vio cierto día en manos de un sacerdote a Jesucristo en forma de globo de fuego, y quedó admirada la Santa al ver cómo aquellas llamas no inflamaban y consumían en amor todos los corazones de los hombres. Santa Rosa de Lima, después de comulgar, despedía tales rayos del rostro, que deslumbraba la vista, y desprendía tal calor de su boca, que abrasaba la mano de quien se la acercaba. Cuéntase de San Wenceslao que con sólo visitar en la iglesia al Santísimo Sacramento se inflamaba tanto en santo ardor, que el paje que le acompañaba, caminando sobre la nieve, no sentía los rigores del frío; y es que, según San Juan Crisóstomo, «la Eucaristía es una hoguera que de tal modo inflama a los que a ella se acercan, que como leones que echan fuego por la boca debemos levantarnos de aquella mesa, hechos fuertes y terribles contra los demonios».

Decía la Esposa de los Cantares: *Me condujo a la casa del vino, enarbolando sobre mí el pendón del amor* [21]. Escribe San Gregorio Niseno que la comunión es la bodega, donde el alma de tal modo queda embriagada de amor divino, que la hace como enloquecer y perder de vista todas las cosas criadas; que esto significa aquel languidecer de amor del que a continuación nos habla la Esposa: *Reanimadme con manzanas, porque estoy enferma de amor* [22].

Habrá quien diga: Por eso, precisamente, no comulgo más a menudo, porque me veo frío en el amor; y a este tal le responde Gersón diciendo: «Y ¿porque te ves frío quieres alejarte del fuego?». Cabalmente porque sientes helado tu corazón debes acercarte más a menudo a este sacramento, siempre que alimentes sincero deseo de amar a Jesucristo. «Acércate a la comunión –dice San Buenaventura– aun cuando te sientas tibio, fiándolo todo de la misericordia divina, porque cuanto más enfermo se halla uno, tanta mayor necesidad tiene del médico». Cosa igual decía San Francisco de Sales en su *Filotea:* «Dos clases de personas tienen que comulgar con frecuencia: los perfectos, por hallarse bien dispuestos, y los imperfectos, para llegar a la perfección». Pero no hay que olvidar que para comulgar frecuentemente se necesitan tener grandes deseos de santificarse y crecer en el amor a Jesucristo. El Señor dijo en cierta ocasión a Santa Matilde: «Cuando te acerques a comulgar, desea tener en tu corazón todo el amor que se puede encerrar en él, que yo te lo recibiré como tú quisieras que fuese».

Afectos y súplicas

¡Oh Dios de amor!, ¡oh amante infinito y digno de infinito amor!, decidme: ¿qué más invenciones pudierais hallar para haceros amar de nosotros? No os bastó haceros hombre y sujetaros a nuestras miserias; no os bastó derramar por todos nosotros la sangre a fuerza de tormentos y después morir consumado de dolores en el patíbulo destinado a los reos más infames. Acabasteis por ocultaros bajo las especies de pan para haceros nuestro alimento y así uniros por completo con cada uno de nosotros. Decidme, os pregunto nuevamente, ¿qué más invenciones pudierais hallar para haceros amar de nosotros? ¡Desgraciados si no os amáramos en esta vida; porque, al entrar en la eternidad, cuáles no serían nuestros remordimientos!

Jesús mío, no quiero morir sin amaros, y sin amaros con todas mis fuerzas.

Siento dolor por haberos causado tanta pena; me arrepiento de ello y quisiera morir de puro dolor.

Ahora os amo sobre todas las cosas, os amo más que a mí mismo y os consagro

todos los afectos de mi corazón. Vos que me inspiráis este deseo, dadme fortaleza para llevarlo a la práctica.

Jesús mío, Jesús mío, no quiero de vos otra cosa sino a vos; ya que me habéis atraído a vuestro amor, todo lo dejo y renuncio a todo para unirme a vos, pues vos sólo me bastáis.

María, Madre de Dios, rogad a Jesús por mí y hacedme santo; vos que a tantos trocasteis de pecadores en santos, renovad otra vez este prodigio con vuestro siervo.

[1] *Sciens Iesus quia venit hora eius ut transeat ex hoc mundo ad Patrem, cum dilexisset suos... in finem dilexit eos* (*Io.,* XIII, 1).

[2] *In qua nocte tradebatur, accepit panem, et gratias agens, fregit et dixit: Accipite et manducate, hoc est corpus meum* (*I Cor.,* XI, 23, 24).

[3] *Notas facite in populis adinventiones eius* (*Is.,* XII, 4).

[4] *Quomodo potest hic carnem suam dare ad manducandum?* (*Io.,* VI, 53).

[5] *Durus est hic sermo, et quis potest eum audire?* (*Io.,* VI, 61).

[6] *Hoc est corpus meum* (*I Cor.,* XI, 24).

[7] *Desiderio desideravi hoc pascha manducare vobiscum* (*Lc.,* XXII, 15).

[8] *Venite, comedite panem meum et bibite vinum quod miscui vobis* (*Prov.,* IX, 5).

[9] *Comedite, amici, et bibite, inebriamini, carissimi* (*Cant.,* V, 1).

[10] *Accipite et manducate: hoc est corpus meum* (*I Cor.,* XI, 24).

[11] *Qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem, habet vitam aeternam* (*Io.,* VI, 55).

[12] *Qui manducat hunc panem, vivet in aeternum* (*Io.,* VI, 59).

[13] *Nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis eius sanguinem, non habebitis vitam in vobis* (*Io.,* VI, 54).

[14] *En ipse stat post parietem nostrum, respiciens per fenestram, prospiciens per cancellos* (*Cant.,* II, 9).

[15] *Qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem, in me manet et ego in illo* (*Io.,* VI, 57)

[16] *Omnia dedit ei Pater in manus* (*Io.,* XIII, 3).

[17] *Venerunt autem mihi omnia bona pariter cum illa* (*Sap.,* VII, 11).

[18] *Deus caritas est* (*Io.,* IV, 8).

[19] *Ignis consumens* (*Deut.,* IV, 24).

[20] *Ignem veni mittere in terram* (*Lc.,* XII, 49).

[21] *Introduxit me rex in cellam vinariam, ordinavit in me caritatem* (*Cant.,* II, 4). Por la *casa del vino* se entiende el Corazón de Jesús. –*Enarbolando sobre mí el pendón del amor:* lit., «y su bandera sobre mí es "amor"».

[22] *Fulcite me floribus stipate me malis, quia amare langueo* (*ib.,* IV).

CAPÍTULO III:
DE LA GRAN CONFIANZA QUE NOS DEBE INSPIRAR EL AMOR QUE JESUCRISTO MANIFESTÓ EN CUANTO HIZO POR NOSOTROS

David depositaba toda su confianza en el futuro Redentor, y exclamaba: *En tus manos mi espíritu encomiendo; me librarás; Señor, Dios de verdad* [1]. ¡Con cuánta mayor razón habremos nosotros de confiar en Jesucristo después de venido al mundo y acabado la obra de la redención! Por eso, con mayor confianza, debe repetir cada uno de nosotros: *En tus manos mi espíritu encomiendo; me librarás, Señor, Dios de verdad.*

Si tenemos sobrados motivos de temer la muerte eterna, merecida por nuestros pecados, mayores y más fuertes motivos tenemos para esperar la vida eterna, apoyados en los méritos de Jesucristo, que son de infinito valor y más poderosos para salvarnos que lo fueron nuestros pecados para perdernos. Habíamos pecado y merecido el infierno, pero el Redentor vino a cargar con todas nuestras culpas y las expió con sus padecimientos: *Mas nuestros sufrimientos Él los ha llevado, nuestros dolores Él los cargó sobre sí* [2].

En el punto mismo en que caímos en pecado, lanzó Dios contra nosotros sentencia de condenación eterna, y ¿qué hizo el compasivo Redentor?: *Cancelando el acta escrita contra nosotros con sus prescripciones, que nos era contraria, la quitó de en medio, clavándola en la cruz* [3]. Con su sangre canceló el decreto de nuestra condenación y lo fijó en la cruz, para que, al levantar la vista para mirar la sentencia condenatoria, viésemos a la par la cruz donde Jesús moribundo lo enclavó y borró con su sangre, y así renaciera la esperanza de perdón y de salvación eterna.

¡Y cuánto mejor habla a favor nuestro y nos alcanza divina misericordia la sangre de Jesucristo que hablaba contra Caín la sangre de Abel! [4]. Pecadores, dice el Apóstol, ¡felices de vosotros, que después de pecar acudís a Jesús crucificado, que derramó toda su sangre para ponerse como mediador de paz entre Dios y los pecadores y recabar de Él vuestro perdón! Si contra vosotros claman vuestras iniquidades, a favor vuestro clama la sangre del Redentor, y la divina justicia no puede menos de aplacarse a la voz de esta sangre.

Cierto que de todas nuestras culpas habemos de rendir estrecha cuenta al eterno Juez; pero y ¿quién será este nuestro juez? *El Padre... todo el juicio lo ha entregado al Hijo* [5]. Consolémonos, pues, que el Eterno Padre puso nuestra causa en manos de nuestro mismo Redentor. San Pablo nos anima con estas palabras: *¿Quién será el que condene? Cristo Jesús, el que murió... es quien... intercede por nosotros* [6]. ¿Quién es el juez que nos ha de condenar? El mismo Salvador, que, para no condenarnos a muerte eterna, quiso condenarse a sí mismo, y, en consecuencia, murió, y, no contento con ello, ahora en el cielo prosigue cerca del Padre siendo mediador de nuestra salvación. Santo Tomás de Villanueva dice al pecador: «¿Qué temes, pecador? ¿Por qué desconfías? ¿Cómo te condenará, si te arrepientes, quien murió para que no te condenaras? ¿Cómo rechazará a quien a Él vuelve el que bajó del cielo para buscarte?».

Y si por razón de nuestra flaqueza tememos sucumbir a los asaltos de nuestros enemigos, contra los cuales es menester combatir, he aquí, según dice el Apóstol, lo que tenemos que hacer: *Corramos, por medio de la paciencia, la carrera que tenemos delante,*

fijos los ojos en el jefe iniciador y consumador de la fe, Jesús, el cual, en vez del gozo que se le ponía delante, sobrellevó la cruz, sin tener cuenta de la confusión [7]. Corramos, pues, con ánimo esforzado a la pelea, mirando a Jesús crucificado, que desde la cruz nos brinda con su auxilio y nos promete la victoria y la corona. Si en lo pasado caímos, fue por no haber mirado las llagas y las ignominias que nuestro Redentor padeció y por no haberle pedido su ayuda. En cuanto a lo porvenir, no dejemos de tener ante la vista cuanto por nosotros padeció y cuán presto se halla a socorrernos desde el punto que acudamos a Él, y así a buen seguro que saldremos triunfantes de nuestros enemigos. Santa Teresa decía, con su intrépido espíritu: «Yo deseo servir a este Señor... No entiendo estos miedos: ¡Demonio!, ¡demonio!, adonde podemos decir: ¡Dios!, ¡Dios!, y hacerle temblar». Por el contrario, decía la Santa que, si no ponemos en Dios toda nuestra confianza, de poco o ningún provecho será toda nuestra diligencia: «Buscaba remedio, hacía diligencias; mas no debía entender que todo aprovecha poco si, quitada de todo punto la confianza de nosotros, no la ponemos en Dios».

¡Qué grandes misterios de confianza y amor son para nosotros la pasión de Jesucristo y el Santísimo Sacramento del Altar!, misterios que fueran increíbles si la fe no nos certificara de ellos. ¡Un Dios omnipotente querer hacerse hombre, derramar toda su sangre y morir de dolor sobre un patíbulo!, y ¿para qué? ¡Para pagar por nuestros pecados y salvar así a los rebeldes gusanillos! Y ¡querer dar después a tales gusanillos su mismo cuerpo, sacrificado en la cruz, y dárselo en alimento para unirse estrechamente a ellos! ¡Oh Dios, tales misterios debieran inflamar en amor todos los corazones de los hombres! ¿Qué pecador, por perdido que se crea, podrá desesperar del perdón si se arrepiente del mal hecho, viendo a un Dios tan enamorado de los hombres e inclinado a dispensarles toda suerte de bienes? Esto inspiraba tanta confianza a San Buenaventura, que prorrumpía en estas palabras: «¿Cómo podrá negarme las gracias necesarias a la salvación aquel que tanto hizo y sufrió por salvarme?... Iré a Él fundado en toda esperanza, pues no me negará nada quien por mí quiso morir».

Lleguémonos, pues –nos dice el Apóstol–, *con segura confianza al trono de la gracia, para que alcancemos misericordia y hallemos gracia en orden a ser socorridos en el tiempo oportuno* [8]. El trono de la gracia es la cruz, en que Jesucristo se sienta como sobre su trono para dispensar gracias y misericordias a quienes a Él se encomiendan. Mas es necesario que acudamos presto ahora que nos es dado hallar la ayuda oportuna para salvarnos, no sea que venga un tiempo en que no la podamos encontrar. Apresurémonos, pues, a abrazarnos con la cruz de Jesucristo y vayamos apoyados en la mayor confianza; no nos turben nuestras miserias, que en Jesús crucificado encontraremos toda riqueza y toda gracia [9]. Los méritos de Jesucristo nos han enriquecido con todos los tesoros divinos, y no hay gracia que podamos desear que no la alcancemos pidiéndosela.

Dice San León que Jesucristo, con su muerte, nos acarreó mayores bienes que males nos acarreara el demonio con el pecado, con lo que declaraba lo que ya había dicho San Pablo, que el don de la redención fue mayor que el pecado, y que la gracia excedió al delito [10]. Por eso nos animó el Salvador a esperar toda suerte de favores y gracias, fiados en sus merecimientos, enseñándonos, además, Él mismo la fórmula que habíamos de emplear para alcanzar cuanto quisiéramos de su Padre: *En verdad, en verdad os digo: si alguna cosa pidiereis al Padre, os la concederá en nombre mío* [11]. Pedid, dice, cuanto deseéis, pero pedidlo al Padre en mi nombre, y os prometo que seréis oídos. En efecto, ¿cómo podría el Padre negarnos gracia alguna después de habernos dado a su propio Hijo, a quien ama como a sí mismo? *Quien a su propio Hijo no perdonó, antes por nosotros todos lo entregó,*

¿cómo no juntamente con Él nos dará de gracia todas las cosas? [12]. Dice el Apóstol *todas las cosas,* por lo que no exceptúa ninguna gracia, ni el perdón, ni la perseverancia, ni el santo amor, ni la perfección, ni el paraíso; *todo, todo nos lo ha dado.* Pero es menester pedirlo, que Dios es generosísimo con quien le ruega [13].

Quiero terminar con la transcripción de muchos y bellísimos sentimientos, sacados de las cartas del B. P. Maestro Ávila, que hacen muy al caso de lo que venimos tratando de la confianza que debemos alimentar en los merecimientos de Jesucristo:

«No os olvidéis que entre el Padre Eterno y nosotros es medianero nuestro Señor Jesucristo, por el cuál somos amados y atados con tan fuerte lazo de amor, que ninguna cosa lo puede soltar si el mismo hombre no lo corta por culpa de pecado mortal. ¿Tan presto habéis olvidado que la Sangre de Jesucristo da voces, pidiendo para nosotros misericordia, y que su clamor es tan alto, que hace que el clamor de nuestros pecados quede muy bajo y no sea oído? ¿No sabéis que si nuestros pecados quedasen vivos, muriendo Cristo por deshacerlos, su muerte sería de poco valor, pues no los podía matar?... No por falta de paga se pierden los que se pierden, mas por no querer aprovecharse de la paga, por medio de la fe y penitencia y sacramentos de la santa Iglesia.

»Asentad una vez con firmeza en vuestro corazón que el negocio de nuestro remedio Cristo lo tomó a su cargo como si fuera suyo y a nuestros pecados llamó suyos por boca de David, diciendo: *Alejado estás de mis palabras,* y pidió perdón de ellos sin los haber cometido, y con entrañable amor pidió que los que a Él se quisiesen llegar, fuesen amados como si para Él lo pidiera. Y como lo pidió lo alcanzó. Porque, según ordenanza de Dios, somos tan uno Él y nosotros, que o hemos de ser Él y nosotros amados, o Él y nosotros aborrecidos; y pues Él no es ni puede ser aborrecido, tampoco nosotros si estamos incorporados en Él con la fe y amor. Antes, por ser Él amado, lo somos nosotros, y con justa causa; pues que más pesa Él para que nosotros seamos amados que nosotros pesamos para que sea Él aborrecido; y más ama el Padre a su Hijo que aborrece a los pecadores que se convierten a Él.

»Y como el muy amado dijo a su Padre: «O quiere bien a éstos o quiere mal a mí, porque yo me ofrezco por el perdón de sus pecados y porque sean incorporados en mí», venció el mayor amor al menor aborrecimiento, y somos amados, y perdonados, y justificados, y tenemos grande esperanza que no habrá desamparo donde hay nudo tan fuerte de amor. Y si la flaqueza nuestra estuviere con demasiados temores congojada, pensando que Dios se ha olvidado –como la vuestra lo está–, provee el Señor de consuelo, diciendo en el profeta Isaías: *¿Por ventura se puede olvidar la madre de no tener misericordia del niño que parió de su vientre? Pues si aquélla se olvidare, yo no me olvidaré de ti, que en mis manos te tengo escrita.* ¡Oh escritura tan firme!, cuya pluma son duros clavos, cuya tinta es la misma sangre del que escribe, y el papel su propia carne, y la sentencia de la letra dice: *Con amor perpetuo te amé, y por eso con misericordia te atraje a mí.*

»Por tanto, no os escandalicéis ni turbéis por cosa de éstas que os vienen, pues que todo viene dispensado por las manos que por vos y en testimonio de amaros se enclavaron en la cruz. Sea para siempre Jesucristo bendito, que éste es a boca llena nuestra esperanza, que ninguna cosa me puede atemorizar, cuanto Él asegurar... Cérquenme pecados pasados, temores de lo por venir, demonios que acusen y me pongan lazos, hombres que espanten y persigan; amenácenme con infierno y pongan diez mil peligros delante: que con gemir mis pecados y alzar mis ojos pidiendo remedio a Jesucristo, el manso, el benigno, el lleno de misericordia, el firmísimo amador mío hasta la muerte, no puedo desconfiar, viéndome tan

apreciado, que fue Dios dado por mí.

»¡Oh Cristo, puerto de seguridad para los que, acosados de las ondas tempestuosas de su corazón, huyen de ti! ¡Oh Cristo, diligente y cuidadoso pastor, cuán engañado está quien en ti y de ti no se fía de lo más entrañable de su corazón, siquiera enmendarse y servirte!... Por esto dices: Yo soy, no queráis temer; yo soy aquel que mato y doy vida; quiere decir que atribulo al hombre hasta que le parece que muere, y después le alivio y recreo y doy vida; meto en desconsolaciones que parecen infierno, y después de metidos no los olvido, más los saco... Yo soy vuestro abogado, que tomé vuestra causa por mía. Yo soy vuestro fiador, que salí a pagar vuestras deudas. Yo Señor vuestro, que con mi sangre os compré, no para olvidaros, mas engrandeceros, si a mí quisiésedes venir, porque fuisteis con grande precio comprados.

»¿Cómo os negaré a los que me buscáis para honrarme, pues salí al camino a los que me buscaban para maltratarme?... No volví la faz a quien me la hería, ¿y he de volverla a quien se tiene por bienaventurado en mirarla para adorarla? ¡Qué poca confianza es aquésta, que viéndome de mi voluntad despedazado en mano de perros que por amor a los hijos, estar los hijos dudosos de mí si los amo, amándome ellos! ¿A quién desprecié que me quisiese? ¿A quién desamparé que me llamase?».

Si crees que el Padre te dio a su Hijo, ten también por seguro que te dará lo demás, pues es infinitamente menos que el Hijo. No pienses que Jesucristo se haya olvidado de ti, pues en memoria de su amor te dejó la mayor prenda que tenía, que no es otra que Él mismo en el Sacramento del Altar.

Afectos y súplicas

¡Oh Jesús mío y amor mío, cuán firme esperanza me infunde vuestra pasión! ¿Cómo puedo temer no alcanzar el perdón de mis pecados, el paraíso y todas las gracias, que me son necesarias, si considero que sois el Dios omnipotente que me dio toda su sangre?

Jesús mío, mi esperanza y mi amor, vos, para que yo no me perdiera, quisisteis perder vuestra vida. Os amo sobre todo otro bien, Dios, y Redentor mío. Os disteis por completo a mí, y en retorno yo os doy mi voluntad, con la que repito: os amo, os amo y quiero siempre repetir que os amo, os amo, y así quiero exclamar en la vida presente, y así quiero morir, exhalando hasta mi postrer suspiro esta hermosa palabra: os amo, Dios mío, os amo, y con ella quiero empezar el amor eterno, que durará para siempre, sin dejar ya de amaros por toda la eternidad.

Os amo, pues, y porque os amo me arrepiento sobre todo otro mal de haberos disgustado. ¡Desgraciado de mí, que por no perder una breve satisfacción preferí perderos a vos, bien infinito! Esta pena me atormenta sobre todas las demás, pero me consuela pensar que, siendo vos bondad infinita, no rehusaréis recibir un corazón que os ama. ¡Ojalá pudiera morir por vos, que por mí quisisteis morir!

Amado Redentor mío, en vos tengo cifrada la esperanza de alcanzar mi eterna salvación y la santa perseverancia en vuestro amor en esta vida presente. Vos, por los merecimientos de vuestra muerte, dadme la perseverancia en la oración.

Esto es lo que también os pido y espero de vos, Reina mía, María.

[1] *In manus tuas commendo spiritum meum: liberabis me, Domine Deus fidelis* (*Ps.*, XXX, 6).

[2] *Vere languores ipse tulit, et dolores nostros ipse portavit* (*Is.*, LIII, 4).

[3] *Delens quod adversus nos erat chirographum decreti... et ipsum tulit de medio, affigens illud cruci* (*Col.*, II, 14).

[4] *Accessistis ad mediatorem Iesum, et sanguinis aspersionem melius loquentem quam Abel* (*Hebr.*, XII, 24).

[5] *Pater... omne iudicium dedit Filio* (*Io.*, V, 22).

[6] *Quis est qui condemnet? Christus Iesus qui mortuus est... qui etiam interpellat pro nobis* (*Rom.*, VIII, 34).

[7] *Per patientiam curramus ad propositum nobis certamen: aspicientes in auctorem fidei, et consummatorem Iesum, qui proposito sibi gaudio, sustinuit crucem, confusione contempta* (*Hebr.*, XII, 1-2).

[8] *Adeamus ergo cum fiducia ad thronum gratiae, ut misericordiam consequamur, et gratiam inveniamus in auxilio opportuno* (*Hebr.*, IV, 16).

[9] *In omnibus divites facti estis in illo... ita ut nihil vobis desit in ulla gratia* (*I Cor.*, I, 5 y 7).

[10] *Non sicut delictum, ita et donum; ubi abundavit delictum, superabundavit gratia* (*Rom.*, V, 15 y 20).

[11] *Amen, amen, dico vobis, si quid petieritis Patrem in nomine meo dabit vobis* (*Io.*, XVI, 23).

[12] *Pro nobis omnibus tradidit illum; quomodo non etiam cum illo omnia nobis donavit?* (*Rom.*, VIII, 32).

[13] *Dives in omnes qui invocant illum* (*Rom.*, X, 12).

CAPÍTULO IV:
DE CUÁN OBLIGADOS ESTAMOS A AMAR A JESUCRISTO

Jesucristo, por ser verdadero Dios, tiene derecho a todo nuestro amor; mas con el afecto que nos ha mostrado, quiso como ponernos en la estrecha necesidad de amarlo, siquiera en agradecimiento a cuanto hizo y padeció por nosotros. Nos amó sobremanera para ganarse todo nuestro amor. «¿Para qué ama Dios –pregunta San Bernardo– sino para ser amado?». Y ya antes lo había dicho Moisés: *Y ahora, Israel, ¿qué te pide Yahveh, tu Dios, sino que le temas... y lo ames?* [1]. De ahí el primer mandamiento que nos impuso: *Amarás, pues, a Yahveh, tu Dios, con todo tu corazón* [2]. San Pablo afirma que el amor es *la plenitud de la ley* [3]. El texto griego, en vez de *plenitud*, lee *complemento* de la ley. Y ¿quién, al ver a un Dios crucificado por su amor, podría resistirse a amarlo? Bien alto claman las espinas, los clavos, la cruz, las llagas y la sangre, pidiendo que amemos a quien tanto nos amó. Harto poco es un corazón para amar a un Dios tan enamorado de nosotros, ya que para compensar el amor de Jesucristo se necesitaría que un Dios muriese por su amor. «¿Por qué –exclamaba San Francisco de Sales– no nos arrojamos sobre Jesús crucificado, para morir enclavados con quien allí quiso morir por nuestro amor?». El Apóstol nos declara positivamente que Jesucristo vino a morir por todos, para que no vivamos ya para nosotros, sino para aquel Dios que murió por nosotros [4].

Aquí hace muy al caso la recomendación del Eclesiástico: *No olvides los favores de quien te dio fianza, pues que ha dado por ti su alma* [5]. No te olvides de tu fiador, que en satisfacción de tus pecados quiso pagar con su muerte la pena por ti debida. ¡Cuánto agrada a Jesucristo nuestro recuerdo frecuente de su pasión y cuánto siente que lo echemos en olvido! Si uno hubiera padecido por su amigo injurias, golpes y cárceles, ¡qué pena le embargaría al saber que el favorecido no hace nada por recordar tales padecimientos, de los que ni siquiera quiere oír hablar! Y, al contrario, ¡cuál no sería su gozo al saber que el amigo habla a menudo de ello y siempre con ternura y agradecimiento! De igual modo se complace Jesucristo con que nosotros evoquemos con agradecimiento y amor los dolores y la muerte que por nosotros padeció. Jesucristo fue el deseado de los patriarcas y profetas y de los pueblos que existían cuando aún no se había encarnado. Pues, ¡cuánto más le debemos nosotros desear y amar, ya que le vemos entre nosotros y sabemos cuánto hizo y padeció para salvarnos, hasta morir crucificado por nuestro amor!

Con este fin instituyó el sacramento de la Eucaristía la víspera de su muerte, recomendándonos que, cuantas veces comiéramos su carne, hiciésemos memoria de su muerte: *Éste es mi cuerpo, que se da por vosotros; haced esto en memoria de mí* [6]. Por eso ruega la Iglesia: «¡Oh Dios, que debajo de este admirable sacramento nos dejaste memoria de tu pasión»; y en otro lugar añade: «¡Oh sagrado banquete, en el cuál se recibe a Cristo y se renueva la memoria de su pasión!». Por aquí podemos entender cuán agradecido nos queda Jesucristo si con frecuencia nos recordamos de su pasión, ya que, si mora con nosotros en el sacramento del altar, es para que de continuo renovemos con alegría el recuerdo de todo lo que por nosotros padeció y crezca de esta manera nuestro amor para con Él. Llamaba San Francisco de Sales al Calvario *monte de los amantes,* porque no es posible recordarse de aquel monte y dejar de amar a Jesucristo, que quiso en él morir por nuestro amor.

¡Oh Dios!, y ¿por qué no aman los hombres a este Dios que tanto hizo para ser de ellos amado? Antes de la encarnación del Verbo pudiera haber el hombre dudado si Dios le amaba con verdadero amor; mas, ¿cómo dudará ahora, que lo ve nacido y muerto por amor a los hombres? «Hombre –dice Santo Tomás de Villanueva–, mira la cruz, los clavos y la acerbísima muerte que sufrió Jesucristo por ti y, después de tales y tantos testimonios de su amor, no dudes de que te ama, y de que te ama con extraordinario amor». Y San Bernardo dice que clama la cruz y dan voces las llagas del Redentor para darnos a entender el amor que nos profesa.

En este gran misterio de la redención de los hombres, ponderemos la gran solicitud de Jesucristo en inventar medios para inclinarnos y aficionarnos a su amor. Si quería, por salvarnos, dar la vida, le sobraba con creces haber sido envuelto en la general matanza que decretó Herodes contra los Inocentes; mas no, que antes de morir quiso llevar, durante treinta y tres años, una vida llena de penas y trabajos, queriendo en el transcurso de ella, y para cautivarse nuestro amor, manifestársenos en muchas y variadas formas. Primero le vimos nacer como pobre niño en una gruta, después le vimos jovencillo en un taller, y, finalmente, le vimos como reo en una cruz. Pero aun antes de morir en ella quiso pasar por circunstancias conmovedoras, y todo por nuestro amor. Se ofreció a nuestra vista en el huerto de Getsemaní agonizante y bañado en sudor de sangre; a continuación, azotado en el pretorio de Pilatos; más tarde, tratado como rey de teatro, con la caña burlesca en la mano, el jirón de púrpura sobre el hombro y la corona de espinas en la cabeza; arrastrado, finalmente, por las calles, con la cruz al hombro, y suspendido en el Calvario de tres garfios de hierro. ¿Merece o no merece ser amado por nosotros un Dios que para conquistar nuestro amor quiso pasar por tantos trabajos? Decía el P. Juan Rigoleu: «De buena gana pasaría llorando toda mi vida por un Dios que por amor de todos los hombres quiso sufrir muerte de cruz».

«Gran cosa es el amor», dijo San Bernardo; grande y sobre toda ponderación, estimable. Hablando Salomón de la divina sabiduría, que no es otra cosa que la caridad, la llamó tesoro infinito, porque el que posee la caridad goza de la amistad de Dios [7]. El angélico Santo Tomás dice que la caridad no sólo es la reina de las virtudes, sino que donde ella reina trae consigo el cortejo de las demás y las endereza todas a unir al hombre con Dios. «Oficio propio de la caridad es unir al hombre con Dios», dice San Bernardo. Y en no pocos pasajes de la Sagrada Escritura se declara esta íntima unión que hay entre Dios y quienes le aman [8]. He aquí, pues, el admirable oficio de la caridad, unir al alma con Dios. Esta virtud, además, comunica fuerzas para hacer y sufrir grandes cosas por Dios [9]. San Agustín dice que nada hay tan duro que con el fuego del amor no se ablande. No hay cosa, por difícil que se la suponga, que no sea vencida por el fervor de la caridad, porque, como añade San Agustín, en aquello que se ama, o no se siente el trabajo, o el mismo trabajo se ama.

Oigamos lo que dice San Juan Crisóstomo respecto del amor divino cuando se apodera del alma: «Cuando el amor de Dios se apodera del alma, engendra en ella insaciable deseo de trabajar por el amado, de tal manera que, por muchas y grandes obras que haga y por mucho tiempo que emplee en su servicio, todo le parece nada y anda siempre gimiendo y suspirando de hacer tan poco por Dios; y si en su mano estuviera dar la vida por Él, aún no tendría cumplido gozo. De donde resulta que siempre se considera inútil en cuanto obra, porque el amor, enseñándole, por una parte, cuánto merece Dios, le declara por otra, con clarísima luz, cuán defectuosas son sus obras, todo lo cual es para ella confusión y quebranto, al conocer la bajeza y poco valer de sus acciones ante la majestad

de Señor tan poderoso».

¡Cuán fuera de camino andan, dice San Francisco de Sales, cuantos cifran la santidad en cosa que no sea amar a Dios! «Algunos cifran la perfección en la austeridad de la vida; otros, en la oración; quiénes, en la frecuencia de sacramentos, y quiénes, en el reparto de limosnas; mas todos se engañan, porque la perfección escriba en amar a Dios de todo corazón, pues las restantes virtudes, sin caridad, son solamente montón de escombros. Y si en este santo amor no somos perfectos, culpa nuestra es, pues no acabamos de entregarnos por completo a Dios.

Dijo un día el Señor a Santa Teresa: «¿Sabes qué es amarme con verdad? Entender que todo es mentira lo que no es agradable a mí». ¡Ojalá que todos entendieran esta verdad, que sólo una cosa es necesaria! No es necesario allegar en la tierra muchos caudales, ni granjearse la estima de los demás, ni llevar vida regalada, ni escalar las dignidades, ni ganar reputación de sabio; una sola cosa es necesaria: amar a Dios y cumplir su voluntad. Para este único fin nos creó y conserva la vida, y solamente por este camino llegaremos un día a conquistar el paraíso. *Ponme como sello sobre tu corazón, cual sello sobre tu brazo* [10]. Así dice el Señor a todas las almas, esposas suyas, que le pongan en su corazón como sello y como señal en su brazo, para que a Él vayan dirigidas todas las acciones y deseos; dice que le pongan sobre el corazón, para que no entre en él más amor que el suyo, y que le pongan sobre su brazo, para que en cuanto hagan no se propongan otro fin que agradarle. Y ¡cómo corren a pasos agigantados por el camino de la perfección los que en todas sus obras no pierden de vista a Jesús crucificado ni tienen más finalidad que hacer su beneplácito!

Éste ha de ser todo nuestro afán, alcanzar el verdadero amor a Jesucristo. Los maestros de la vida espiritual nos describen los caracteres del verdadero amor, y dicen que el amor es *temeroso,* porque lo único que teme es desagradar a Dios; es *generoso,* porque, puesta su confianza en Dios, se lanza a empresas a mayor gloria de Dios; es *fuerte,* porque vence los desordenados apetitos, y aun en medio de las más violentas tentaciones, sale siempre triunfador; es *obediente,* porque a la menor inspiración se inclina a cumplir la divina inspiración; es *puro,* porque sólo tiene a Dios por objeto, y le ama porque merece ser amado; es *ardoroso,* porque quisiera encender en todos los corazones el fuego del amor y verlos abrasados en divina caridad; es *embriagador,* porque hace andar al alma fuera de sí, como si no viera ni sintiera, ni tuviera sentidos para las cosas terrenas, pensando sólo en amar a Dios; es *unitivo,* porque logra unir con apretado lazo de amor la voluntad de la criatura con la del Creador; es *suspirante,* porque vive el alma llena de deseos de abandonar este destierro para volar a unirse perfectamente con Dios en la patria bienaventurada, para allí amarle con todas sus fuerzas.

Pero nadie mejor que San Pablo, el gran predicador de la caridad, nos declara cuáles sean sus caracteres y en qué consista su práctica. En su primera Carta a los Corintios, en el capítulo 13, afirma que, sin la caridad, de nada vale el hombre ni nada le aprovecha: *Si tuviere toda la fe hasta trasladar montañas, mas no tuviere caridad, nada soy. Y si repartiere todos mis haberes y si entregare mi cuerpo para ser abrasado, mas no tuviere caridad, ningún provecho saco* [11]. Por lo que si uno tuviese tal fe que trasladara un monte de una parte a otra, como hizo San Gregorio Taumaturgo, si no tuviera caridad, de nada le vale; si distribuyera todos sus bienes a los pobres y padeciera voluntario martirio, pero sin caridad, de modo que lo sufriera con otro fin que el de agradar a Dios, de nada le vale.

Por eso San Pablo continúa describiéndonos las contraseñas de la divina caridad, enseñándonos a la vez la práctica de aquellas virtudes que son sus hijas: *La caridad es sufrida, es benigna; la caridad no tiene celos, no se pavonea, no se infla, no traspasa el*

decoro, no busca lo suyo, no se exaspera, no toma a cuenta el mal. No se goza de la injusticia, antes se goza con la verdad. Todo lo disimula, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera [12].

Consideremos en el presente libro estas diversas prácticas de la caridad, para ver si reina verdaderamente en nosotros el amor que debemos a Jesucristo y examinar las virtudes en que principalmente nos habemos de ejercitar para conservar en nosotros y acrecentar este santo amor.

Afectos y súplicas

¡Amabilísimo y amantísimo Corazón de Jesús, desgraciado el corazón que no os ame! ¡Oh Dios moristeis en la cruz por amor a los hombres, sin sentir alivio alguno!, y ¿cómo después de ello viven éstos sin acordarse de vos?

¡Oh amor divino, oh ingratitud humana! ¡Oh hombres, hombres, mirad al inocente Cordero de Dios que agoniza en la cruz y muere por vosotros, pagando así a la divina justicia por vuestros pecados y atrayéndonos a su amor! Mirad cómo, a la vez, ruega al Eterno Padre que os perdone; miradlo y amadle.

¡Ah Jesús mío, cuán pocos son los que os aman! Desgraciado de mí, que también durante tantos años me olvidé de vos, ofendiéndoos tantas veces. Amado Redentor mío, no es tanto el infierno que merecí el que me hace derramar lágrimas, cuanto el amor que me habéis mostrado.

Dolores de Jesús, ignominias de Jesús, llagas de Jesús, muerte de Jesús, amor de Jesús, imprimíos en mi corazón y quede en él para siempre su dulce recuerdo que me hiera e inflame continuamente en su amor.

Os amo, Jesús mío; os amo, sumo bien mío; os amo, mi amor y mi todo; os amo y quiero amaros siempre. No permitáis que os abandone y torne a perderos.

Hacedme todo vuestro; hacedlo por los méritos de vuestra muerte, en la cual tengo cifrada toda mi esperanza.

María, Reina mía, también en vuestra intercesión confío. Conseguidme el amor a Jesucristo y también vuestro amor, Madre y esperanza mía.

[1] *Et nunc, Israel, quid Dominus Deus petit a te, nisi ut timeas Dominum Deum tuum... et diligas eum?* (*Deut.*, X, 12).

[2] *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo* (*Deut.*, VI, 5).

[3] *Plenitudo legis est dilectio* (*Rom.*, XIII, 10).

[4] *Pro omnibus mortuus est Christus ut et qui vivunt, iam non sibi vivant, sed ei qui pro ipsis mortuus est* (*II Cor.*, V, 15.).

[5] *Gratiam fideiussoris ne obliviscaris dedit enim pro te animam suam* (*Eccli.*, XXIX, 20).

[6] *Hoc est corpus meum, quod pro vobis tradetur; hoc facite in meam commemoriationem* (*I Cor.*, XI, 24).

[7] *Infinitus enim thesaurus est hominibus, quo qui usi sunt participes facti sunt amicitiae Dei* (*Sap.*, VII, 14).

[8] *Ego diligentes me diligo* (*Prov.*, VIII, 7). *–Si quis diligit me... Pater meus diliget eum, et mansionem apud eum faciemus* (*Io.*, XIV, 23). *–Qui manet in caritate in Deo manet et Deus in eo* (*Io.*, IV, 16).

[9] *Fortis est ut mors dilectio* (*Cant.*, VIII, 6).

[10] *Pone me ut signaculum super cor tuum, ut signaculum super brachium tuum* (*Cant.*, VIII, 6).

[11] *Si habuero omnem fidem, ita ut montes transferam, caritatem autem non habuero, nihil sum. Et si distribuero in cibos pauperum omnes facultares meas, et si tradidero corpus meum, ita ut ardeam, caritatem autem non habuero, nihil mihi prodest* (*I Cor.*, XIII, 2, 3).

[12] *Caritas patiens est, benigna est. Caritas non aemulatur, non agit perperam; non inflatur, non est ambitiosa, non quaerit quae sua sunt, non irritatur, non cogitat malum, non gaudet super iniquitate, congaudet autem veritati; omnia suffert, omnia credit, omnia sperat, omnia sustinet* (*I Cor.*, XIII, 4-6).

CAPÍTULO V:
QUIEN AMA A JESUCRISTO, AMA EL PADECIMIENTO

Caritas patiens est.
La caridad es sufrida (*I Cor.,* XIII, 4).

La tierra es lugar de merecimientos, de donde se deduce que es lugar de padecimientos. Nuestra patria, donde Dios nos tiene reservado el descanso del gozo eterno, es el paraíso. En este mundo habemos de estar poco tiempo, y, a pesar de ser poco, son muchos los padecimientos por que habremos de pasar. *El hombre, nacido de mujer, corto de días y harto de inquietud* [1]. Hay que sufrir; todos tenemos que sufrir; todos, sean justos o pecadores, han de llevar la cruz. Quien la lleva pacientemente, se salva, y quien la lleva impacientemente, se condena. Idénticas miserias, dice San Agustín, conducen a unos al cielo y a otros al infierno. En el crisol del padecer, añade el mismo santo Doctor, se quema la paja y se logra el grano en la Iglesia de Dios; quien en las tribulaciones se humilla y resigna a la voluntad de Dios, es grano del paraíso; y quien se ensoberbece e irrita, abandonando a Dios, es paja para el infierno.

El día en que se discuta la causa de nuestra salvación, si queremos alcanzar sentencia de salvación, es preciso que nuestra vida se halle conforme con la de Jesucristo: *Porque a los que de antemano conoció, también los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo* [2]. Para esto se propuso el Verbo eterno venir al mundo, para enseñarnos con su ejemplo a llevar pacientemente las cruces que el Señor nos enviare: *También Cristo padeció por vosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus pisadas* [3]. Para animarnos a padecer quiso Jesucristo padecer ¡Ah!, y ¿cuál fue la vida de Jesucristo? Vida de ignominias y de penalidades. El profeta llamó a nuestro Redentor *despreciado, abandonado de los hombres, varón de dolores* [4], el hombre despreciado, tratado como el último de todos, el hombre de dolores; sí, porque la vida de Jesucristo estuvo saturada de trabajos y dolores.

Pues bien, así como Dios trató a su amadísimo Hijo, así también tratará a quien le ame y adopte como hijo: *A quien ama, le corrige el Señor, y azota a todo hijo que por suyo reconoce* [5]. De ahí que dijera en cierta ocasión a Santa Teresa: «Cree, hija, que a quien mi Padre más ama, da mayores trabajos». Por eso la Santa, cuando se veía más trabajada, decía que no trocaría sus trabajos por todos los tesoros del mundo. Apareciéndose después de muerta a una de sus religiosas, le reveló que gozaba de gran premio en el cielo, no tanto por las buenas obras cuanto por los padecimientos que en vida sufrió con agrado por amor de Dios, y que, si por alguna causa hubiera deseado tornar al mundo, sería ésta tan sólo la de poder sufrir alguna cosa por Dios. Quien padece amando a Dios, dobla la ganancia para el paraíso. San Vicente de Paúl solía decir que el no penar en esta tierra debe reputarse por gran desgracia; y añadía que una congregación o persona que no padece y es de todo el mundo aplaudida, está ya al borde del precipicio. Por eso, el día que San Francisco de Asís pasaba sin algún trabajo por Cristo, temía que Dios le hubiese dejado de su mano. Escribe San Juan Crisóstomo que, cuando el Señor concede a alguno favor de padecer por Él, dale mayor gracia que si le concediera el poder resucitar a los muertos, porque, en esto de obrar milagros, el hombre se hace deudor de Dios; mas en el padecer, Dios es quien se hace deudor del hombre; y añadía que el que pasa algún trabajo por Cristo, aunque otro favor no

recibiera que el de padecer por Dios, a quien ama, eso sería la mayor correspondencia, y que la gracia que tuvo San Pablo de ser aherrojado por Cristo la tenía en más que la de haber sido arrebatado al tercer cielo.

La constancia ha de tener obra perfecta [6]; es decir, que no hay cosa que más agrade a Dios que el contemplar a un alma que con paciencia e igualdad de ánimo lleve cuantas cruces le mandare; que esto hace el amor, igualar al amante con el amado. «Todas las llamas del Redentor –decía San Francisco de Sales– son a manera de bocas que nos enseñan cómo hemos de padecer trabajos por Él. Sufrir con constancia por Cristo, he ahí la ciencia de los santos y el medio de santificarnos prestamente». Quien ama a Jesucristo desea que le traten como a Él le trataron, pobre, despreciado y humillado. Vio San Juan a los bienaventurados *vestidos de ropas blancas y palmas en sus manos* [7]. La palma es emblema del martirio, si bien no todos los santos sufrieron el martirio. ¿Cómo, pues, todos llevan esas palmas? Responde San Gregorio que todos los santos fueron mártires, o a manos del verdugo o trabajados por la paciencia; de suerte, añade el Santo, que nosotros sin hierro podemos ser mártires, con tal que nuestra alma se ejercite en la paciencia».

En esto estriba el mérito del alma que ama a Jesucristo, en amar el padecimiento. «Esto me dijo el Señor otro día: ¿Piensas, hija, que está el merecer en gozar? No está sino en obrar y en padecer y en amar... Cree, hija, que a quien mi Padre más ama, da mayores trabajos, y a éstos responde el amor. ¿En qué te lo puedo más mostrar que querer para ti lo que quise para mí? Mira estas llagas, que nunca llegarán aquí tus dolores». «Pues creer que (Dios) admite a su amistad estrecha gente regalada y sin trabajos, es disparate». Y añade Santa Teresa, para consuelo nuestro: «Y aunque haya más tribulaciones y persecuciones, como se pasen sin ofender al Señor, sino holgándose de padecerlo por Él, todo es para mayor ganancia».

Se apareció cierto día Jesucristo a la Beata Bautista Varanis y le dijo que «tres eran los favores de mayor precio que Él sabía hacer a las almas sus amantes: el primero, no pecar; el segundo, obrar el bien, que es de más subido valor; y el tercero, que es el más cumplido, padecer por amor de Él». Conforme a esto, decía Santa Teresa de Jesús que, cuando alguien hace por el Señor algún bien, el Señor se lo paga con cualquier trabajo. Por ello, los santos daban en sus contrariedades gracias a Dios. San Luis, rey de Francia, hablando de la esclavitud padecida por él en Turquía, decía: «Me gozo y doy gracias a Dios, más por la paciencia que entre las prisiones me ha concedido, que si hubiera conquistado toda la tierra». Y Santa Isabel, reina de Hungría, cuando, a la muerte de su esposo, fue expulsada de sus Estados con su hijo, abandonada de todos, entró en una iglesia de franciscanos e hizo cantar en ella un *Te Deum* en acción de gracias porque así la favorecía Dios, permitiéndola padecer por su amor.

Decía San José de Calasanz que «no sabe ganar a Cristo el que no sabe sufrir por Cristo». Y antes lo había dicho el Apóstol: *Porque entiendo que los padecimientos del tiempo presente no guardan proporción con la gloria que se ha de manifestar en orden a nosotros* [8]. Extraordinaria ganancia sería padecer todas las penalidades sufridas por los santos mártires, durante nuestra vida, a trueque de disfrutar, aunque fuera sólo un momento, de la gloria del paraíso; luego, ¿con cuánta mayor razón habremos de abrazarnos con nuestra cruz, sabiendo que los trabajos de esta breve vida nos conquistarán la bienaventuranza eterna? *Porque ese momentáneo, ligero, de nuestra tribulación, nos produce, con exceso incalculable, siempre creciente, un eterno caudal de gloria* [9]. San Agapito, jovencillo de pocos años, cuando el tirano le amenazó con abrasarle la cabeza con un yelmo encendido respondió: «Y ¿qué mayor fortuna podría ser la mía que perder la

cabeza para verla coronada luego en la gloria?». Esto hacía exclamar a San Francisco: «Tan grande es el bien que espero, que las penas se me tornan gozos». Quien quiera la corona del cielo, fuerza es que pase por tribulaciones y trabajos: *Si constantemente sufrimos, también con Él reinaremos* [10]. No puede darse premio sin mérito, ni mérito sin paciencia. *No es coronado si no lucha conforme a la ley* [11]. Y al que con más paciencia combatiere, le ha de caber mayor corona.

Fuerte cosa es que, cuando se aventuran los bienes terrenos, procuren sus amadores allegar cuanto más pueden, en tanto que, tratándose de bienes celestiales, se contenten con decir que les basta un rinconcito en el cielo. No hablaron así los santos, sino que en la vida se contentaban con cualquier cosa, y hasta se despojaban de los bienes terrenos, al paso que, tratándose de los celestiales, se esforzaban en allegar cuantos más podían. Y es del caso preguntar: ¿Quiénes estaban en lo seguro y conducente?

Y, hablando de la vida presente, es cierto que quien con más paciencia sufre, disfruta también de mayor paz. San Felipe Neri acostumbraba decir que en este mundo no hay purgatorio, sino tan sólo cielo o infierno; quien soporta pacientemente las tribulaciones, disfruta ya del cielo, y quien las rehúye, padece ya un infierno anticipado. Sí, porque, como escribe Santa Teresa, quien abraza las cruces que Dios le manda, no las siente. Hallándose San Francisco de Sales, en cierta ocasión, asediado de tribulaciones, dijo: «Desde hace algún tiempo, las adversidades y secretas contradicciones que experimento me proporcionan tan suave y dulce tranquilidad, que no tiene igual, y son presagio de la próxima y estable unión del alma con Dios, la cual en toda verdad es la única ambición y el único anhelo de mi corazón. ¡Cuán cierto es que la paz no puede hallarse donde se vive vida desconcertada, sino donde se vive vida de unión con Dios y con su santísima voluntad!». Cierto religioso misionero de Indias, asistiendo a un condenado que se hallaba en el patíbulo, le oyó decir: «Sepa, Padre, que fui de su Orden; mientras observé fielmente las Reglas, viví contento; mas cuando empecé a relajarme, en el mismo punto sentí pena y trabajo en todo, de tal manera, que, abandonando la religión, di rienda suelta a los vicios, que, por fin, me trajeron al estado miserable en que me ve. Le digo esto –añadió– para que mi ejemplo pueda servir de escarmiento a otros». El Venerable Luis de la Puente decía que para disfrutar de paz había que tomar las cosas dulces de la vida como amargas, y las amargas, como dulces. Sí, porque lo dulce, aun cuando agrade a los sentidos, deja, sin embargo, un amargo remordimiento de conciencia, por la complacencia desordenada que en ello se tiene, al paso que lo amargo, aceptado pacientemente, como venido de la mano de Dios, se torna suave y querido a las almas que le aman.

Persuadámonos de que en este valle de lágrimas no es posible que goce verdadera paz de corazón sino quien sobrelleva los padecimientos y se abraza gustoso con ellos para agradar a Dios; que tal es la herencia y estado de corrupción que nos legó el pecado original. La condición de los justos en la tierra es padecer amando, al paso que la de los santos en el cielo es gozar amando. Cierto día escribió el P. Pablo Séñeri, el joven, a una de sus penitentes, para animarla a padecer, que escribiese a los pies del Crucifijo estas palabras: «Así se ama». No es tanto el padecer, cuanto la voluntad de padecer por amor de Jesucristo, la más cierta señal para ver si un alma le ama. «¿Y qué más ganancia –decía Santa Teresa– que tener algún testimonio de que contentamos a Dios?». Pero, ¡ay!, que la mayoría de los hombres desmayan con sólo oír el nombre de cruz, de humillación y de penalidades. Con todo, no faltan almas amantes que cifran todo su contento en padecer y andan como inconsolables cuando les faltan trabajos. «Sólo mirar a Jesús crucificado –decía cierta persona edificante– me infunde tal amor a la cruz, que se me hace no podría

ser feliz sin padecimientos; el amor de Jesucristo me basta para todo». Éste es el consejo que Jesús da a quien lo quiere seguir, tomar la cruz y seguirlo: *Tome a cuestas su cruz... y sígame* [12].

Pero hay que tomarla y seguirlo, no a la fuerza y con repugnancia, sino con humildad, paciencia y amor.

¡Qué gusto proporcionan a Dios quienes humilde y pacientemente se abrazan con las cruces que les envía! Decía San Ignacio de Loyola que no hay leña tan a propósito para encender y conservar el fuego del amor de Dios como el madero de la cruz, es decir, el amarlo en medio de los sufrimientos. Cierto día, Santa Gertrudis preguntó al Señor qué sería lo que pudiera ofrecerle más de su agrado, y Él le respondió: «Hija mía, con lo que más me agradarías sería con sufrir pacientemente cuantas tribulaciones te presentara». Por eso decía la gran sierva de Dios sor Victoria Angelini que más vale un día clavado en cruz que cien años de ejercicios espirituales. Y San Juan de Ávila añadía: «Más vale en las adversidades un gracias a Dios que seis mil gracias de bendiciones en la prosperidad». Y, con todo, los hombres desconocen el valor del padecer por Dios, Decía la Beata Ángela de Foligno que, si conociéramos el mérito de padecer por Dios, robaríamos las ocasiones del padecimiento. De ahí que Santa María Magdalena de Pazzi, conocedora del valor del sufrimiento, deseaba que se prolongase su vida, más bien que ir luego a disfrutar del cielo; porque en el cielo no se puede padecer, decía.

El alma amante de Dios sólo ansía unírsele por completo, mas para alcanzar unión tan perfecta, oigamos lo que decía Santa Catalina de Génova: «Para llegar a la unión con Dios, son necesarias adversidades, porque Dios, por medio de ellas, destruye todos los desordenados movimientos de nuestra alma y de nuestros sentidos. Y, por esto, injurias, desprecios, enfermedades, pérdidas de parientes y de amigos, humillaciones, tentaciones y demás contrariedades, nos son sumamente necesarias, para que, batallando y de victoria en victoria, lleguemos a extinguir en nosotros las perversas inclinaciones y no las sintamos más. Y no basta que cesen las adversidades de parecernos desagradables, pues mientras que el amor divino no nos las torne amables, no llegaremos a la divina unión».

De donde resulta que el alma que anhele ser toda de Dios, como escribe San Juan de la Cruz, ha de buscar no el gozo, sino el padecimiento en todas las cosas: «Porque buscarse a sí en Dios es buscar los regalos y recreaciones de Dios; mas buscar a Dios en sí es no sólo querer carecer de eso y de esotro por Dios, sino inclinarse a escoger por Cristo todo lo más desabrido, ahora de Dios, ahora del mundo, y esto es amor de Dios»; y así ha de abrazar ávidamente todas las mortificaciones voluntarias, y con mayor avidez aún y amor las involuntarias, porque éstas son más queridas de Dios. Salomón dijo: *Mejor es el sufrido que un héroe* [13]. Sin duda que agrada a Dios quien se mortifica con ayunos, cilicios y disciplinas, porque mortificándose da pruebas de varonil entereza; pero mucho más agradable es a Dios holgarse en los trabajos y sufrir pacientemente las cruces que Él nos manda. San Francisco de Sales decía: «Las tribulaciones que nos vienen de la mano de Dios o de los hombres, son siempre más preciosas que las que son hijas de la propia voluntad, porque es ley general que donde menos lugar tiene nuestra voluntad, más contento hay para Dios y provecho para nuestras almas». En igual sentido abundaba Santa Teresa: «Y deja casi aniquilada aquella pena con el gozo que le da ver que le ha puesto el Señor en las manos cosa que en un día podrá ganar más delante de Su Majestad, de mercedes y favores perpetuos, que pudiera ser ganara él en diez años por trabajos que quisiera tomar por sí»; razón por la cual afirmaba Santa María Magdalena de Pazzi no haber cosa en el mundo, por acerba que fuese, que no la sufriera alegremente, pensando que procede de la divina mano.

Y así fue, porque, en los no pequeños trabajos que hubo de sufrir en un lustro, le bastaba traer a la memoria ser voluntad de Dios, para recobrar la paz y la tranquilidad. ¡Ah!, que para conquistar a Dios, inestimable tesoro, todo es nada o de ningún valor. Del P. Hipólito Durazzo es la siguiente sentencia: «Cueste Dios lo que costare, jamás nos costará muy caro».

Roguemos, pues, al Señor que nos halle dignos de amarlo; que, si le amamos perfectamente, todos los bienes terrenos se nos harán humo y lodo, al paso que las ignominias se tornarán en suavísimos deleites. Oigamos lo que dice San Juan Crisóstomo del alma que se entrega completamente a Dios: «Luego que se ha llegado al perfecto amor de Dios, se vive como solo en la tierra y, ni se para en glorias o en ignominias: se desprecian tentaciones y trabajos y se pierde el gusto y apetito de las cosas terrenas. No encontrando ayuda ni reposo en cosas del mundo, corre el alma sin tregua ni descanso tras del amado sin que haya estorbo que la detenga, porque ya trabaje, coma, vele, duerma, en cuanto haga o diga, cifra su ideal y afanes en la búsqueda del amado; que en él está su corazón por estar en él su tesoro».

En este capítulo hemos hablado de la paciencia en general; en el decimoquinto trataremos en especial de las ocasiones en que habremos de ejercitarla.

Afectos y súplicas

Querido Jesús mío y tesoro mío, por las ofensas que os hice no merezco disfrutar de vuestro amor, mas por vuestros merecimientos os ruego me hagáis digno de él. Os amo sobre todas las cosas y me arrepiento de todo corazón por haberos despreciado en lo pasado y arrojado del alma. Ahora os amo más que a mí mismo, os amo con todo mi corazón, ¡oh bien infinito!, os amo, os amo, os amo y nada más deseo que amaros perfectamente. Una sola cosa temo, y es verme privado de vuestro amor.

Enamorado Redentor mío, dadme a conocer el sumo bien que sois y el amor que me profesasteis para obligarme a amaros. Dios mío, no permitáis que viva ingrato a tanta bondad vuestra. Sobrado os he ofendido; no quiero ya separarme de vos; quiero emplear cuantos años me restaren de vida en amaros y complaceros. Socorredme, Jesús mío y amor mío; ayudad a un pecador que anhela amaros y entregarse completamente a vos.

¡Oh María, esperanza mía!, vuestro Hijo atiende a vuestras súplicas: rogadle por mí y alcanzadme la gracia de amarlo perfectamente.

[1] *Homo, natus de muliere, brevi vivens tempore, repletur multis miseriis* (*Io.*, XIV, 1).

[2] *Nam quos praescivit et praedestinavit conformes fieri imaginis Filii sui* (*Rom.*, VIII, 29).

[3] *Christus passus est pro nobis, vobis relinquens exemplum ut sequamini vestigia eius* (*I Petr.*, II, 21).

[4] *Despectum, novissimum virorum, virum dolorum* (*Is.*, LIII, 3).

[5] *Quem enim diligit Dominus castigat; flagellat autem omnem filium quem recipis* (*Hebr.*, XII, 6).

[6] *Patientia autem opus perfectum habet* (*Iac.,* I, 4).

[7] *Amicti stolis albis, el palmae in manibus eorum* (*Apoc.,* VII, 9).

[8] *Non sunt condignae passiones huius temporis ad futuram gloriam quae revelabitur in nobis* (*Rom.,* VIII, 18).

[9] *Momentaneum et leve tribulationis nostrae, supra modum in sublimitate aeternum gloriae pondus operatur in nobis* (*II Cor.*, IV, 17).

[10] *Si sustinebimus, et conregnabimus* (*II Tim.,* II, 12).

[11] *Non coronatur nisi qui legitime certaverit* (*ib.,* 5).

[12] *Tollat crucem suam... et sequatur me* (*Lc.,* IX, 23).

[13] *Melior ese patiens viro forti* (*Prov.,* XVI, 32).

CAPÍTULO VI:
QUIEN AMA A JESUCRISTO, AMA LA MANSEDUMBRE

Caritas benigna est.
La caridad es benigna (*I Cor.,* XIII, 4).

El espíritu de mansedumbre es propio de Dios: *Porque este recuerdo de mí es más dulce que la miel* [1]. Por eso el alma amante de Dios ama a todos los que Dios ama, como son nuestros prójimos; y así, con voluntad amorosa busca el modo de ayudar, consolar y dar gusto a todos, en cuanto en su mano está. San Francisco de Sales, maestro y dechado de mansedumbre, decía: «La humilde mansedumbre es la virtud de las virtudes, que Dios tanto nos recomienda, y por esto es menester practicarla siempre y en todo lugar». Y el Santo deducía esta regla: «Haced lo que se pueda hacer con amor y dejad de hacer lo que no se pueda hacer sin andar en pendencias». Entiéndese lo que se puede dejar sin menoscabo de la gloria de Dios, porque la ofensa de Dios ha de impedirse siempre, tan pronto como se pueda, por aquel que está en la obligación de impedirla.

Esta mansedumbre ha de practicarse con los pobres de especial manera, quienes, de ordinario, por ser pobres, son tratados ásperamente por los demás. Debe, asimismo, practicarse con los enfermos, los cuales, aquejados como se ven por su dolencias, están mal asistidos. Y más particularmente ha de practicarse la mansedumbre con los enemigos. *Vence el mal a fuerza de bien* [2], el odio con el amor, las persecuciones con la mansedumbre, como hicieron los santos, granjeándose de esta suerte el afecto de sus más obstinados perseguidores.

«Nada edifica tanto al prójimo –dice San Francisco de Sales– como el trato afable y amoroso». Por eso andaba siempre la sonrisa a flor de labios en el Santo, y su empaque, palabras y gestos, respiraban benignidad, hasta el extremo que decía de él San Vicente de Paúl que nunca había hallado hombre tan benigno como Francisco de Sales, y añadía que con sólo mirarlo se le hacía contemplar la mismísima benignidad de Jesucristo. Hasta cuando tenía que negar lo que la conciencia no le permitía conceder, de tal manera se mostraba benigno, que los solicitantes, a pesar de ver frustrado su intento, marchaban contentos y aficionados a su persona. Con todos era benigno, con los superiores, con los iguales, con los inferiores, con los de casa y con los de fuera, muy diferente de aquellos que, en expresión del mismo Santo, «parecen ángeles fuera de casa y dentro son diablos». Nunca se quejaba de las faltas de los criados, rara vez los amonestaba, y siempre con palabras llenas de benignidad. Cosa, por cierto, muy de alabar en todos los superiores, que deben ser suaves y benignos con sus súbditos y, cuando tienen que señalar una ocupación, deben más bien rogar que mandar. Decía San Vicente de Paúl: «No hallarán los superiores mejor modo de ser obedecidos que mediante la afabilidad». Y de igual manera se expresaba Santa Juana de Chantal: «Experimenté varios modos de gobernar a mis súbditos, y no lo hallé mejor que la suavidad y tolerancia».

Hasta en la corrección de los defectos debe el superior estar revestido de templanza. Una cosa es corregir con energía, y otra corregir con aspereza. A veces, cierto que habrá que corregir con energía, cuando se trata de graves defectos, y máxime si son recaídas en ellos; mas aun entonces guardémonos de reprender con aspereza e ira; quienes reprenden con ira causan más daño que provecho. Éste es el celo amargo reprochado por Santiago. Se

glorían algunos de dominar a la familia con su régimen de aspereza y aventuran que ése es el arte de gobernar; pero no piensa igual el apóstol Santiago, que dice: *Si tenéis en vuestro corazón celos amargos y espíritu de contienda, no os jactéis* [3]. Si en alguna ocasión fuera necesario dar al culpable severa reprensión, para inducirlo a reconocer la gravedad de su falta, es necesario, al menos, al fin de la reprensión, dejarle buen sabor de boca con palabras de blandura y amor. Se impone curar las heridas como lo hizo el samaritano del Evangelio, con vino y aceite. «Mas así como el aceite –dice San Francisco de Sales– sobrenada entre los restantes licores, así es necesario que en todas nuestras acciones sobrenade la benignidad. Y si aconteciere que la persona que ha de sufrir la corrección se hallare turbada y alborotada, se ha de aplazar la reprensión hasta verle desenojado; de lo contrario, sólo se lograría irritarle más. San Juan, canónigo regular, decía: «Cuando la casa arde, no hay que echar más leña al fuego».

No sabéis a qué espíritu pertenecéis [4]. Así dijo Jesucristo a sus discípulos Santiago y Juan cuando le pidieron castigara a los samaritanos por haberlos expulsado de su país. «¿Cómo? –dijo Jesús–. ¿Qué espíritu es ése? No es, por cierto el mío, todo blandura y suavidad, pues no vine a perder, sino a salvar [5]. Y vosotros, ¿intentáis que pierda a los samaritanos? Callad y no me dirijáis tal súplica, porque repito que ése no es mi espíritu». Y, a la verdad, ¡con qué dulzura trató Jesucristo a la adúltera! «Mujer –le dijo–, tampoco yo te condeno; anda y desde ahora no peques más» [6]. Se contentó con amonestarla que no volviese a pecar y la despidió en paz. ¡Con qué benignidad, a la vez, buscó la salvación de la samaritana! Primero le pidió de beber y luego le dijo: *¡Si conocieses... quién es el que te dice: «Dame de beber»!* [7]. A continuación le reveló que Él era el esperado Mesías. Además, con cuanta dulzura procuró la conversión del impío Judas, hasta admitirlo a comer en el mismo plato, lavarle los pies y amonestándolo caritativamente en el mismo acto de su traición: *¡Judas!, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?* [8]. Y para convertir a Pedro, después de la triple negación, ¿qué hace? *Y volviéndose el Señor, miró a Pedro* [9]. Al salir de casa del pontífice, sin echarle en cara su pecado, le dirigió una tierna mirada, que obró su conversión, de tal modo que Pedro, mientras vivió, no dejó de llorar la injuria hecha a su Maestro.

¡Cuánto más se gana con la afabilidad que con la aspereza! «Nada hay más amargo que la nuez verde –decía San Francisco de Sales–; pero, no bien confitada, es suave y dulce al paladar. También las correcciones por naturaleza son ásperas; pero si se hacen con amor y dulzura, se tornan gratas, consiguiendo por ello el mayor éxito. De sí mismo afirmaba San Vicente de Paúl que en el gobierno de su Congregación no se acordaba de haber corregido a nadie ásperamente, fuera de tres veces que se creyó en el deber de obrar así, de lo que siempre se había arrepentido, pues siempre le había resultado contraproducente, al paso que siempre que había corregido con dulzura había conseguido lo que pretendía.

San Francisco de Sales, con su trato amable, conseguía cuanto pretendía, hasta llevar a Dios a los pecadores más empedernidos. Igual hacía San Vicente de Paúl, que solía decir a los suyos: «La afabilidad, el amor y la humildad tienen una fuerza maravillosa para conquistarse los corazones e inducirlos a abrazar hasta lo más repugnante a la naturaleza». Cierto día encomendó a uno de sus misioneros la conversión de un gran pecador; mas el Padre, por más esfuerzos que hizo, no consiguió nada, por lo que rogó al Santo le dirigiera él algunas palabras; lo hizo así San Vicente y lo convirtió. El pecador en cuestión afirmaba después que le había cautivado el corazón la singular dulzura y caridad del P. Vicente. Por eso el Santo no podía tolerar que sus misioneros tratasen a los penitentes ásperamente, asegurándoles que el demonio se sirve del rigor para llevar las almas al infierno.

Hay que practicar la benignidad con todos, en toda ocasión y en todo tiempo. Advierte San Bernardo que hay algunos de trato suave mientras las cosas marchan como una seda, mas si se atraviesa cualquier contrariedad, cualquier contratiempo, se encienden súbitamente y comienzan a echar fuego como el Vesubio. A estos tales se les puede llamar carbones encendidos, aun cuando ocultos entre cenizas. Quien quiera santificarse ha de ser como el lirio entre espinas, que, por más que nazca entre ellas, no deja de ser lirio, siempre suave y deleitable. El alma amante de Dios conserva siempre la paz del corazón y la traduce hasta en el rostro, lo mismo en la prosperidad que en la adversidad, como cantó el cardenal Petrucci:

Ve en torno suyo al mundo,
que en perpetua mudanza gira ansioso;
mas en su interior, profundo
retiro es misterioso,
y, allí unida a su Dios, vive en reposo.

En las adversidades se conoce a los hombres. San Francisco de Sales amaba tiernamente a la Orden de la Visitación, que tantos trabajos le había costado. A menudo la vio a pique de perderse, al embate de las persecuciones que sobre ella se desencadenaban; mas nunca el Santo perdió la paz, y hasta se alegraba de la destrucción de la Orden si al Señor pluguiera; entonces fue cuando dijo: «Desde hace algún tiempo las adversidades y contradicciones que experimento me han hecho gozar de tan tranquila paz, que no tiene semejante, y es presagio de estar ya cercano el día de la estable unión de mi alma con Dios, único anhelo de mi corazón».

Cuando nos acontezca tener que responder a quien nos tratare mal, vigilémonos para responder siempre con dulzura: *Una respuesta blanda aplaca el furor* [10]. Una respuesta suave basta para apagar un incendio de cólera. Si nos sintiéremos turbados, preferible es callar, porque entonces no nos parecerá mal decir la primera palabra que nos viniere a los labios; pero, calmada la pasión, veremos que tantos fueron los pecados, cuantas las palabras que se nos escaparon.

Y aun cuando cayéremos en alguna falta, también entonces nos es necesaria la mansedumbre, pues irritarse contra sí después de una falta no es humildad, sino refinada soberbia, como si no fuéramos por naturaleza más que flaqueza y miseria. Decía Santa Teresa: «En estotra humildad que pone el demonio, no hay luz para ningún bien; todo parece lo pone Dios a fuego y sangre». Airarnos contra nosotros después del pecado es un pecado mayor que el otro cometido, y que traerá consigo no pocos más, pues nos hará abandonar las devociones, la oración, la comunión, y, si practicamos estos ejercicios, será con menguado provecho. San Luis Gonzaga decía que en el agua turbia no se ve, por lo que aprovecha el demonio para sus pescas. Cuando el alma estuviere turbada, no reconocerá a Dios ni lo que procede hacer. Entonces, por tanto, después de la caída en cualquier defecto, es cuando hay que volver a Dios confiada y humildemente, pidiéndole perdón y diciéndole con Santa Catalina de Génova: «Éstas, Señor, son las flores de mi vergel». Os amo con todo mi corazón, me arrepiento de haberos disgustado y ya no quiero volver a hacerlo; prestadme vuestra ayuda.

Afectos y súplicas

Dichosas cadenas de caridad que unís al alma con Dios, atadme también a mí, de tal modo que no pueda ya separarme del amor de mi Dios. Jesús mío, os amo, os amo, tesoro y

vida del alma mía; con vos quiero vivir unido y a vos me entrego. Ya no quiero, amado Señor mío, dejar de amaros. Vos que para pagar las deudas de mis pecados quisisteis ser atado cual vil reo, y así maniatado quisisteis ser conducido a la muerte por las calles de Jerusalén; vos que quisisteis ser clavado en la cruz y no la abandonasteis hasta haber abandonado la vida, por favor y por los merecimientos de tanto penar, no permitáis que vuelva a separarme de vos.

Me arrepiento, sobre todo mal, de haberos vuelto las espaldas en lo pasado; y propongo, con vuestra gracia, antes morir que disgustaros ni grave ni levemente. ¡Oh Jesús mío!, a vos me entrego; os amo con todo el corazón y os amo más que a mí mismo. En lo pasado os ofendí, mas ahora me arrepiento de ello y quisiera morir de dolor. Unidme del todo a vos. Renuncio a todos los consuelos sensibles y sólo a vos quiero y nada más. Haced que os ame y luego disponed de mí como os plazca.

¡Oh María, esperanza mía!, atadme a Jesús y haced que siempre viva atado a Él y así prendido fallezca, para llegar un día a aquel bienaventurado reino, donde no abrigaré ya temores de verme privado de su santo amor.

[1] *Spiritus enim meus super mel dulcis* (*Eccli.*, XXIV, 27).

[2] *Vince in bono malum* (*Rom.*, XII, 21).

[3] *Si zelum amarum habetis, et contentiones sint in cordibus vestris, nolite gloriari* (*Iac.*, III, 14).

[4] *Nescitis cuius spiritus estis* (*Lc.*, IX, 55).

[5] *Filius hominis non venit animas perdere sed salvare* (*Lc.*, IX, 56).

[6] *Mulier... nec ego te condemnabo: vade et iam amplius noli peccare* (*Io.*, VIII, 10, 11).

[7] *Si scires... quis est qui dicit tibi: Da mihi bibere!...* (*Io.*, IV, 10).

[8] *Iuda, osculo Filium hominis tradis?* (*Lc.*, XXII, 48).

[9] *Conversus Dominus respexit Petrum* (*Lc.*, XXII, 61).

[10] *Responsio mollis frangit iram* (*Prov.*, XV, 1).

CAPÍTULO VII:
QUIEN AMA A JESUCRISTO, SOLAMENTE ENVIDIA A LOS QUE LE AMAN MÁS Y NO A LOS GRANDES DEL MUNDO

Caritas non aemulatur.
La caridad no tiene celos (*I Cor.*, XIII, 4).

Explicando San Gregorio este otro carácter de la caridad, dice que no es envidiosa, porque desconoce la emulación mundana de las grandezas terrenas, que, lejos de desear, desprecia. Ante todo, es menester distinguir dos suertes de envidia, buena la una y la otra mala. Ésta se entristece ante los bienes terrenos que otros poseen en el mundo. Luego la envidia santa es la que, en lugar de envidiar, compadece a los grandes del mundo que viven entre honores y placeres terrenales. Únicamente busca a Dios y no pretende en esta vida más que amarlo cuanto le sea dable; de ahí que ande santamente envidiosa de quienes la venzan en amor, pues en él quisiera aventurar a los propios serafines.

Éste es el único fin que se proponen en la tierra las almas santas, fin de que de tal modo enamora y hiere de amor al corazón de Dios, que le hace prorrumpir en estas expresiones: *Me robaste el corazón, hermana mía, esposa; me robaste el corazón con una sola mirada de tus ojos* [1]. Este mirar de la esposa significa el único fin que ha de tener el alma en cuanto piense y obre, que es agradar a Dios. Los mundanos en sus acciones miran las cosas con muchos ojos, esto es, con muchas intenciones desordenadas, de agradar al mundo, conquistar honores, allegar riquezas o al menos complacerse en sí mismos, en tanto que las almas buenas no tienen más que la mira de agradar a Dios en todas sus acciones y repiten con David: *¿Quién sino tú hay para mí en los cielos? Y si contigo estoy, la tierra no me agrada...; roca y parcela mía Dios por siempre* [2]. Y ¿qué otra cosa he de querer, Dios mío, sino a vos solamente en este mundo? Sólo vos sois mi riqueza, sólo vos el único Señor de mi corazón. «Conserven enhorabuena –decía San Paulino– sus riquezas terrenas los poderosos, guárdense sus reinos los monarcas, que vos, Jesús mío, sois mi tesoro y mi corona».

Nótese que no basta ejecutar buenas obras, sino que hay que ejecutarlas bien. Para que nuestras obras sean buenas y perfectas es preciso hacerlas con el recto fin de agradar a Dios. Tal fue la gran alabanza que se dio a Jesucristo: *Todo lo ha hecho bien* [3]. Acciones habrá que en sí sean laudables, mas porque se ordenan a otro fin que el de la gloria de Dios, de poco o ningún valor serán ante Él. Decía Santa María Magdalena de Pazzi: «Dios recompensa nuestras acciones a peso de rectitud»; es decir, que según sea la rectitud de la intención, así Dios tendrá por buenas y recompensará nuestras obras. Pero ¡ah, Dios mío, y cuán difícil es hallar una obra hecha tan sólo por Dios! Me acuerdo ahora de un santo religioso, ancianito él y muerto en olor de santidad, después de una vida de trabajos por la gloria de Dios; cierto día me decía, triste y turbado por la ojeada que acababa de echar a su vida: «Padre mío, de todas las obras de mi vida no hallo ni una que haya sido hecha puramente por Dios». ¡Maldito amor propio, que echa a perder todo o la mayor parte del fruto de nuestras buenas acciones! ¡Cuántos predicadores, confesores, misioneros, se fatigan en los más santos ministerios, y al cabo poco o nada recogen para el cielo, porque no tienen por única mira a Dios, sino más bien la gloria mundana, los intereses o la vanidad de la ostentación o, al menos, de su natural inclinación!

Es sentencia del Señor: *Mirad no obréis vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos; de lo contrario, no tenéis derecho a la paga cerca de vuestro Padre, que está en los cielos* [4]. Los que se fatigan por satisfacer sus gustos naturales, en ello reciben el premio y *firman el recibo de su paga* [5]. Paga, sin embargo, exigua, que se reduce a un poco de humo y a una efímera satisfacción, que presto pasa, sin dejar nada de provecho en el alma. Dice el profeta Ageo que quienes trabajan, mas no para complacer a Dios, ponen sus ganancias en saco roto, que cuando se abre no se halla nada [6]. Y de ello proviene que estos tales, si después de tanto trabajo no alcanzan el apetecido resultado, se desaniman; prueba de que no tenían por finalidad la sola gloria de Dios: quien obra sólo por esa divina gloria, aunque no tenga el apetecido éxito, no se turba, pues al fin logró el fin que se prefijara, que era agradar a Dios por medio de su rectitud de intención.

He aquí algunas señales para conocer si en los ministerios que ejercita no busca puramente la gloria de Dios: 1.ª No turbarse cuando no se alcanza lo que se buscaba, porque, no siendo esto del agrado de Dios, tampoco es conforme a su voluntad. 2.ª Holgarse del bien obrado por otros como si uno mismo lo hubiera hecho. 3.ª No desear un cargo con preferencia a otro, aceptando gustoso el que indicare la obediencia a los superiores. 4.ª No buscar, después de ejercidos sus ministerios, el agradecimiento ni la aprobación de los demás; antes, por el contrario, viéndose criticado y censurado, no turbarse, cifrando su alegría en haber contentado únicamente a Dios. Y si por ventura se reciben alabanzas mundanas, no vanagloriarse, sino responder a la vanagloria que corre tras uno como respondió San Juan de Ávila: «También os reíd de la vanagloria, y decidle: Ni por ti lo hago, ni dejaré de hacer, Señor; a ti ofrezco cuanto hiciere, dijere y pensare. Y cuando venga la vanagloria, decidle: Tarde venís, que ya está dado a Dios».

Esto es entrar en el gozo del Señor es decir, disfrutar del gozo prometido por Dios a sus siervos fieles: *Bien, siervo bueno y fiel; en cosas pocas fuiste fiel, sobre muchas te pondré; entra en el gozo de tu Señor* [7]. Y si tenemos la dicha de hacer algo del divino agrado, dice el Crisóstomo, ¿qué más querremos buscar? Ésta es la mayor merced, la más grande fortuna a que puede aspirar la criatura: agradar a su Creador.

Esto es lo que pretende Jesucristo del alma que le ama: *Ponme como sello sobre tu corazón, cual sello sobre tu brazo* [8]. Quiere que le ponga por sello en el corazón y en el brazo; en el corazón, para que cuanto piense sea por puro amor de Dios; y en el brazo, para que cuanto haga sea para agradar a Dios, y de este modo sea siempre el Señor el único fin de todas sus obras y hasta de todos sus pensamientos. Santa Teresa decía que quien se quiere santificar ha de vivir sin más deseo que el de agradar a Dios. y su primera hija espiritual, la Venerable Beatriz de la Encarnación, decía: «No tiene precio la cosa más pequeña que se hace si va por amor de Dios; no habíamos de menear los ojos si no fuese por este fin y por agradarle». Y con razón, porque cuanto se hace para agradar a Dios es pura caridad que a Él nos une y nos alcanza bienes eternos.

Dícese que la rectitud de intención es la celestial alquimia que trueca al hierro en oro, esto es, las más triviales acciones, como trabajar, comer, recrearse, descansar, hechas por Dios, las trueca en oro de santo amor. Por eso opinaba Santa María Magdalena de Pazzi que los que obran con recta intención cuanto hacen, van derechos al paraíso, sin pasar por el purgatorio. Cuéntase en el *Tesoro espiritual* que cierto solitario, antes de ejecutar cualquier obra, se detenía un tantillo y dirigía los ojos al cielo. Preguntado por qué lo hacía, respondió: «Es que procuro asegurar la puntería»; queriendo con esto decir que así como el ballestero antes de lanzar la saeta fija la puntería para asegurar el blanco, así también él, antes de ejecutar cualquier acción, ponía la mira en Dios, para que fuese del divino agrado.

Así debíamos hacer nosotros también, y hasta, una vez empezada la obra, no estaría de más que renovásemos de cuando en cuando la intención de agradar a Dios.

Quienes en sus obras no buscan más que la voluntad de Dios, disfrutan de aquella santa libertad de espíritu de hijos de Dios que contribuye a hacer abrazar cuanto sea del agrado de Jesucristo, sin tener cuenta de las repugnancias del amor propio o del respeto humano. El amor a Jesucristo comunica a sus amadores una total indiferencia, que lo hace todo igual, lo dulce y lo amargo; nada quieren de lo que a ellos agrada y nada rehúsan de lo que agrada a Dios. Con igual paz se emplean en las cosas grandes que en las pequeñas; en lo que los mortifica, lo mismo que en lo que los halaga; bástales entender que en esto agradan a Dios.

Muchos hay, por el contrario, que quieren servir a Dios, pero en tal empleo, en aquel lugar, con determinados compañeros, en ciertas circunstancias y de otro modo, o no le sirven o lo hacen de mala gana. Estos tales no disfrutan de la libertad de espíritu, sino que son esclavos del amor propio y, por ende, poco o ningún mérito tienen de cuanto hacen; viven inquietos porque, de suave que es, toman en pesado el yugo de Jesucristo. Los verdaderos seguidores de Jesucristo buscan sólo lo que a Él le place y porque a Él place; cuando quiera, donde quiera y como quiera Jesucristo; sea que los quiera emplear en ministerios honrosos o bien en oficios viles y despreciables. Esto es amar a Cristo con puro amor y en esto debiéramos emplear todas nuestras fuerzas, combatiendo los desordenados apetitos del amor propio, ganoso siempre de lucimientos en grandes cosas, de mucha honra y conformes a nuestros gustos naturales.

Aun debemos despegar nuestro corazón de todos los ejercidos espirituales cuando el Señor quiere emplearnos en otras cosas de su gusto. Cierto día, hallándose el P. Álvarez muy ocupado, deseaba dejarlo todo para darse a la oración, porque se le hacía que entonces no estaba con Dios; mas el Señor le dijo: «Conténtate de que me sirva de ti, aunque no te tenga conmigo». Esto reza con las personas que quizás se inquietan cuando la caridad o la obediencia las obliga a dejar sus acostumbradas devociones; estén persuadidas de que tal inquietud no proviene de Dios, sino que es cosa del demonio o del amor propio. Dese gusto a Dios, aunque en ello vaya la muerte: era la primera máxima de los santos.

Afectos y súplicas

En vuestras manos pongo, ¡oh Dios eterno!, todo mi corazón. Pero, ¡oh Dios mío!, y ¿qué corazón os ofrezco? Cierto que fue criado para amaros; pero, lejos de ello, ¡cuántas veces se ha rebelado contra vos! Mas no olvidéis, Jesús mío, que, si hubo un tiempo en que se rebeló contra vos, ahora está postrado a vuestras plantas, arrepentido y atravesado de dolor por los disgustos que os ha causado. Sí, amado Redentor mío, me arrepiento de haberos despreciado y me resuelvo a amaros y serviros cueste lo que costare. Por favor, atraedme completamente a vos, y hacedlo por el amor que me manifestasteis al morir en la cruz por mí.

Os amo, Jesús mío, os amo con toda mi alma, os amo más que a mí mismo, ¡oh verdadero y único amante del alma mía!, ya que vos sólo llevasteis el amor hasta morir por mí. Amargamente lloro viendo cuán ingrato he sido con vos. ¡Pobre de mí! Mi perdición era segura, mas confío que con vuestra gracia me habéis restituido la vida. Mi vida en adelante será amaros siempre, sumo Bien mío. Haced que os ame, infinito amor, y nada más os pido.

¡Oh María, Madre mía!, aceptadme por vuestro siervo y haced que también

Jesucristo me reciba como tal.

[1] *Vulnerasti cor meum, soror mea sponsa* (*Cant.*, IV, 9).

[2] *Quis praeter te mihi est in caelo?; et si tecum sum, non delectat me terra... Petra cordis mei et pars mea Deus in aeternum* (*Ps.*, LXXII, 25, 26).

[3] *Bene omnia fecit* (*Mc.*, VII, 37).

[4] *Attendite ne iustitiam vestram faciatis coram hominibus, ut videamini ab eis: alioquin mercedem non habebitis apud Patrem vestrum* (*Mt.*, VI, 1).

[5] *Amen dico vobis, receperunt mercedem suam* (*ib.*, 5).

[6] *Et qui mercedes congregavit, misit eas in sacculum pertusum* (*Agg.*, I, 6).

[7] *Euge, serve bone fidelis quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam; intra in gaudium Domini tui* (*Mt.*, XXV, 23).

[8] *Pone me ut signaculum super cor tuum, ut signaculum super brachium tuum* (*Cant.*, VIII, 6).

CAPÍTULO VIII: QUIEN AMA A JESUCRISTO, HUYE DE LA TIBIEZA Y BUSCA LOS MEDIOS DE ALCANZAR LA PERFECCIÓN, QUE SON: 1.°, DESEARLA; 2.°, RESOLVERSE A ELLA; 3.°, LA ORACIÓN MENTAL; 4.°, LA COMUNIÓN; 5.°, LA ORACIÓN

Caritas non agit perperam.
La caridad no se pavonea (*I Cor.,* XIII, 4).

Explicando San Gregorio estas palabras: *La caridad no se pavonea,* dice que la caridad, deseosa de ir siempre adelante en el amor de Dios, no admite nada que no sea recto y santo [1]. Que es lo que antes había escrito el Apóstol: *Revestíos de la caridad, que es el vínculo de la perfección* [2]. Y porque la caridad ama la perfección, se desprende de aquí que aborrece la tibieza con que sirven a Dios ciertas almas, con grave riesgo de perder la caridad, la gracia divina, el alma y todo.

I. De la tibieza

Importa, ante todo, señalar dos especies de tibieza, la una inevitable y la segunda que se puede evitar. *La inevitable* es aquella de la cual ni los santos se vieron exentos, y abarca todos los defectos que cometemos sin plena voluntad y tan sólo por nuestra frágil naturaleza, como las distracciones en la oración, las inquietudes interiores, las palabras inútiles, la curiosidad vana, los deseos de bien parecer, cierta sensualidad en el comer o en el beber, algunos movimientos de la concupiscencia no reprimidos al instante y cosas semejantes.

Defectos son éstos que debemos evitar en cuanto en nuestra mano esté; mas, debido a nuestra flaca naturaleza, viciada por el pecado, es imposible evitarlos por completo. También debiéramos detestarlos una vez cometidos, porque no son del agrado de Dios; pero, como advertimos en el capítulo anterior, debemos guardarnos de caer por ello en turbación y desaliento, porque, como dice San Francisco de Sales, «los pensamientos que nos angustian no vienen de Dios, que es príncipe de paz, sino que traen su origen o del demonio, o del amor propio, o de la estima que de nosotros mismos tenemos».

Estos pensamientos, pues, que nos inquietan, debemos luego rechazarlos, sin hacer caso de ellos. Dice el mismo Santo que los defectos indeliberados, así como se cometen indeliberadamente, involuntariamente se borran también con un solo acto de dolor o un acto de amor. La Venerable María del Crucificado, benedictina, vio en cierta ocasión un globo de fuego dentro del cual caían muchas pajas, y advirtió que todas quedaban reducidas a pavesas, y a la vez le fue dado a entender que un fervoroso acto de amor divino consume todas las imperfecciones que hay en el alma. El mismo efecto produce la sagrada comunión, según el Concilio de Trento, que llama a la Eucaristía *remedio y medicina que nos libra de las culpas cotidianas.* Aunque tales defectos no dejen de serlo, con todo, no impiden la perfección, es decir, el caminar hacia la perfección, porque en esta vida miserable nadie puede llegar a la suma de la perfección, que se consigue solamente en la

eterna bienaventuranza.

La tibieza, pues, que impide llegar a la imperfección es *la evitable,* cuando se cae en pecados veniales deliberados, porque estos pecados, cometidos a cara descubierta, se podrían evitar perfectamente, ayudados de la divina gracia, aun en la vida presente. De aquí que Santa Teresa dijese: «Pecado muy de advertencia, por chico que sea, Dios nos libre de él». Tales son, por ejemplo, las mentiras voluntarias, las murmuraciones leves, las imprecaciones, los resentimientos manifestados con la lengua, las burlas del prójimo, las palabras picantes, el alabarse y andar tras de la estima propia, los rencores y malquerencias abrigados en el corazón, la afición desordenada a personas de diverso sexo. «¡Oh –exclamaba Santa Teresa–, que quedan unos gusanos que no se dan a entender... hasta que nos han roído las virtudes!». Por lo que en otro lugar advierte: «Miren que por muy pequeñas cosas va el demonio barrenando agujeros por donde entren las muy grandes».

Debemos, pues, temer cometer tales defectos deliberados, porque ponen a Dios como en la necesidad de privar al hombre de las divinas ilustraciones y del socorro de su mano poderosa y de sus más suaves y regalados consuelos espirituales; de aquí nace que el alma se da a las cosas espirituales con tedio y con trabajo, por lo que empieza por abandonar la oración, la comunión, las visitas al Santísimo Sacramento, las novenas, y, finalmente, con toda facilidad lo dejará todo, como ha acontecido no raras veces a tantas desgraciadas almas.

Esto significa aquella amenaza del Señor a los tibios: *¡Ojalá fueras frío o caliente! Así, puesto que eres tibio, y ni caliente ni frío, estoy para vomitarte de mi boca* [3]. Cosa chocante; dice: *¡Ojalá fueras frío!;* pues ¿qué? ¿Vale más ser frío, es decir, privado de la gracia, que tibio? Sí; en cierta manera, es preferible estar frío, porque el frío puede fácilmente enmendarse, aguijoneado por el torcedor de la conciencia, en tanto que en la tibieza se hacen las paces con los pecados, sin cuidarse ni pensar siquiera en mudar de vida, y por esto se da casi por desesperada su cura. «El que cayó del fervor en la tibieza –dice San Gregorio– está desesperado». Decía el Venerable P. Luis de La Puente que él podía haber cometido innumerables defectos en su vida, pero que nunca había pactado con ellos. Hay personas, al contrario, que capitulan con sus faltas, de donde procede su ruina, especialmente cuando se trata del amor propio, de honras vanas, del exceso de allegar riquezas, de rencor o faltas de caridad, de aficiones menos honestas con personas de diferente sexo. Grande riesgo corren estas almas, según expresión de San Francisco de Asís, de que los cabellos se les truequen en cadenas que los arrastren al infierno. En todo caso, no se santificarán y perderán la corona que Dios les tenía preparada de haber sido fieles a la gracia. El pajarillo, libre del lazo que lo sujetaba, presto toma vuelo y se remonta por los aires; igual acontece al alma libre de todo apego a las cosas terrenas; vuela hacia Dios, en tanto que un solo hilillo que la sujete a la tierra bastará para estorbarla subir al cielo. ¡Cuántas personas espirituales no llegan a la santidad por no esforzarse en dar de mano a ciertas aficioncillas!

Todo este daño proviene del poco amor que se tiene a Jesucristo. Algunos hay que andan como engolfados en la propia estima; otros que se irritan si las cosas no van como deseaban; unos regalan el cuerpo por razones de salud; éstos dan entrada en el corazón a afectos terrenos y el interior lo tienen siempre disipado, ganosos siempre de escuchar y saber mil cosas ajenas al servicio de Dios y sólo conformes con sus gustos; aquéllos, finalmente, desconocen el sufrir la más mínima desatención, y de ahí que se turben, abandonen la oración y el recogimiento, y unas veces se muestran alegres, otras tristes e impacientes, según vayan o no las cosas conforme a sus inclinaciones o estado de ánimo.

Estos tales no aman a Jesucristo, o lo aman con menguado amor, y lo que hacen es desacreditar la verdadera devoción.

II. Remedios contra la tibieza

Pero, y quien haya caído en tan miserable estado de tibieza, ¿qué deberá hacer? Cierto que es harto difícil ver al alma tibia recobrar el primitivo fervor, mas también es cierto que el Señor dijo que lo que los hombres no pueden lo puede Dios [4]. El que ruega y emplea los medios a ello conducentes, presto alcanza lo que desea. Cinco son los medios para salir de la tibieza y adelantar en la perfección, a saber: 1.°, desearla; 2.°, resolverse a ello; 3.°, la oración mental; 4.°, la comunión, y 5.°, la oración.

III. Del deseo de la perfección

El primer medio, por tanto, para salir de la tibieza es el *deseo de la perfección,* y éste, a la vez, es el primer medio para ser perfectos. Son los santos deseos alas que nos hacen volar sobre la tierra, porque, como dice San Lorenzo Justiniano, además de darnos fuerzas para andar por el camino de la perfección, alivian también las penas del caminar: «Nos dan fuerzas –dice el Santo– y nos hacen la carga más liviana». El que verdaderamente desea la perfección, va siempre adelante, sin darse punto de reposo, y si no se cansa, al cabo llegará. Por el contrario, quienes no alimentan este deseo volverán atrás y cada día serán más imperfectos. Dice San Agustín que, en los caminos de Dios, no ir adelante es retroceder. Quien no se esfuerza por seguir adelante en lo comenzado, presto verá que vuelve atrás, arrastrado por la corriente de la corrompida naturaleza.

En gravísimo error están quienes sostienen que Dios no exige que todos seamos santos, ya que San Pablo afirma: *Ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación* [5]. Dios quiere que todos seamos santos, y cada uno según su estado: el religioso como religioso, el seglar como seglar, el sacerdote como sacerdote, el casado como casado, el mercader como mercader, el soldado como soldado, y así de los demás estados y condiciones.

Hermosos son los documentos que acerca de esto trae mi gran abogada Santa Teresa; en un lugar dice: «Que siempre vuestros pensamientos vayan animosos, que de aquí vendrán a que el Señor os dé gracia para que lo sean las obras». En otro se expresa así: «Tener gran confianza, porque conviene mucho no apocar los deseos, sino creer de Dios, que, si nos esforzamos poco a poco, aunque no sea luego, podremos llegar a lo que muchos santos con su favor». Y, en confirmación de lo dicho, atestiguaba tener experiencia de que las personas animosas en poco tiempo aprovechan mucho. «Y no penséis que ha menester nuestras obras –proseguía–, sino la determinación de nuestra voluntad». «Mas que le vean (en el Santísimo Sacramento) y comunicar sus grandezas y dar de sus tesoros, no quiere sino a los que entiende que mucho lo desean, porque éstos son sus verdaderos amigos». «Sea bendito por todo, que he visto claro no dejar sin pagarme, aun en esta vida, ningún deseo bueno». Tan generosa y noble era en su amor Santa Teresa, que cierto día, con santa osadía, dijo al Señor que se holgaría de ver en el cielo a otros con más gloria que ella, pero que no sabía si se holgaría de que otro amase a Dios más que ella.

Menester es, por tanto, revestirse de ánimo esforzado y generoso: *Bueno es Yahveh para quien en Él espera* [6]. Dios es sobrado bueno y liberal para quien le busca de corazón. Ni siquiera nuestros pecados pasados pueden impedirnos alcanzar la santidad, si de verdad la deseamos. Prosigue Santa Teresa: «Mas es menester entendamos cómo ha de ser esta humildad; porque creo el demonio hace mucho daño para no ir muy adelante gente que tiene oración, con hacerlos entender mal de la humildad, haciendo que nos parezca soberbia tener grandes deseos y querer imitar a los santos y desear de ser mártires». El Apóstol escribe: *Sabemos que Dios coordena toda su acción al bien de los que le aman* [7]; y la Glosa añade: *hasta los pecados,* pues también los pecados cometidos pueden cooperar a nuestra santificación, en cuanto su recuerdo nos hace más humildes y agradecidos, a vista de los favores que Dios nos otorga, después de haberle ofendido tanto. Yo nada puedo, debe decir el pecador, nada merezco más que el infierno, pero he de tratar con un Dios de infinita bondad, que tiene empeñada la palabra de oír a todo el que le pidiere. Pues que me libró de la eterna condenación y quiere ahora que sea santo, ofreciéndome para ello su ayuda, bien puedo llegar a serlo, no ciertamente con mis fuerzas, sino con el favor de Dios, que me conforta: *Para todo siento fuerzas en aquel que me conforta* [8]. Cuando experimentemos excelentes deseos, esforcemos al punto el ánimo y, poniendo a Dios por fiador, llevémoslo prestamente a la práctica, y si luego surgiere cualquier impedimento en la vida espiritual, resignémonos a la voluntad de Dios. El querer de Dios ha de prevalecer sobre todo nuestro buen deseo. Santa María Magdalena de Pazzi antes hubiera renunciado a la perfección que alcanzarla contra la voluntad de Dios.

IV. De la resolución

El segundo medio para alcanzar la perfección es la resolución de entregarse del todo a Dios. Muchos están llamados a la perfección; los mueve a ello la divina gracia y hasta tienen deseos de alcanzarla; mas, porque les falta esta resolución, viven y mueren tibios e imperfectos. No basta el deseo de la perfección si no va acompañado de firme resolución de alcanzarla. ¡Cuántas almas se alimentan de solos deseos y no dan ni un paso en los caminos de Dios! Estos son los deseos de que nos habla el Sabio: *Los deseos del perezoso lo matan* [9]. El perezoso no deja de desear, pero no se resuelve a adoptar los medios para conseguir la santidad propia de su estado. Dice: ¡Ah, si viviese en un desierto y no ya en casa! ¡Si pudiera habitar en un monasterio, entonces sí que me entregaría del todo a Dios! Y, entretanto, no puede sufrir a tal persona; se resiste a oír palabras de contradicción; anda derramado en mil cosas exteriores; cae en incontables defectos, gula, curiosidad, soberbia, y a vuelta de eso, sigue suspirando: ¡Ah, si tuviese, si pudiese...! Tales deseos causan más daño que utilidad, porque, mientras uno se alimenta de ellos, prosigue viviendo en sus imperfecciones. San Francisco de Sales decía: «No apruebo que una persona, ligada por un deber o vocación, se pare a desear otro género de vida que no sea conforme con su oficio, ni se meta en ejercicios incompatibles con su estado actual, porque esto disipa el corazón y le hace andar flojo y tibio en los ejercicios a que está obligado».

Lo que hace falta es desear la perfección, y con varonil resolución tomar los medios a ello conducentes. Escribe Santa Teresa: «El demonio ha gran miedo a ánimas determinadas, que tiene ya experiencia le hacen gran daño. Éste es el oficio de la oración mental, saber buscar los medios que más directamente conducen a la perfección. Algunos

hay que consumen grandes horas en oración, sin determinarse jamás a nada de provecho. Decía la misma Santa: «Yo la quería más (la oración) que la de muchos años que nunca acabó de determinarse más a el postrero que al primero, a hacer cosa que sea nada por Dios». Y en otro pasaje añade: «Ya tengo experiencia en muchas, que si me ayudo al principio a determinarme a hacer lo que, siendo por solo Dios, hasta en comenzarlo quiero, para que, más merezcamos, que el alma sienta aquel espanto, y mientras mayor, si sale con ello, mayor premio y más sabroso se hace después».

La primera resolución ha de ser determinarse a morir antes que cometer un pecado deliberado, por leve que sea. Es cosa averiguada que, por más esfuerzos que hagamos, sin la gracia y favor de Dios, no alcanzaremos victoria sobre las tentaciones; mas también es cierto que Dios espera que hagamos por nuestra parte algún esfuerzo para intervenir Él después con su gracia, que, ayudando a nuestra flaqueza, nos sacará victoriosos. Esta determinación, al par que desbarata cuantos tropiezos halla en nuestro camino, nos da mucho ánimo, porque nos certifica hallarnos en la amistad divina. San Francisco de Sales afirmaba: «La mayor seguridad que podemos tener de hallarnos en esta vida en gracia de Dios no consiste precisamente en que sintamos amor por Él, sino en el sincero y total abandono de todo nuestro ser en sus manos, y en la inquebrantable resolución de no consentir jamás en ningún pecado, sea leve, sea grave». A esto llamamos ser delicados de conciencia. Adviértase aquí, de paso, que una cosa es ser delicado de conciencia y otra ser escrupuloso. Ser delicado de conciencia es necesario para santificarse, pero ser escrupuloso es defecto que causa no pocos perjuicios, por lo que se impone obedecer al director espiritual y dominar los escrúpulos, que no son sino vanas y no razonables aprensiones.

Es necesario, en segundo lugar, determinarnos a escoger lo más perfecto, no sólo de lo que agrada a Dios, sino también lo que absolutamente es de su mayor agrado. Decía San Francisco de Sales: «Hay que comenzar por una seria y determinada resolución de hacer a Dios total entrega de nosotros, protestando que en lo venidero queremos ponernos del todo en sus manos renovando a tiempo esta misma determinación». San Andrés Avelino hizo voto de adelantar a diario en la perfección. Quien quiera santificarse, no es necesario que haga tal voto, pero sí que procure a diario adelantar en la perfección. Escribe San Lorenzo Justiniano: «Cuando uno camina de veras por el camino de la perfección, más hambre siente de proseguir adelante, y, al paso que va creciendo en la perfección, más hambre siente de ello, porque, siendo más fuertes los rayos de la divina luz, le parece que no tiene virtud alguna ni hace cosa de provecho; y si por ventura cree haber hecho algo bueno, lo halla cargado de imperfecciones y todo le parece poco. De aquí que de continuo trabaje el alma para lograr la perfección sin pararse nunca ni decir basta».

Lo que hagas, hazlo presto y no lo dejes para mañana. ¿Quién sabe si mañana tendrás tiempo de hacerlo? Advierte el Eclesiastés: *Todo lo que puedas hacer con tu fuerza, hazlo* [10], y no lo difieras para mañana, y da la razón de ello diciendo: *Porque no hay obra, ni razón ni ciencia ni sabiduría en el seol, adonde te encaminas* [11]. Porque en la otra vida se acabó el tiempo del bien obrar y merecer; ni hay sabiduría para hacer el bien ni prudencia para bien gobernarse, ya que, una vez muerto, lo hecho, hecho está. Aconteció que sor Buenaventura, profesa del monasterio de la Torre de los Espejos, vivía vida de tibieza cuando fue a predicar los ejercicios espirituales a la comunidad el religioso P. Lancicio, y sor Buenaventura, que no deseaba salir del estado de tibieza, comenzó de mala gana a escuchar los sermones. Pues bien, en el primero se apoderó de ella la divina gracia con tal ímpetu, que acudió prestamente a los pies del padre y le dijo muy resueltamente: «Padre, quiero hacerme santa y conseguirlo prontamente»; cosa que llevó a cabo con el

auxilio divino, pues vivió solo unos ocho meses, a continuación de los cuales murió en opinión de santidad.

David decía: *Y dije: «Ahora empiezo»* [12]. Glosando San Carlos Borromeo estas palabras, exponía: «Ahora comienzo a servir a Dios». Y así tenemos que hacer, como si en lo pasado no hubiéramos hecho bien alguno, porque todo cuanto por Dios hacemos es nada, dado que todos estamos obligados a hacerlo por Él. Resolvámonos, pues, a diario a comenzar a ser todo de Dios; no nos detengamos a mirar lo que hacen los demás ni cómo lo hacen, puesto que contados son los que de veras se dan a la santidad. De San Bernardo es esta sentencia: «Lo perfecto es siempre raro». Si queremos seguir al común de los hombres, seremos siempre imperfectos, como ellos lo eran, por regla general. Santa Teresa decía: «¡Donosa manera de buscar amor de Dios!... Ansí que, porque no se acaba de dar junto, no se nos da por junto este tesoro». ¡Oh Dios, y qué poco es cuanto hiciéremos por Jesucristo, quien por nuestro amor nos dio sangre y vida! «Es todo asco –añadía la Santa– cuanto podemos hacer, en comparación de una gota de sangre que el Señor por nosotros derramó». Los santos nada perdonaron cuando se trataba de complacer a un Dios que se ha dado por completo a nosotros, sin reserva alguna, para obligarnos a no reservarle nada. «Se te dio por entero –escribe el Crisóstomo–, sin reservarse nada para sí». Pues, si Él se dio por completo a nosotros, no es razón que andemos con reservas para con Él. *Y por todos murió* –dice San Pablo–, *para que los que viven no vivan ya para sí mismos, sino para aquel que por ellos murió y resucitó* [13].

V. De la oración mental

El tercer medio para alcanzar la santidad es *la oración mental.* «Quien no meditare las verdades eternas –dice Gersón–, por maravilla podrá vivir vida cristiana». Y la razón es porque a quien no medita le falta la luz y tiene que caminar a tientas. Las verdades de la fe no se ven con los ojos corporales, sino con los del alma, y precisamente en la meditación. Quien no las medita no las ve, y por eso camina a tientas y, envuelto así en tinieblas, fácilmente se aficionará a las cosas de aquí abajo, con desprecio de las eternas. Santa Teresa escribía al obispo de Osma: «Aunque a nuestro parecer no haya imperfecciones en nosotros, cuando Dios abre los ojos del alma, como en la oración lo suele hacer, parécense bien estas imperfecciones». Y antes escribió San Bernardo que quien no medita no se aborrece, porque no se conoce. La oración, prosigue el Santo, gobierna los afectos de nuestro corazón y encamina hacia Dios nuestras obras; pero, sin meditación, inclínanse hacia tierra nuestros afectos, tras ellos van las obras, y todo anda en desorden.

Terrible es el caso que se refiere en la vida de la Beata Sor María del Crucificado, siciliana. Estando la sierva de Dios en oración, oyó a un demonio que alardeaba de haber hecho abandonar a cierta religiosa la meditación de regla, y vio en espíritu que, después de esta falta, la tentaba el demonio a cometer una falta grave, y que la religiosa estaba a punto de sucumbir. Voló ella a su socorro, la amonestó y la sacó del peligro. Santa Teresa decía que el alma que abandona la oración no tardará en convertirse en bestia o en demonio.

Renunciar, por consiguiente, a la meditación es renunciar al amor de Jesucristo. La oración es la feliz hoguera en que se enciende y conserva el fuego del santo amor: «En mi meditación se encendió un fuego». Santa Catalina de Bolonia escribía: «Quien no frecuenta la oración se priva del lazo que une al alma con Dios, por lo que no será difícil que el

demonio, hallando al alma fría en el amor divino, la arrastre a cebarse en cualquier emponzoñada manzana». Por el contrario, decía Santa Teresa: «Si en ella persevera (en la oración), por pecados, y tentaciones, y caídas de mil maneras que ponga el demonio, en fin, tengo por cierto que la saca el Señor a puerto de salvación, como, a lo que ahora parece, me ha sacado a mí». Y en otro pasaje afirma: «El que no deja de andar e ir adelante, aunque tarde, llega. No parece es otra cosa perder el camino sino dejar la oración». E insiste otra vez: «¡Y qué bien acierta el demonio, para su propósito, en cargar aquí la mano! Sabe el traidor que el alma que tenga con perseverancia oración, la tiene perdida, y que todas las caídas que le hace dar la ayudan, por la bondad de Dios, a dar después mayor salto en lo que es su servicio: algo le va en ello». ¡Cuántos bienes se recolectan en la oración! En ella se conciben santos pensamientos, se encienden afectos devotos, se fortalecen grandes deseos y se forman propósitos inquebrantables de entregarse del todo a Dios; en ella el alma sacrifica a Dios todos los afectos terrenos y todos los apetitos desordenados. Afirmaba San Luis Gonzaga que «no habrá mucha perfección donde no hubiere mucha oración». Que no echen en olvido este dicho del Santo los que desean la perfección.

No se ha de ir a la oración para experimentar las dulzuras del amor divino; quien este fin se propusiere perdería el tiempo y sacaría escasa ventaja. El alma ha de darse a la oración solamente para agradar a Dios, es decir, sólo para conocer cuál sea su voluntad y pedirle la necesaria ayuda para cumplirla. El Venerable P. D. Antonio Torres decía: «Llevar la cruz sin consuelo hace volar al alma por el camino de la perfección». La oración desprovista de consuelos sensibles es la más provechosa para el alma. Santa Teresa decía que el alma que abandona la oración no necesita de demonio que la lleve al infierno, pues por sí misma se encamina a él.

De este ejercicio de la oración procede que el alma piense siempre en Dios. «El verdadero amante en toda parte ama y siempre se acuerda del amado. Recia cosa sería que sólo en los rincones se pudiese tener oración», decía Santa Teresa. Y de aquí procede también que las personas de oración hablen siempre de Dios, sabiendo como saben cuánto le agrada que los amadores se deleiten en hablar de Él y del amor que les profesa, procurando de este modo inflamar a los demás en el amor divino. Escribe la misma Santa: «Quiso que viese claro que a semejantes pláticas siempre se hallaba presente, y lo mucho que se sirve en que ansí se deleiten en hablar en Él».

De la oración también nace el deseo de retirarse a lugares solitarios para tratar a solas con Dios y conservar el recogimiento interior aun tratando negocios exteriores necesarios. Digo necesarios, o por razón del gobierno de la familia o de los ministerios que la obediencia impone; porque las personas dadas a oración deben amar la soledad y no derramarse en cosas vanas e inútiles; de no hacerlo así, perderán el espíritu de recogimiento, que es excelente medio para tener al alma unida a Dios. *Huerto cerrado eres, hermana mía, esposa* [14]. El alma esposa de Jesucristo ha de ser huerto cerrado a toda criatura y no ha de alimentar en su corazón más pensamientos ni más negocios que de Dios y para Dios. Los corazones disipados no pueden santificarse. Los santos que tuvieron por ministerio ganar almas para Dios, aunque predicaban, confesaban, componían enemistades y asistían a enfermos, no perdían el recogimiento. Lo mismo acontece con los que andan metidos entre libros. ¡Cuántos hay que, estudiando para hacerse sabios, no salen ni sabios ni santos, porque la verdadera ciencia es la ciencia de los santos, que consiste en saber amar a Jesucristo, y el amor divino trae consigo la ciencia y todos las demás bienes! *Viniéronme los bienes a una todos con ella* [15], esto es, con la santa caridad. San Juan Berchmans se entregó al estudio con incansable ardor, y, con todo, jamás el estudio puso trabas, merced a

su fervor, al adelantamiento espiritual. El Apóstol dijo: *No sentir de sí más altamente de lo que conviene sentir, sino sentir aspirando a un sobrio sentir* [16]. Necesaria es la ciencia, y especialmente al sacerdote, porque debe enseñar a los demás la ley divina: *Pues los labios del sacerdote deben guardar la ciencia, y la doctrina han de buscar de su boca* [17]; sea sabio, sí, pero dentro de la moderación. Quien por el estudio abandona la oración, da pruebas de que no busca a Dios, sino a sí mismo. Quien busca a Dios, antes que dejar la oración dejará el estudio, cuando no sea tan necesario que obligue a dejar la oración.

Otro mal gravísimo que nace de aquí es que sin meditación no se ora. De la necesidad de la oración ya traté en muchas de mis obras espirituales, y en especial en un libro titulado *Del gran medio de la oración,* por lo que me limitaré a decir en este capítulo algunas palabras sobre el particular. Baste solamente señalar aquí lo que el venerable obispo de Osma Mons. Palafox dejó escrito: «¿Cómo ha de durar la caridad si no da Dios la perseverancia? ¿Cómo la dará Dios si no la pedimos? ¿Cómo la pediremos si no hay oración?... Sin la oración ni hay comunicación de Dios para conservar las virtudes adquiridas, ni para adquirir las perdidas». Y en verdad que es así, pues el que no medita no advierte las necesidades de su alma, desconoce los riesgos que corre su salvación, ignora los medios que debe emplear para vencer las tentaciones, y, no entendiendo la necesidad que tiene de orar, dejará la oración y ciertamente se perderá.

En cuanto a la materia de las meditaciones, no hay cosa más útil que la meditación de los novísimos, muerte, juicio, infierno y gloria; principalmente se ha de meditar en la muerte, imaginándose hallarse moribundo en el lecho, abrazado al crucifijo y presto ya a entrar en la eternidad. Mas para el verdadero amante de Jesucristo, que desea ir siempre adelantando en su santo amor, no hay pensamiento más eficaz que el de la pasión del Redentor. Decía San Francisco de Sales que el monte Calvario es el monte de los amantes. Todos los amadores de Jesucristo suben a este monte, donde no se respiran más brisas que las del divino amor. En presencia de un Dios que muere por nuestro amor, y que muere porque nos ama –Cristo *nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros* [18]–, imposible parece no arder en las llamas de su amor. De las llagas del Crucifijo brotan siempre saetas de amor que hieren los corazones, aunque sean más duros que la piedra. ¡Dichosa el alma que en la cumbre del Calvario tiene fija su morada! ¡Feliz montaña, amable montaña! Querido monte, ¿quién podrá alejarse de ti? Monte eres que despides llamas que consumen a las almas que moran de continuo en ti.

VI. De la comunión frecuente

El cuarto medio para alcanzar la perfección y perseverar en la amistad de Dios es la frecuencia de la sagrada comunión, de la que ya hablamos en el capítulo 2, en que vimos que el alma no puede hacer cosa de mayor agrado a Jesucristo que recibirlo a menudo en el sacramento de los altares.

«Ayuda más poderosa para alcanzar la perfección –decía Santa Teresa– no encuentro yo que comulgar con frecuencia: es cosa que pone admiración cómo el Señor va perfeccionando el alma»; y añadía que, «hablando en general, las personas que más frecuentemente comulgan se ven más adelantadas en la perfección; y en aquellos monasterios se respira mejor espíritu y ambiente de perfección en los cuales más se frecuenta la sagrada comunión».

Y por esto dijo Inocencio XI, en el decreto del año 1679, que la comunión frecuente y hasta cotidiana ha sido siempre loada y recomendada por los Santos Padres. La Eucaristía, según el Concilio Tridentino, es remedio y medicina que nos libra de las culpas cotidianas y nos preserva de las mortales. San Bernardo dice que la comunión reprime los ímpetus de la cólera y de la incontinencia, que son las dos pasiones que más frecuente y furiosamente nos acometen. Santo Tomás afirmaba que la comunión abate las sugestiones del demonio, y San Juan Crisóstomo, finalmente, asegura que la comunión da al alma poderosa inclinación a la virtud y facilidad grande en practicarla, y a la vez que le infunde una paz interior que le convierte en fácil y deleitoso el camino de la perfección. Pero, sobre todo, ningún sacramento inflama tanto al alma en amor divino como la sagrada Eucaristía, donde Jesucristo se da por entero a nosotros y estréchanos a Él con cadenas de amor. De ahí que dijera San Juan de Ávila: «Mas, ¿qué diremos? Que hay hombres que, sin ver la conciencia de los que se llegan a comulgar, juzgan y dicen que es malo, y lo murmuran. Estos tales el oficio del diablo tienen, aborrecedores y estorbadores de las obras de Dios». En efecto, el demonio aborrece sobre todo encarecimiento este sacramento, del que reportan las almas fuerzas extraordinarias para adelantar en el amor divino.

Importa mucho, para comulgar bien, llegarnos a este banquete eucarístico convenientemente preparados. La primera preparación, o sea, la preparación remota, para poder comulgar a diario o frecuentemente, consiste: 1.°, en abstenerse de toda falta deliberada, es decir, cometida a ojos abiertos; 2.°, en el ejercicio de la oración mental; 3.°, en la mortificación de los sentidos o de las pasiones.

Enseñaba San Francisco de Sales en su *Filotea* que «se puede conceder la comunión diaria a quien ha vencido la mayor parte de sus malas inclinaciones y adquirido rico caudal de perfección». El angélico Santo Tomás es de parecer que bien puede comulgar diariamente quien por experiencia sabe que comulgando se le aumenta el fervor de la caridad. Por lo que decía Inocencio XI en el citado decreto que al confesor corresponde determinar la mayor o menor frecuencia en el comulgar, siguiendo para ello, como norma segura, el mayor o menor provecho que de este manjar saca el alma encomendada a su dirección. La preparación próxima a la comunión es la que se hace el mismo día en que se comulga, y consiste en hacer media hora, por lo menos, de oración mental.

Es necesario, además, para que la sagrada comunión cause maravillosos efectos, que después de comulgar empleemos prolongado rato en la acción de gracias. El Padre San Juan de Ávila decía que el tiempo que corre después de la comunión es tiempo de hacer fortuna y allegar tesoros de gracia para el cielo. Santa María Magdalena de Pazzi decía que no hay tiempo más a propósito para inflamarse en santo fuego de caridad como el que sigue a la comunión, y Santa Teresa añadía: «No suele Su Majestad pagar mal la posada si le hacen buen hospedaje... Estaos vos con Él de buena gana; no perdáis tan buena sazón de negociar como es el hora después de haber comulgado».

Almas pusilánimes hay que, cuando el confesor las exhorta a comulgar más a menudo, responden: *Pero... si yo no soy digna...* Y ¿no sabes que, mientras menos veces comulgues, más indigna te haces de este divino manjar, porque, no comulgando, los defectos crecen y disminuyen las fuerzas? ¡Ánimo, pues! Obedece a tu director y déjate guiar por él, que las imperfecciones, cuando no son voluntarias, no estorban el comulgar, mayormente cuando el principal defecto está en no someterte a lo que te ordena el padre espiritual.

–*Cierto, pero si en lo pasado viví vida tan imperfecta...*

–¿E ignoras –te respondo– que quien más necesitado está de la medicina y del

médico es precisamente quien se hallare más enfermo? Jesús en el sacramento es médico y medicina. Oye a San Ambrosio: «Yo, que siempre peco, debo tener siempre a punto el remedio». *–Lo creo, pero el confesor no me manda comulgar más a menudo.* –Pues si él no te lo manda, pídele tú permiso para ello, y si te lo niega, obedece y, entre tanto, no dejes de recabar su licencia. *–Padre, pero esto suena a soberbia.* –Lo sería si quisieras comulgar contra su parecer, pero no cuando se lo suplicas humildemente, porque este pan celestial reclama que se tenga hambre de él. Jesús quiere ser deseado, *tiene sed de que estemos sedientos de Él,* como dice un devoto autor. Este solo pensamiento: *Hoy comulgué* o *mañana voy a comulgar,* trae al alma en vela para huir de los defectos y cumplir en todo la divina voluntad. *–Pero, si no tengo fervor...* –Si hablas del fervor sensible, no te es necesario, ni Dios lo da siempre aun a sus almas predilectas; basta que tengas el fervor que supone una voluntad resuelta a entregarse del todo a Dios e ir creciendo en el amor divino. Dice Juan Gersón que quien se priva de comulgar porque no siente la devoción que deseara tener, se asemeja al que no se acerca al fuego por estar yerto de frío.

Pero, Dios mío, ¡cuántas almas, por no obligarse a vivir vida más recogida y desprendida de las cosas terrenas, dejan de comulgar con frecuencia, no siendo otra la causa de que no comulguen más a menudo! Se dan cuenta de que con la comunión frecuente no se compadece el ansia de aparentar, la vanidad en el vestir, la gula, las comodidades y la frivolidad de las conversaciones, y por eso se avergüenzan de acercarse frecuentemente a los altares. Cierto que tales almas hacen bien en abstenerse de la comunión frecuente, pues se hallan en tan miserable estado de tibieza, pero están obligadas a salir de tal tibieza quienes, llamadas a vida más perfecta, no quieran arriesgar gravemente su eterna salvación.

Ayuda también mucho para conservar en el alma el fervor, el hacer muchas veces al día la comunión espiritual, tan recomendada por el Concilio de Trento, que exhorta a todos los fieles a practicarla. La comunión espiritual, como dice Santo Tomás, consiste en ardiente deseo de recibir a Jesucristo en el Santísimo Sacramento, por lo que los santos acostumbraban a renovarla diaria y frecuentemente. El modo de hacerla es decir: *Creo, Jesús mío, que estáis en el Santísimo Sacramento; os amo y deseo recibiros; venid a mi alma; os abrazo y os ruego que no permitáis vuelva jamás a abandonaros.* Y más breve aún: *Venid a mí, Jesús mío; os deseo, os abrazo y os suplico que estemos unidos siempre.* Esta comunión espiritual se puede practicar a menudo al día, cuando se reza, cuando se visita al Santísimo Sacramento y especialmente cuando se oye la santa misa, sobre todo al comulgar el sacerdote. Decía la Beata Ángela (léase Águeda) de la Cruz, dominica: «Si el confesor no me hubiera enseñado este modo de comulgar varias veces al día, no acertaría a vivir».

VII. De la oración

El quinto y más necesario medio para conservar la vida espiritual y conseguir el amor de Jesucristo *es la oración.* Digo, en primer lugar, que Dios, al poner en nuestras manos este medio, nos da a conocer el grande amor que nos profesa. ¿Qué mayor prueba de amor puede testimoniar un amigo a otro que decirle: «Pídeme, amigo mío, cuanto desees, que yo te lo otorgaré?». Pues esto es lo que nos dice el Señor: *Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis* [19]. Por donde se ve que la oración se llama omnipotente ante Dios para alcanzar toda suerte de bienes. «La oración, a pesar de ser una –dice Teodoreto–, lo puede

todo». El que reza, obtiene de Dios cuanto quiere. Hermosas son las palabras de David: *Bendito sea Dios, que no apartó mi súplica, ni su misericordia alzó de mí* [20]. Glosando San Agustín este pasaje, dice: «Si de tu parte no falta la oración, ten por cierto que tampoco faltará la misericordia divina». Y San Jerónimo añade: «Siempre se alcanza algo, hasta en el momento de pedir». Cuando oramos al Señor, antes de terminar la oración ya Él nos tiene concedido lo que le pedimos; por tanto, si somos pobres, no nos quejemos de nosotros mismos, porque lo somos porque nos empeñamos en ello, y de ahí que no merezcamos compasión. ¿Qué compasión puede merecer un mendigo que, teniendo un señor sobrado rico, que desea otorgarle cuanto le pida, nada le pide, prefiriendo quedar en su pobreza antes de pedir al señor lo que le es tan necesario? Pues bien dice el Apóstol: *Es el Señor de todos, espléndido para con todos los que le invocan* [21].

La oración del humilde lo alcanza todo de Dios, pero no olvidemos que no sólo es útil sino también necesaria para salvarnos. Cierto que sin el favor divino es imposible triunfar de las tentaciones del enemigo; a las veces, y en asaltos más duros, pudiera bastarnos la gracia suficiente que Dios nos concede; mas por nuestras perversas inclinaciones no nos bastará y tendremos necesidad de una gracia especial, que no la alcanza quien no la pide, viniendo así a perderse por no rezar. Y hablando singularmente de la gracia de la perseverancia final, o sea, de la gracia de morir en la amistad de Dios, gracia absolutamente necesaria para salvarnos, y sin la cual estaremos perdidos para siempre, dice San Agustín que «Dios no la concede sino a quienes se la piden». Por esto son tan contados los que se salvan, porque contados son también quienes se cuidan de pedir a Dios esta gracia de la perseverancia.

En suma, los Santos Padres están acordes en afirmar que la oración es necesaria, no sólo de necesidad de precepto –de suerte que, según los doctores, incurre en pecado mortal el que en el plazo del mes no encomienda a Dios su eterna salvación–, sino también es necesaria de necesidad de medio; es decir, que sin oración es imposible salvarse. La razón es harto sencilla: porque sin el auxilio de la divina gracia es imposible alcanzar la salvación, y este auxilio Dios solamente lo concede al que se lo pide; y como las tentaciones y peligros de caer en desgracia de Dios son continuos, continua ha de ser también nuestra oración. Por eso escribió Santo Tomás que, si quiere el hombre entrar en el cielo, ha de ser por medio de la continua oración. Y ya antes lo había dicho Jesucristo: *Es menester siempre orar y no desfallecer* [22], y después el Apóstol: *Orad sin cesar* [23], porque en el punto mismo en que dejemos de encomendarnos a Dios, el demonio nos vencerá. La gracia de la perseverancia es cierto que no la podemos merecer, como enseña el Concilio de Trento, y, con todo, la podemos merecer en cierto sentido, como dice San Agustín, si insistimos en la oración. El Señor nos quiere dispensar sus gracias, pero quiere que se las pidamos, y hasta, como dice San Gregorio, quiere ser importunado y como forzado por nuestros ruegos. Santa María Magdalena de Pazzi decía que cuando pedimos mercedes a Dios, no sólo nos escucha, sino que, en cierta manera, nos lo agradece. Y, en efecto, siendo Dios bondad infinita, que suspira por comunicarse, tiene, por decirlo así, infinito deseo de comunicarse a los demás, pero quiere que le pidamos esos bienes, y cuando se ve importunado por un alma, es tanto el gozo que recibe, que en cierto modo le queda obligado.

Si queremos, pues, perseverar hasta la muerte en la gracia de Dios, es menester que hagamos el oficio de mendigos y andemos siempre tras el Señor con los labios desplegados para pedirle su auxilio y no cesemos de repetir: Jesús mío, misericordia; no permitáis que tenga la desgracia de separarme de vos; Señor mío, asistidme; Dios mío, ayudadme. Ésta

era la continua oración que practicaban los Padres antiguos del desierto: *Pléguete, ¡oh Dios!, librarme; Señor, a socorrerme apresúrate* [24]. Ayudadme, Señor, y hacedlo presto, porque, si os retardáis, sucumbiría y me perdería. Así nos debemos portar, especialmente en tiempo de tentaciones; no obrar así equivale a estar ya perdido.

Tengamos gran confianza en la oración, pues Dios prometió escuchar a quien le ruega: *Pedid, y recibiréis* [25]. «¿A qué dudar –exclama San Agustín–, si Dios, empeñando su palabra, se hizo nuestro deudor y no puede dejar de otorgarnos las gracias que le pidiéremos?». Cuando encomendamos a Dios nuestras necesidades, es menester que tengamos confianza cierta de ser escuchados y de alcanzar cuanto pedimos. Es palabra de Jesucristo: *Todo cuanto rogáis y pedís, creed que lo habéis recibido, y lo alcanzaréis* [26].

Pero, yo soy pecador –dirá alguien– *y no merezco ser escuchado;* a lo cual responde Jesucristo: *Todo el que pide, recibe* [27]; todo, sea justo o pecador. Enseña Santo Tomás que la eficacia de la oración para recabar gracias de Dios no estriba en nuestros merecimientos, sino en la misericordia de Dios, que prometió escuchar a quien le rogare. Y el Salvador, para quitarnos todo temor de no ser oídos, dice: *En verdad, en verdad os digo: si alguna cosa pidiereis al Padre, os la concederá en nombre mío* [28]; como si dijese: Vosotros, pecadores, no tenéis título alguno para alcanzar las divinas mercedes, pero haced esto: cuando queráis alcanzar gracia, pedídsela al Padre en nombre mío, esto es, por mis merecimientos y por el amor que me tiene; pedidle cuanto queráis y os lo concederá todo. Pero recordemos que la expresión *en nombre mío* significa, como dice Santo Tomás, *en nombre del Salvador,* es decir, que las gracias que pedimos han de ser ordenadas a la salvación eterna; por lo que será bueno advertir que la promesa no se hizo a las cosas temporales; éstas, cuando son útiles a la salvación eterna, Dios nos las concede o no nos las concede, por lo que las gracias temporales hemos de pedirlas siempre condicionadamente, es decir, si son conducentes al bien del alma. En cambio, cuando se trata de gracias espirituales, no se exige más condición que la confianza, y la confianza firme, repitiendo: Padre Eterno, en nombre de Jesucristo, libradme de esta tentación, dadme la santa perseverancia, dadme vuestro amor, dadme el paraíso. Estas gracias también se las podemos pedir a Jesucristo en su mismo nombre, es decir, por sus merecimientos, pues también en este sentido nos prometió escuchar: *Si algo me pidiereis en mi nombre, yo lo haré.*

En fin, cuando oremos a Dios, no nos olvidemos de encomendarnos también a la dispensadora de las gracias, María. «Dios –dice San Bernardo– es quien da la gracia, pero la concede por manos de María. Busquemos, pues, la gracia, y busquémosla por María». Si María ruega también por nosotros, estemos seguros de ser atendidos, porque sus ruegos son siempre atendidos y no pueden tener repulsa.

Afectos y súplicas

¡Oh Jesús mío!, quiero amaros cuanto pueda y hacerme santo, y lo quiero para daros gusto y amaros mucho en esta y en la otra vida. Nada puedo, pero vos lo podéis todo y sois quien me queréis santo. Siento ya que, por un efecto de vuestra gracia, mi alma suspira por vos y a nadie busca sino a vos. No quiero seguir viviendo para mí; vos me deseáis todo vuestro y yo quiero darme por entero a vos. Venid y unidme a vos y uníos vos a mí; vos sois bondad infinita, que con tanto amor me ha distinguido; sois amante excesivo y amable sobre cuanto se puede encarecer. ¿Cómo, pues, podré amar otra cosa fuera de vos? Prefiero vuestro amor a todas las cosas criadas; vos sois el único objeto, el dueño único de todos mis

afectos. Renuncio a todo para no tener más ocupación que amaros a vos solo, Criador mío, Redentor mío, consuelo, esperanza, amor mío y mi todo.

No desconfío de llegar a la santidad, a pesar de mis ofensas pasadas, pues reconozco que, si habéis muerto, ha sido para perdonar al pecador que se arrepiente. Os amo ahora con toda mi ama, os amo de todo corazón, os amo más que a mí mismo y me arrepiento sobre otro mal de haberos disgustado a vos, sumo bien.

Ya no soy mío, sino vuestro; disponed de mí, ¡oh Dios de mi corazón!, como os pluguiere. Acepto, para agradaros, cuantas tribulaciones queráis enviarme, enfermedades, dolores, angustias, ignominias, pobreza, persecuciones y desconsuelos; todo lo acepto para complaceros. Acepto también la muerte que queráis enviarme, con todas las congojas y cruces que la han de acompañar; bástame que me concedáis la gracia de amaros con todo corazón. Ayuda y fuerza os pido para que pueda reparar, en lo que me restare de vida, las amarguras que en lo pasado os causé, único amor del alma mía.

¡Oh Reina del cielo y Madre de Dios, abogada poderosa de los pecadores, en vos confío!

[1] *Non agit perperam* (*I Cor.,* XIII, 4).

[2] *Caritatem habete, quod est vinculum perfectionis* (*Col.,* III, 14).

[3] *Scio opera tua, quia neque frigidus es, neque calidus; utinam frigidus esses aut calidus. Sed quia tepidus es, et nec frigidus nec calidus, incipiam te evomere ex ore meo* (*Apoc.,* III, 15, 16).

[4] *Quae impossibilia sunt apud homines possibilia sunt apud Deum* (*Lc.,* XVIII, 27).

[5] *Haec est enim voluntas Dei, sanctificatio vestra* (*I Thes,* IV, 3).

[6] *Bonus est Dominus... animae quaerenti illum* (*Lam.,* III, 25).

[7] *Scimus autem quoniam diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum* (*Rom.,* VIII, 28).

[8] *Omnia possum in eo me confortat* (*Phil.,* IV, 13).

[9] *Desideria occidunt pigros* (*Prov.,* XXI, 25).

[10] *Quodcumque facere potest manus tua, instanter operare* (*Eccl.,* IX, 10).

[11] *Quia nec opus, nec ratio, nec sapientia nec scientia erunt apud inferos; quo tu properas* (*Eccl.,* IX, 10).

[12] *Dixi, nunc coepi* (*Ps.,* LXXVI, 11).

[13] *Et pro omnibus mortuus est Christus, ut, et qui vivunt, iam non sibi vivant, sed ei qui pro ipsis mortuus est et resurrexit* (*II Cor.,* V, 15).

[14] *Hortus conclusus soror mea, sponsa* (*Cant.,* IV, 12).

[15] *Venerunt autem mihi omnia bona pariter cum illa* (*Sap.,* VII, 2).

[16] *Non plus sapere, quam oportet sapere, sed sapere ad sobrietatem* (*Rom.,* XII, 3).

[17] *Labia enim sacerdotis custodient scientiam, et legem requirent ex ore eius* (*Mal.,* II, 7).

[18] *Dilexis nos et tradidit semetipsum pro nobis* (*Eph.,* V, 2).

[19] *Petite, et dabitur vobis: quaerite, et invenietis* (*Lc.,* XI, 9).

[20] *Benedictus Deus, qui non reppulit precationem meam neque amovit a me misericordiam suam* (*Ps.*, LXV, 20).

[21] *Dives in omnes qui invocat illum* (*Rom.*, X, 12).

[22] *Oporter semper orare et non deficere* (*Lc.*, XVIII, 1).

[23] *Sine intermissione orate* (*I Thes.*, V, 17).

[24] *Placeat tibi, Deus, ut eripias me; Domine, ad adiuvandum me festina* (*Ps.*, LXIX, 2).

[25] *Petite et accipietis* (*Io.*, XVI, 24).

[26] *Omnia quaecumque orantes petitis, credite quia accipietis, et evenient vobis* (*Mc.*, XI, 24).

[27] *Omnis enim qui petit, accipit* (*Lc.*, XI, 10).

[28] *Amen, amen dico vobis, si quid petieritis Patrem in nomine meo, dabit vobis* (*Io.*, XVI, 23).

CAPÍTULO IX:
QUIEN AMA A JESUCRISTO, NO SE ENSOBERBECE CON SUS BUENAS CUALIDADES, SINO QUE SE HUMILLA Y SE COMPLACE EN VERSE HUMILLADO DE LOS DEMÁS

Caritas non inflatur.
La caridad no se infla (*I Cor.,* XIII, 14).

El soberbio es como un globo henchido de aire, que a sí mismo se considera como algo muy grande, aun cuando, en realidad, toda su grandeza se reduzca a un poco de viento, que, roto el globo, se desvanece súbitamente. Quien ama a Dios es verdaderamente humilde y no se engríe con sus cualidades personales, porque sabe que cuanto tiene, todo es don de Dios, y si algo tiene de sí es la nada y el pecado. Por consiguiente, cuanto más señaladas mercedes recibe de Dios, más se humilla, viéndose tan indigno y tan favorecido por Él.

Santa Teresa decía, hablando de las gracias especiales que Dios le había hecho: «Dios se las ha conmigo como se hace con una casa, que se la apuntala cuando amenaza ruina. Cuando el alma recibe la amorosa visita de Dios sintiendo en sí ardores extraordinarios de caridad, acompañados de lágrimas y de gran ternura de corazón, guárdese muy bien de creer que todo ello es recompensa y premio de sus buenas obras, humíllese entonces más y tenga por cierto que, si Dios la regala, es para que no le abandone. De lo contrario, si por tales mercedes se levantasen en el alma humos de vanidad, juzgándose más favorecida, porque es más fiel que las demás en el servicio de Dios, esta falta de humildad sería suficiente para privarla de tales favores. Para que se conserve la casa son necesarias dos cosas: los cimientos y el techo; los cimientos deben ser para nosotros la humildad, reconociendo que nada valemos ni nada podemos, y el techo, la divina protección, en la cual tan sólo hemos de confiar».

Mientras más favorecidos nos veamos de Dios, más nos debemos humillar. Santa Teresa, cuando recibía una gracia especial, traía a la memoria sus pasadas culpas, y el Señor entonces la unía a sí con más estrecho lazo de amor, porque, cuando el alma se confiesa más indigna del favor divino, tanto más la enriquece Dios de sus gracias. Tais, primero pecadora y luego Santa, se humillaba tanto ante Dios, que se creía indigna hasta de nombrarlo, por lo que no se atrevía a decir: *Dios mío,* sino que decía: *Creador mío,* tened piedad de mí. Y escribe San Jerónimo que, debido a tal humildad, le preparaban en el cielo un magnífico trono. Igualmente se lee en la vida de Santa Margarita de Cortona que, visitándola cierto día el Señor con mayores ternuras de amor que las acostumbradas, ella se puso a exclamar: «Pero ¿cómo, Señor, os habéis olvidado de lo que he sido? ¿Cómo me pagáis con tantas finezas las injurias que os he hecho?». Y Dios le respondió que, cuando el alma le ama y se arrepiente sinceramente de haberle ofendido, Él se olvida de todas las ofensas recibidas, como había dicho por Ezequiel: *Si el impío se convierte de todos sus pecados que cometió y observa todos mis preceptos..., ninguno de los pecados que cometió le será recordado* [1]. Y en prueba de ello le hizo ver el trono que le tenía aparejado en el cielo, rodeado de serafines. ¡Ojalá llegáramos a comprender el valor de la humildad! Un acto de humildad vale más que la conquista de todas las riquezas del mundo.

Decía Santa Teresa: «Vuestro entender, hijas, si estáis aprovechadas, será en si entendiere cada una es la más ruin de todas, y esto que se entienda en sus obras que lo

conoce así»; así lo hacía la Santa: y así lo hacían todos los santos. San Francisco de Asís, Santa María Magdalena de Pazzi y el resto de los santos se tenían por los mayores pecadores del mundo, y se extrañaban de que la tierra los sostuviese y no se abriera para tragarlos, y esto lo decían de todas veras. Hallándose próximo a la muerte San Juan de Ávila, que vivió desde pequeñito vida santa, se acercó a él un sacerdote para asistirlo y le sugería cosas muy elevadas y sublimes, tratándolo como a gran siervo de Dios y persona docta como era; pero el P. Ávila exclamó: «Le ruego, padre, me asista como a criminal condenado a muerte, pues no soy otra cosa». Tal es el concepto que en vida y en muerte tienen de sí los santos.

Así debemos obrar también nosotros si queremos salvarnos y conservar la gracia de Dios hasta la muerte, poniendo en Él solamente nuestra confianza. El soberbio se fía de sus fuerzas, y por eso cae; pero el humilde, porque en solo Dios confía, aunque le asalten las más vehementes tentaciones, se mantiene firme y no sucumbe, diciendo: *Para todo siento fuerzas en aquel que me conforta* [2]. El demonio una vez nos tienta de presunción, otra de desconfianza; cuando nos asegura que no hemos de temer las caídas, entonces es cuando hemos de temer, porque, si el Señor dejara un solo instante de socorrernos con su gracia, entonces es cuando estaríamos perdidos. Y cuando nos tiente de desesperación, poniendo los ojos en Dios, hemos de decirle: *A ti, Señor, me acojo; no quede para siempre confundido* [3] ni privado de vuestra gracia. Estos actos de desconfianza en nosotros mismos y de confianza en Dios hemos de ejercitarlos hasta el postrer instante de nuestra vida, rogando siempre al Señor que nos dé la santa humildad.

Mas para ser humilde no basta sentir bajamente de sí y tenerse en poco y por hombres miserables; el verdadero humilde, dice Tomás de Kempis, se desprecia a sí mismo y desea ser despreciado por los demás. Esto fue lo que Jesucristo con tanto encarecimiento nos recomendó que hiciéramos, a su ejemplo: *Aprended de mí, pues soy manso y humilde de corazón* [4]. Quien va diciendo que es el mayor pecador del mundo y apenas los otros le desprecian se indigna, da indicios de que tiene humildad de boca, pero no de corazón. Escribe Santo Tomás de Aquino que, cuando uno se ve despreciado, si se resiente, por más milagros que haga, téngase por cierto que anda muy lejos todavía de la perfección. La divina Madre ordenó a San Ignacio que instruyese en la humildad a Santa María Magdalena de Pazzi, y el Santo le dijo: «La humildad consiste en gozarse de cuanto redunda en nuestro propio desprecio». Nótese que dice *gozarse*, porque, aun cuando la parte inferior se resista cuando nos desprecian, por lo menos en espíritu debemos alegrarnos.

Y ¿cómo es posible que el alma que ama a Jesucristo no se goce en los desprecios, viendo a su Dios aguantando las bofetadas y salivas que en su rostro recibió durante su pasión? *Entonces escupieron en su rostro y le dieron de puñadas, y otros le abofetearon* [5]. Al considerar esto, ¿cómo podrá dejar de amar los desprecios? Con este fin quiso nuestro Redentor que fuese expuesta en nuestros altares su imagen, no ya en forma gloriosa, sino crucificada, para que tuviésemos siempre ante los ojos sus desprecios, ante los cuales los santos se gloriaban viéndose despreciados en esta tierra. Ésta fue la petición que San Juan de la Cruz dirigió a Jesucristo cuando se le apareció con la cruz a cuestas: «Señor, padecer y ser despreciado por vos». Viéndote a ti, Señor, despreciado, por amor mío no te pido más que padecer y ser despreciado por tu amor.

Decía San Francisco de Sales que «el soportar los oprobios es la piedra de toque de la humildad y de la verdadera virtud». ¿Qué decir de una persona que pasa por espiritual, hace oración, comulga frecuentemente, ayuna y se mortifica, y, a vuelta de todo eso, no puede soportar una afrenta ni una palabrilla punzante? Que es una caña hueca, vacía de

humildad y de virtud. Y ¿qué sabrá hacer el alma amante de Jesucristo si no sabe afrontar una afrenta por el amor de quien tantas afrontó por ella? En la *Imitación de Cristo* escribió Kempis: «Pues tanto horror tienes a las humillaciones, señal es de que no estás muerto al mundo, ni eres humilde, ni tienes a Dios ante los ojos. Quien no tiene siempre ante la vista a Dios, a la menor palabra de censura se turba». No tienes valor para sufrir por Dios bofetadas y heridas; soporta al menos cualquier palabrilla.

¡Qué admiración y escándalo no causa la persona que comulga frecuentemente y luego se turba e irrita por una palabra despectiva! Por el contrario, ¡cómo edifica el alma que a los desprecios responde con palabras bondadosas, para aplacar al ofensor, o no responde ni se lamenta con los demás, sino que permanece con rostro sereno, sin rastro de amargura! Dice San Juan Crisóstomo que el humilde es útil para sí y para los demás, por el buen ejemplo que les da de mansedumbre en los desprecios.

Tomás de Kempis, volviendo sobre esta materia, indica muchas ocasiones en las cuales debemos humillarnos. «Lo que dicen los otros –escribe– será oído; lo que dices tú será contado por nada; pedirán los otros, y recibirán; pedirás tú, y no conseguirás. Los demás serán ensalzados en boca de los hombres, y de ti nadie dirá nada; a los otros se encomendará esto o aquello, y a ti no se te tendrá por útil para nada. Por estas pruebas hace Dios pasar a sus siervos, para ver hasta dónde llega el renunciamiento propio y la confianza en Él. Por eso gemirá a las veces la naturaleza, y no hará poco si sufriere callando».

«Humilde es de verdad –decía Santa Juana de Chantal– quien, viéndose humillado, se humilla más». Y, en efecto, el verdadero humilde no juzga ser lo debidamente humillado como merece. A los que esto hacen, llámalos Jesucristo bienaventurados, y no a quienes el mundo estima, honra y alaba por nobles, doctos o poderosos; para los maldecidos, perseguidos y calumniados del mundo, para quienes todo lo sufren pacientemente, está reservada gran recompensa en los cielos [6].

De especial manera hemos de practicar la humildad cuando nuestros superiores u otro cualquiera nos corrigen de un defecto. Personas hay que se parecen a los erizos: mientras no se les toca, parecen apacibles y mansos; pero, no bien el superior o el amigo les corrigen de algún defecto, enseñan al instante todas sus púas, responden destempladamente, o que no es cierto o que han tenido sus razones para obrar de aquella manera, por lo que no haya para qué amonestarles de aquella forma; en una palabra, miran como a enemigo a quien les reprende, imitando a quienes se irritan contra el cirujano porque les hace sufrir al curarles la llaga. «Esto es airarse contra quien le hace la cura», dice San Bernardo. El varón santo y humilde, dice San Juan Crisóstomo, cuando le corrigen, llora el error cometido, al paso que el soberbio llora también, pero llora porque aparece su defecto; por eso pierde la serenidad y por eso responde y se revuelve contra el que le amonesta. He aquí la excelente regla de conducta que dio San Felipe Neri para cuando uno se vea acusado: «El que verdaderamente quiere hacerse santo –decía– jamás debe excusarse, aun cuando sea falsa la inculpación que se le hiciere». Solamente esta regla padece una excepción, y es cuando la defensa se juzga necesaria para atajar el escándalo. ¡Qué de méritos atesora ante Dios el alma que es reprendida y, aun cuando sea injustamente, guarda silencio y no se defiende! «Más levanta una cosa de éstas a las veces –decía Santa Teresa– que diez sermones..., porque se comienza a ganar libertad y no se da más que digan mal que bien, antes parece es negocio ajeno».

Afectos y súplicas

¡Oh Verbo encarnado!, os ruego por los méritos de vuestra santa humildad, que os hizo abrazar tantas injurias e ignominias por amor nuestro, que me libréis de la soberbia y me comuniquéis una partecita de vuestra humildad. Y ¿cómo podría yo quejarme de los oprobios que se me hicieren, cuando tantas veces me hice reo del infierno? Jesús mío, por los merecimientos de tantos desprecios como sufristeis en vuestra pasión, dadme la gracia de vivir y morir humillado en esa tierra, como vos vivisteis y moristeis humillado por mí.

Por amor vuestro quisiera verme despreciado y abandonado de todos, pero sin vos nada puedo. Os amo, soberano bien mío; os amo, amador de mi alma; os amo y propongo sufrir por vos afrentas y persecuciones, traiciones, dolores, sequedades y desamparos; me contento, único amor de mi alma, con no ser de vos abandonado. No permitáis que me aparte nunca de vos. Dadme deseo de complaceros, fervor para amaros, paz en los trabajos y en todas las adversidades, y dadme resignación y paciencia. Apiadaos de mí; nada merezco, pero todo lo espero de vos, que me redimisteis con vuestra sangre.

También lo espero todo de vos, Reina y Madre mía, María, que sois refugio de pecadores.

[1] *Si autem impius egerit poenitentiam ab omnibus peccatis suis, quae operatus est, et custodierit omnia praecepta mea... omnium iniquitatum eius, quas operatus est, non recordabor* (*Ez.*, XVIII, 21. 22).

[2] *Omnia possum in eo qui me confortat* (*Phil.*, IV, 13).

[3] *Ad te, Domine, confugio: ne confundar in aeternum* (*Ps.*, XXX, 2).

[4] *Discite a me, quia mitis sum et humilis corde* (*Mt.*, XI, 29).

[5] *Tunc expuerunt in faciem eius et colaphis eum ceciderunt, alii autem palmas in faciem eius dederunt* (*Mt.*, XXVI, 67).

[6] *Beati estis cum maledixerint vobis, et persecuti vos fuerint, et dixerint omne malum adversus vos mentientes, propter me. Gaudete et exsultate, quoniam merces vestra copiosa est in caelis* (*Mt.*, V, 11 et 12).

CAPÍTULO X:
QUIEN AMA A JESUCRISTO, NO AMBICIONA MÁS QUE A JESUCRISTO

Caritas no est ambiciosa.
La caridad no es ambiciosa (*I Cor.,* XIII, 5).

Quien ama a Jesucristo no busca la estima y el afecto de los hombres; su único deseo lo tiene puesto en gozar del favor de Dios, que es el solo objeto de su amor. Dice San Hilario que todos los honores que el mundo proporciona son negocio del diablo. Y así es, porque el enemigo negocia para el infierno cuando infiltra en el alma deseos de honras, pues, perdida la humildad, está a punto de precipitarse en el abismo del mal. Escribe el apóstol Santiago que así como Dios da con larga mano su gracia a los humildes, así la retira de los soberbios y les resiste [1]. Al decir que Dios *se opone a los soberbios,* da a entender que no presta oídos a sus oraciones. Y entre los actos de soberbia ciertamente ha de contarse el ambicionar la estimación de los hombres y envanecerse con los honores de ellos recibidos.

De espanto fue el ejemplo de Fr. Justino, franciscano, que había alcanzado un subidísimo grado de contemplación; mas porque, quizás, o sin quizás, alimentaba en el corazón deseos de ser estimado de los hombres, ved lo que le aconteció: Le llamó cierto día el papa Eugenio IV y, por el gran concepto que de su elevada santidad tenía, lo abrazó e hizo sentar a su lado. Fr. Justino se envaneció por tal favor, por lo que San Juan Capistrano le dijo: «¡Ah, Fr. Justino, al partir eras un ángel y ahora vuelves hecho un demonio!». Y así fue, porque, ensoberbeciéndose el miserable cada vez más, pretendiendo ser tratado cual creía merecer, llegó a matar a cuchilladas a un religioso, apostató, huyó a Nápoles y se dio a vida criminal, muriendo al fin como apóstata en una cárcel. Por eso decía sabiamente cierto siervo de Dios que, cuando oímos o leemos la caída de los cedros del Líbano, de un Salomón, de un Tertuliano, de un Osio, que eran por todos venerados como santos, es prueba de que estos tales no se habían dado por completo a Dios, sino que en su pecho alimentaban cierto sentimiento de soberbia, que les llevó a la prevaricación. Temblemos, pues, cuando nos veamos acometidos por la ambición de figurar y ser estimados por el mundo; y cuando el mundo nos honre, guardémonos de la vana complacencia, que puede ser origen de nuestra perdición.

Guardémonos, sobre todo, de andar tras puntillos de honra. Decía Santa Teresa: «Créanme una cosa, que si hay punto de honra..., aunque tengan muchos años de oración, y por mejor decir, consideración..., que nunca medraran mucho ni llegarán a gozar el verdadero fruto de la oración». Muchas personas hay que hacen profesión de vida espiritual, pero son idólatras de la propia estima; exteriormente aparentan mucha virtud pero interiormente ambicionan ser loadas de todos por cuanto hacen, y si nadie las alaba, se alaban a sí mismas, queriendo aparecer mejores que las demás, y si por ventura les hieren la propia honra, pierden la paz, abandonan la comunión y las demás devociones y no descansan hasta haber recobrado el buen nombre que creyeron perdido. No obran así los verdaderos amadores de Dios, pues, no contentos con huir de las palabras que redunden en propia alabanza, ni se complacen en ellas, ni siquiera se entristecen cuando los otros los alaban, y se gozan cuando son tenidos en mal concepto por los demás.

Razón le sobraba a San Francisco de Asís para decir: «Soy tan sólo lo que soy ante Dios». ¿Qué importa ser tenido en mucha estima por los grandes del mundo, si ante Dios somos viles y despreciables? Y, por el contrario, ¿qué importa que el mundo nos desprecie, si somos queridos y gratos a los ojos de Dios? San Agustín escribió: «Ni los pregones del adulador remedian el mal estado de nuestra conciencia, ni los oprobios del calumniador son poderosos para herir la buena conciencia». Así como el que nos alaba no nos libra del castigo que nuestros pecados merecen, de la misma manera, el que nos vitupera no nos quita el mérito de nuestras buenas obras. «Mira qué se os dará, estando en los brazos de Dios, que os culpe todo el mundo». Los santos únicamente anhelaban vivir desconocidos y menospreciados de todos. Escribe San Francisco de Sales: «¿Qué sinrazón se nos hace en que los demás tengan mala opinión de nosotros? ¿Es que no la debemos nosotros tener también mala? Y es que, teniéndonos nosotros por malos, ¿pretenderemos que los demás nos tengan por buenos?».

¡Cuánta seguridad encuentran en la vida obscura y retirada los que de corazón quieren amar a Jesucristo! El mismo Jesús nos dio ejemplo de ello, viviendo oculto y despreciado durante treinta años en un taller. De ahí que los santos, por huir de la estima de los hombres, fueran a vivir en desiertos y en grutas. Decía San Vicente de Paúl «que el gusto de comparecer y que se hable bien de nosotros, de que se alabe nuestra conducta y se diga que en todo acertamos y que hacemos maravillas, es un mal que, haciéndonos olvidar a Dios, inficiona nuestras más puras acciones y es el vicio más dañoso a nuestro adelantamiento espiritual».

El que quiera, pues, adelantar en el amor a Jesucristo, debe sacrificar en sí el amor de la estima propia. Mas ¿cómo sacrificarla? Ved aquí cómo nos lo enseña Santa María Magdalena de Pazzi: «La vida del apetito de la estima propia consiste en la buena reputación que de nosotros se tiene; por tanto, la muerte de la estima propia será el ocultarse para no ser conocido de nadie; y mientras que no se llegue a dar muerte a este deseo de propia estimación, no se llegará a ser verdadero siervo de Dios».

Para hacernos, por tanto, agradables a los ojos de Dios, hemos de guardarnos de la ambición de parecer y ser tenidos en algo a los ojos de los hombres. Y sobre todo hemos de guardarnos de ambicionar el sobresalir entre los demás. Santa Teresa prefería que ardiese el monasterio con todas las monjas antes de ver entrar en él tan maldita ambición, y tenía ordenado que, si hubiese alguna monja con ambición de ser abadesa, se la arrojase del monasterio o, al menos, se la encerrase para siempre en la cárcel. Santa María Magdalena de Pazzi decía: «La honra de la persona espiritual ha de estribar en verse pospuesta a todos y en el horror a ser preferida a los demás». El verdadero amante de Dios ha de ambicionar, por tanto, amar a Dios y aventajar a todos en humildad. *Nada por rivalidad ni por vanagloria* –decía San Pablo–, *antes bien por la humildad, estimando los unos a los otros como superiores a sí* [2]. En suma, quien ama a Dios no ha de ambicionar nada más que a Dios.

Afectos y súplicas

Dadme, Jesús mío, la ambición de agradaros y haced que me olvide de todas las criaturas y hasta de mí mismo. ¿De qué me sirve ser amado de todo el mundo, si no lo fuere de vos, único amor de mi alma? Vos, Jesús mío, vinisteis a la tierra para conquistaros nuestros corazones; si no sé daros el mío, tomadlo y henchidlo de vuestro amor y no permitáis que vuelva a separarme de vos. En lo pasado os volví las espaldas, mas ahora

comprendo el mal hecho, del que me arrepiento con todo mi corazón, y no hay dolor que más me aflija que la memoria de las muchas ofensas que contra vos cometí. Mi gran consuelo es saber que sois bondad infinita, que no se desdeña de amar al pecador que os ama.

Amado Redentor mío, suave amor del alma mía, en lo pasado os desprecié, pero ahora os amo más que a mí mismo. Os ofrezco todo cuanto soy y tengo y no deseo más que amaros y complaceros; esto sólo ambiciono; recibid y aumentad esta ambición, destruyendo en mí todo deseo de bienes mundanos, porque sois soberanamente digno de ser amado y demasiado me obligasteis a amaros.

Aquí me tenéis; quiero ser completamente vuestro y quiero sufrir cuanto vos queráis, ya que por mi amor quisisteis morir de dolor en la cruz. Queréis que sea santo, y vos podéis hacer que lo sea; en vos confío.

También en vuestra protección confío, ¡oh soberana Madre de Dios, María!

[1] *Deus superbis resistit, humilibus autem dat gratiam* (*Iac.*, IV, 6).

[2] *Nihil per contentionem, neque per inanem gloriam: sed in humilitate superiores sibi invicem arbitrantes* (*Phil.*, II, 3).

CAPÍTULO XI:
QUIEN AMA A JESUCRISTO, DESPRENDE EL CORAZÓN DE TODO LO CRIADO

Caritas non quaerit quae sua sunt.
La caridad no busca lo suyo (*I Cor.,* XIII, 5).

Quien quiere amar a Jesucristo con todo corazón, debe vaciarlo de cuanto no siendo Dios, nazca del amor propio. Esto significa no buscar lo suyo, olvidarse de sí para no buscar más que a Dios. Es lo que pide el Señor de cada uno de nosotros cuando nos dice: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón* [1].

Para amar a Dios de todo corazón se necesitan dos cosas: la primera, vaciarlo de todo lo terreno, y la segunda, llenarlo de su santo amor. De donde resulta que aquél no entrega a Dios su corazón si lo tiene preso a las criaturas. San Felipe Neri decía que la parte del amor que damos a las criaturas se la arrebatamos a Dios. Pues bien, ¿cómo se purifica el corazón de las cosas de la tierra? Con la mortificación y con el desprendimiento de las cosas terrenas. Se lamentan ciertas almas de buscar y no encontrar a Dios; escuchen lo que les dice Santa Teresa: «Despegue el corazón de todas las cosas y busque y hallará a Dios».

El engaño está en que quieren hacerse santos, pero a su modo; quieren amar a Jesucristo, pero siguiendo su natural inclinación, sin renunciar a sus diversiones, a la vanidad en el vestir, a los alimentos regalados; aman a Dios, pero, si no logran tal empleo, viven en perpetua turbación; si se les hiere en su reputación, se encienden, y si no sanan de la enfermedad, pierden la paciencia. Aman a Dios, pero no dejan el afecto de las riquezas, a los honores mundanos y a la futilidad de ser tenidos por nobles, por sabios o por mejores que los demás. Estos tales frecuentan la oración y la comunión; mas, por cuanto llevan el corazón repleto de cosas terrenas, poco es el fruto que reportan. A éstos no les habla el Señor, porque da por perdidas sus palabras, como dijo precisamente a Santa Teresa: «Yo hablaría a muchas almas, pero el mundo hace tanto ruido en sus orejas, que no pueden oír mi voz». ¡Oh si se separasen un poco del mundo! Quien tenga el corazón pletórico de afectos terrenos será incapaz de oír la voz de Dios cuando le hable. ¡Infeliz quien esté asido a los bienes sensibles de esta vida, pues no será difícil que, cegado por ellos, deje de amar a Jesucristo, y por no perder los bienes pasajeros de esta vida, pierda por toda una eternidad a Dios, que es bien infinito! Decía Santa Teresa: «Bien viene aquí que es perdido quien tras perdido anda».

Cuenta San Agustín que Tiberio César quería que Jesucristo fuese contado entre los dioses del Imperio, pero el Senado se negó a admitirlo, alegando que era un Dios soberbio, que quería dominar solo y ser adorado sin otra compañía. Cierto: Dios quiere estar solo y ser adorado y amado por nosotros, no ya por soberbia, sino porque se lo merece y por el amor que nos profesa. Como Él nos ama con infinito amor; quiere todo nuestro amor, y por ello está celoso cuando ve que otros participan de corazones que Él quiere por entero para sí. «Celoso es Jesús», decía San Jerónimo, por lo que no quiere que amemos otra cosa fuera de Él. Y si ve que alguna criatura tiene parte en un corazón, en cierto sentido le tiene envidia, como escribe el apóstol Santiago, porque no sufre tener rivales en el amor, sino que Él sólo quiere ser amado: O ¿pensáis que vanamente dice la Escritura: *Hasta con celos se aficiona el espíritu que en nosotros puso su morada* [2]? El Señor alaba a la esposa en el

Cantar de los Cantares, llamándola: *Huerto cerrado eres, hermana mía, esposa* [3]. La llama huerto cerrado, porque el alma, esposa fiel, tiene cerrado el corazón a todo amor terreno, para conservar solamente el de Jesús.

¿Es que no merece Jesús todo nuestro amor? ¡Ah, sí!; sobradamente lo merece, por su bondad y por el afecto que nos profesa. Bien comprendieron esto los santos, y por eso dijo de sí San Francisco de Sales: «Si conociese en mi alma una sola fibra que no fuese de Dios, la arrancaría al instante».

Deseaba David tener alas sueltas como de paloma, es decir, estar despegado de todo afecto terreno, para volar y descansar en Dios: *Y digo: «Si tuviera alas cual de paloma, volara y descansara»* [4]. Muchas almas quisieran verse libres de los lazos que las tienen cautivas a la tierra, para volar hacia Dios, y de hecho volarían muy alto en la santidad si se desprendiesen completamente de las criaturas; mas por cuanto conservan cualquier aficioncilla desordenada que no se esfuerzan por romper, andan siempre gimiendo y lamentándose, sin elevarse un palmo de tierra. «Cualquiera de estas imperfecciones –dice San Juan de la Cruz– en que tenga el alma asimiento y hábito es tanto daño para poder crecer e ir adelante en la virtud, que si cayese cada día en otras muchas imperfecciones y pecados veniales sueltos, que no proceden de ordinaria costumbre de alguna mala propiedad ordinaria, no le impedirán tanto cuanto el tener el alma asimiento a alguna cosa. Porque, en tanto que le tuviere, excusado es que pueda ir el alma delante en perfección, aunque la imperfección sea muy mínima. Porque eso me da que un ave esté asida a un hilo delgado que a un grueso; porque, aunque sea delgado, tan asida se estará a él como al grueso, en tanto que no le quebrare para volar. Verdad es que el delgado es más fácil de quebrar; pero, por fácil que sea, si no le quiebra, no volará. Y así es el alma que tiene asimiento: en alguna cosa, que, por más virtud tenga, no llegará a la libertad de la divina unión. Porque el apetito y asimiento del alma tienen la propiedad que dicen tiene la rémora con la nao, que, con ser un pez muy pequeño, si acierta a pegarse a la nao, la tiene tan queda que no la deja llegar al puerto ni navegar. Y así es lástima ver algunas almas como unas ricas naos cargadas de riquezas, y obras, y ejercicios espirituales, y virtudes, y mercedes que Dios las hace, y por no tener ánimo para acabar con algún gustillo, o asimiento, o afición –que todo es uno–, nunca van adelante ni llegan al puerto de la perfección, que no estaba más que dar un buen vuelo y acabar de quebrar aquel hilillo de asimiento o quitar aquella pegada rémora de apetito».

Quien quiera que Dios sea todo suyo, ha de darse del todo a Dios. *Mi amado es mío y suya yo,* decía la esposa de los Cantares [5]. Mi amado se entregó por completo a mí y yo me entregué a él. Jesucristo, por el amor que nos profesa, quiere todo nuestro amor, y, de no tenerlo todo, no se da por satisfecho. De ahí que Santa Teresa escribiese a una priora de sus monasterios: «Va muy fuera del espíritu de Descalzas ningún género de asimiento, aunque sea con superiora, ni medrarán en espíritu jamás. Libres quiere Dios a sus esposas, asidas a sólo Él... Por Él pido a vuestra reverencia que mire que cría almas para esposas del Crucificado; que las crucifique en que no tengan voluntad ni anden con niñerías. Mira que es principiar en nuevo reino, y que vuestra reverencia y las demás están más obligadas a ir como varones esforzados y no como mujercillas». Santa María Magdalena de Pazzi quitó a una novicia suya cierto libro espiritual sólo porque la veía muy apegada a él. Muchas almas tienen oración mental, visitan al Santísimo Sacramento y frecuentan la comunión; mas por cuanto tienen ocupado el corazón de algún afecto terreno, poco o nada adelantan en la perfección; y, siguiendo con tal vida, no sólo serán siempre miserables, sino que están en continuo riesgo de perderlo todo.

Es necesario, pues, pedir a Dios, con David, que purifique nuestro corazón de todo afecto terreno: *Crea, Dios, para mí un corazón puro* [6]; de otro modo, jamás seremos suyos por completo. Bien nos lo dio a entender Jesucristo, diciéndonos que quien no renuncia a todo lo de este mundo no puede ser verdadero discípulo suyo [7]. De aquí que los antiguos Padres del yermo, cuando iba algún joven a sumarse a su compañía, le preguntaban de este modo: «¿Traes el corazón vacío, para que lo pueda llenar el Espíritu Santo?». Lo mismo dijo Dios a Santa Gertrudis, que le rogaba le diese a entender qué era lo que de ella pedía: «No te pido más que un corazón vacío de las criaturas». Es necesario, pues, decir a Dios con ánimo varonil y resuelto: Señor, os prefiero a todo, a la salud, a las riquezas, a las dignidades, a los honores, a las alabanzas, a la ciencia, a los consuelos, a las esperanzas, a los deseos y aun a las gracias y beneficios que de vos pudiera recibir. En suma, os prefiero a todo bien creado que no sea vos, Dios mío. Todos los dones con que me obsequiareis, de nada me bastan, si no sois vos mismo. A vos sólo quiero y nada más.

Un corazón vacío de aficiones terrenas pronto lo colmará Dios y lo llenará de amor divino, o como decía Santa Teresa de Jesús: «Me comenzó a crecer la afición de estar más tiempo con Él y a quitarme de los ojos las ocasiones, porque, quitadas, luego me volvía a amar Su Majestad». Sí, porque el alma no puede vivir sin amar: o amará al Creador o a las criaturas; si no ama a éstas, amará ciertamente a aquél. Es preciso, pues, dejarlo todo para conquistarlo todo; «todo por todo», decía Kempis. Santa Teresa, mientras vivió aficionada, aunque con afición casta, a cierto pariente suyo, no fue toda de Dios; mas, desde el punto mismo en que con generoso corazón rompió con aquel apego, mereció oír de Cristo: «Ya eres mía y yo soy tuyo». Harto poco es un corazón para amar a un Dios tan amante y tan amable, que merece infinito amor, y ¿querremos dividir este amor entre el Creador y las criaturas? El Venerable P. Luis de la Puente se avergonzaba de decir a Dios: Os amo, Señor, más que a todas las riquezas, honores, amigos, parientes; porque se le hacía que equivalía a decir: Señor os amo más que al fango y podredumbre, más que a los gusanillos de la tierra.

Dice el profeta Jeremías que el Señor es todo bondad para quien le busca [8]. Y se ha de entender del alma que busca tan solo a Dios. ¡Feliz pérdida! ¡Feliz hallazgo! ¡Perder los bienes mundanales, que no contentan el corazón y huyen presto, a trueque de conquistar el sumo y eterno bien, que es Dios! Cuéntase de cierto devoto solitario que, al pasear cierto día por el desierto acertó a encontrarse con un príncipe que se daba a la caza por el bosque; al verle el príncipe merodear por el desierto, le preguntó quién era y lo que hacía, a lo que el solitario respondió: «Y vos, señor, ¿qué buscáis en este desierto?». Le dijo el príncipe: «Voy a caza de animales». «Pues yo –retrucó el solitario– voy a caza de Dios». Y, sin más, continuó su caminar y desapareció entre la arboleda.

Éste debe ser en la vida presente nuestro único pensamiento, andar a caza de Dios, para amarlo, y de su voluntad, para cumplirla, despidiendo del corazón todo afecto terreno. Y cuando se nos ofrezca cualquier bien perecedero solicitando nuestro amor, hallémonos siempre dispuestos a responderle: «De todas las grandezas del mundo y de todas las vanidades del siglo tengo hecho total renuncia por amor de mi Señor Jesucristo». Y ¿qué son todas las vanidades y grandezas mundanas, más que humo, lodo y vanidad, que con la muerte se desvanecen? ¡Dichoso quien pueda decir: «Amado Jesucristo, por vuestro amor lo he dejado todo; vos sois mi único amor y quien sólo me bastáis!».

Cuando el amor divino se enseñorea de un alma, por sí misma y como obligada, si bien con la ayuda de la divina gracia, se esfuerza por despojarse de todo lo terreno que pueda impedirle ser toda de Dios. «Cuando arde la casa –decía San Francisco de Sales–, se

echan todos los muebles por las ventanas»; como si dijera que cuando una persona se da por completo a Dios, sin exhortaciones que valgan de confesores ni de predicadores, por sí misma procura despojarse de todo afecto terreno.

El P. Séñeri, el joven, decía que el amor divino es bien así como un ladrón que con facilidad nos despoja de todo, para dejarnos en posesión de sólo Dios. Habiendo un hombre opulento renunciado a toda su hacienda y héchose pobre por amor a Jesucristo, le preguntó un amigo cómo es que se había abrazado con tanta pobreza, y él, sacando el libro de los Evangelios, le repuso: «Esto es lo que me ha despojado de todo». Dice el Espíritu Santo: *Si alguien diese toda la fortuna de su casa a cambio del amor, se le despreciaría* [9]. En efecto, cuando el alma ha puesto su amor por entero en Dios, todo lo desprecia, riquezas, placeres, dignidades, señoríos, imperios; no quiere más que a Dios y se complace en repetir a cada instante: Dios mío, sólo vos y nada más. Escribe San Francisco de Sales: «El puro amor de Dios consume todo lo que no es Dios, para convertirlo todo en sí mismo; porque entonces todo cuanto se hace por amor de Dios es amor».

Decía la esposa de los Cantares: *Me condujo a la casa del vino, enarbolando sobre mí el pendón del amor* [10]. Esta casa del vino es, según sentir de Santa Teresa, el amor divino, que, al apoderarse del corazón, lo embriaga de tal modo, que le hace olvidar todo lo creado. El embriagado está como muerto y sin sentido, no ve, no oye, no habla; así le acontece al alma embriagada en el amor de Dios: ha como perdido el gusto de las cosas terrenas y no quiere pensar más que en Dios, ni hablar más que de Dios, ni oír más que conversaciones de amor y complacencia de Dios. Manda el Señor en el Cantar de los Cantares que no despierten a la amada del sueño: *No despertéis ni turbéis a la amada* [11]. De este feliz sueño disfrutan las almas esposas de Jesucristo, dice San Basilio, y que no es otro que el olvido cabal y perfecto de todo lo creado, para tender sólo a Dios y poder decir con San Francisco: «¡Dios mío y mi todo!». ¿Para qué, Dios mío, riquezas, para qué dignidades y bienes de este mundo? Vos sois todo mi bien, mi herencia y mi tesoro. Comentaba Tomás de Kempis: *¡Dios mío y mi todo!* ¡Suave palabra ésta! Basta con ella a quien la entiende, y quien ama tiene por regalado repetir: «¡Dios mío y mi todo!».

Para llegar, pues, a la perfecta unión con Dios, es necesario un total desprendimiento de las criaturas, y, para descender a cosas particulares, lo primero que debemos hacer es despojarnos del afecto desordenado a los parientes.

I. Desprendimiento de los parientes, máxime en lo tocante a la vocación

Dice Jesucristo: *Si uno viene a mí y no aborrece a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, a sus hermanos y hermanas y hasta su propia vida, no puede ser mi discípulo* [12]. Y ¿por qué este odio a los parientes? Porque a menudo los mayores enemigos de nuestro aprovechamiento espiritual son nuestros parientes: *Y los enemigos del hombre serán los de su casa* [13]. Decía San Carlos Borromeo que cada vez que volvía de casa de sus parientes, siempre era con el espíritu más resfriado. Y cuando el P. Antonio de Mendoza le preguntaron por qué no quería siquiera reposar en casa de sus parientes, respondió: «Porque la experiencia me enseña que no hay lugar donde más pierda la virtud y devoción del religioso que en casa de sus parientes».

Si se trata de la elección de estado, es cierto, como enseña Santo Tomás, que no estamos obligados a obedecer a los parientes. Si un joven se siente llamado a la vida

religiosa y se oponen los padres, está obligado a obedecer a Dios y no ya a los parientes, quienes por intereses y fines particulares se oponen al bien espiritual de los hijos. «Frecuentemente los amigos carnales –dice Santo Tomás– se oponen al adelantamiento espiritual». Y antes prefieren que los hijos se condenen, escribe San Bernardo, que dejen la casa.

Es cosa que espanta ver a ciertos padres y madres que, no obstante ser temerosos de Dios, alucinados por la pasión, se fatigan e inventan mil trazas para impedir la vocación del hijo que quiere ser religioso. Esta manera de obrar, fuera de algún caso rarísimo, no puede excusarse de pecado mortal. Quizás diga alguien: *Pero ¿es que no puede salvarse ese joven si no entra religioso? Pero ¿es que todos los que quedan en el mundo se condenan?* Respondo: Quienes no están llamados por Dios al estado religioso, se salvarán en el mundo cumpliendo con las obligaciones de su estado; pero quienes se sienten llamados y no obedecen a Dios, sí pueden salvarse, pero se salvarán difícilmente, puesto que les faltarán los auxilios especiales que Dios les tenía preparados en la religión, sin los cuales no llegarán a salvarse. Escribe el teólogo Habert que el que desobedece a la divina vocación queda en la Iglesia como un miembro fuera de su lugar y con mucha dificultad podrá desempeñar su oficio y, por consiguiente, alcanzar la salvación. Por lo que luego concluye: «Aun cuando, absolutamente hablando, este tal se pudiera salvar, sin embargo difícilmente entrará en la senda de la salvación y escogerá los medios a ella conducentes».

El P. Granada llamaba a la elección de estado la rueda maestra de la vida. Cuando se gasta la rueda maestra del reloj, queda éste desconcertado, y así queda desconcertada toda la vida, errada la vocación, respecto a la salvación eterna. ¡Cuántos desgraciados jóvenes perdieron la vocación por causa de sus padres y acabaron con mal fin, después de haber arruinado a la familia! Cierto joven perdió la vocación religiosa por instigación de su padre; tuvo luego con él no pocas pendencias, terminó asesinándolo y murió ajusticiado. Un seminarista fue también llamado al estado religioso; descuidó el llamamiento divino, abandonó la vida fervorosa que vivía, dejó la oración y la comunión, y de ahí cayó en los vicios, y, finalmente, cierta noche que salía de casa de una mujer perdida, le asesinó un rival suyo; acudieron al punto varios sacerdotes, pero lo hallaron ya muerto. Y ¡cuántos ejemplos semejantes pudiera aducir aquí!

Mas volvamos a nuestro propósito. El angélico Santo Tomás exhorta a los que se sienten llamados a vivir vida más perfecta que no pidan parecer a sus parientes, ya que en tal materia se convierten en sus enemigos. Y si para seguir la vocación a estado más perfecto no están obligados los hijos a pedir el consejo de los padres, menos lo están a pedir su consentimiento o alcanzar su licencia, mayormente cuando hay fundadas sospechas de que injustamente les negarán la demanda, impidiendo así la vocación. Santo Tomás de Aquino, San Pedro de Alcántara, San Francisco Javier, San Luis Beltrán y muchos más entraron en religión sin avisarlo siquiera a sus padres.

Advirtamos aquí que, así como se exponen a gran riesgo de condenarse los que, por complacer a sus parientes, desoyen el llamamiento de Dios, lo corren igualmente quienes, por no disgustarlos, abrazan sin vocación divina el estado eclesiástico. Tres son las señales principales por donde se puede venir en conocimiento de la verdadera vocación a estado tan sublime: ciencia, recta intención de buscar sólo a Dios y bondad de vida. Hablemos ahora tan sólo de la

II. Santidad requerida para abrazar las órdenes sagradas

Hablando de esta bondad el Sagrado Concilio de Trento, ordenó que los obispos no promoviesen a las órdenes sagradas sino a quienes estuvieran ya probados en la bondad de vida. Esto mismo ordenaron los antiguos cánones, que decían: «No se ordene nadie que primero no haya sido probado». Y aun cuando se haya esto de entender directamente de la prueba externa que ha de exigir el obispo de la probidad del ordenando, con todo, no se puede poner en duda que el Concilio exige no sólo la probidad exterior, cuanto la interior, sin la cual la externa no es más que mero fingimiento. Por eso, el Concilio, en el capítulo 12 de la misma sesión, dice: «Sepan los obispos que sólo han de admitir a estas órdenes a los dignos y cuya conducta corra pareja con bien probada madurez de juicio». Con este mismo fin de tener bastantes pruebas de la bondad de vida del ordenando, estableció el concilio los intersticios entre los diversos grados de las órdenes que se reciben: «Para que en este tiempo, con la edad, vaya creciendo el ordenando en sabiduría y mayor perfección de vida».

Santo Tomás aduce la razón, diciendo que, por cada orden sagrada que recibe el ordenando, se va aproximando al altísimo ministerio de servir a Jesucristo en el sacramento del altar; de donde concluye el santo Doctor que la santidad del sacerdote debe sobrepujar a la del religioso. «Ya que por las sagradas órdenes –explica– es uno deputado para altísimos ministerios, en los cuales se sirve a Jesucristo en el sacramento del altar; por eso se requiere mayor santidad interna que la que exige el estado religioso». En otro lugar, y sobre el mismo propósito, añade que no habla tanto de los ya ordenados como de los ordenandos; las órdenes sagradas, dice, exigen santidad anticipada, esto es, que el sujeto, antes de ser ordenado, sea santo, y ésta es la diferencia que señala entre el estado religioso y las órdenes sagradas: que en el primero se trabaja para extirpar los vicios, mientras que en el segundo se los debe haber ya extirpado con la santidad de vida. He aquí las palabras del Angélico: «Las órdenes sagradas piden anticipada santidad, al paso que el estado religioso es ejercicio de santidad; de donde se sigue que el gravísimo peso de las órdenes sagradas ha de ir fundadamente sobre paredes ya curadas por la santidad, mientras que el peso de la religión seca las paredes, esto es, desarraiga los vicios del corazón del hombre». En otro lugar vuelve Santo Tomás a explicar la misma materia, y dice: «y así como los que reciben las sagradas órdenes están en grado más elevado que los fieles, así deben ser ellos superiores por el mérito de santidad». Estos méritos y esta santidad los pide el Santo antes de la ordenación y los declara necesarios, no sólo para que el ordenando ejerza dignamente su orden, sino también, y muy principalmente, para que el ordenando pueda ser dignamente contado en el número de los miembros de Jesucristo: «Y por esto se exige una perfección de vida que sea bastante para que el ordenando pueda ser dignamente contado entre la milicia de Cristo». Y, finalmente, concluye: «Pero, además, en la recepción misma del orden se reciben mayor cúmulo de gracias, por las cuales el ordenando se haga idóneo para más altos ministerios». Nótese la expresión *para más altos ministerios,* con la que se declara que la gracia del sacramento que se comunica en las órdenes, lejos de ser inútil al ordenando, le prestará mayores ayudas para hacerse digno de alcanzar mayores méritos, y al mismo tiempo indica la necesidad en que se halla de tener la gracia precedente, que baste para hacerle digno de ser contado entre la milicia de Cristo.

En mi libro de *Teología moral* escribí una extensa disertación sobre este punto, en la que demostré que los que sin haber vivido vida compuesta reciben algún orden sagrado,

no pueden excusarse de culpa grave, por levantarse a tan sublime grado sin divino llamamiento, ya que no se puede llamar elegido por Dios quien sube a las órdenes sagradas sin haberse libertado de cualquier vicio habitual, especialmente contra la castidad. Y si bien en tales casos uno es capaz del sacramento de penitencia, por haberse dispuesto a él por medio del arrepentimiento, con todo, no es capaz en tal estado de recibir el sacramento del orden, para el que es necesario, además, excelente vida, comprobada ya con la experiencia de largo lapso de tiempo. De no hacerlo así, el ordenando no puede excusarse de pecado mortal, ya por la grave presunción con que sin vocación se introduce en los sagrados ministerios, pues como dice San Anselmo: «El que se entromete en estos ministerios y busca su propia gloria, ladrón es de la gracia de Dios, y, queriendo hallar bendición, recibirá maldición»; ya también por el gran peligro de eterna condenación a que se expone en tal caso, como dice el obispo Abélly: «El que a sabiendas y sin cuidarse de la vocación divina (como sería aquel que recibiese las órdenes sagradas habituado a un vicio grave) entrara en el ministerio sacerdotal, no hay duda que él mismo y de por sí se despeñaría en el precipicio de eterna condenación». Lo mismo escribe Soto, y dice que el sacramento del orden exige en el ordenando santidad positiva por precepto positivo. «Aunque la integridad y pureza de costumbres –dice– no sea de la esencia del sacramento, es, sin embargo, muy necesaria, por precepto divino... Ahora bien, la idoneidad y bondad de vida que se exige de aquellos que han de recibir las sagradas órdenes no es aquella general disposición que se pide en la recepción de cualquier otro sacramento, para que la gracia sacramental no encuentre tropiezo en su operación. Mas por cuanto en el sacramento del orden el hombre no sólo recibe gracia, sino que se levanta a grado más sublime, se pide en el ordenando grande honestidad en las costumbres y bien reconocida virtud». Lo mismo escribe Tomás Sánchez, lo mismo el P. Holzman, lo mismo los Salmanticenses. Esta tesis que he escrito no es opinión de un doctor particular, sino sentencia común, y todos se basan en la doctrina de Santo Tomás.

En todo caso, cuando el ordenando carece de la bondad de vida, no sólo peca gravemente el sujeto que se ordena, sino también el obispo que le confiere las órdenes sagradas sin tener suficientes pruebas que le den certidumbre moral de la probada virtud del ordenando. También peca gravemente el confesor que absuelve a tal ordenando habituado, sin haber dado pruebas durante mucho tiempo de una vida positivamente buena. Y pecan también gravemente aquellos padres que, conscientes de la mala vida de los hijos, se empeñan en que sean ordenados, con el fin de ayudar a la familia.

No fundó Jesucristo el estado eclesiástico para sostener las casas de los seglares, sino para promover la gloria de Dios y la salvación de las almas. Algunos se figuran el estado eclesiástico como un empleo u oficio muy a propósito para escalar honores y allegar riquezas, pero se equivocan; y por esto, cuando los padres van a inquietar al obispo para que ordene a su hijo, ignorante o de malas costumbres, alegando que la familia es pobre y no saben cómo salir del paso, debe el prelado responderles: «No, hijo mío; el estado eclesiástico no se ha instituido para auxilio de la pobreza doméstica, sino para bien de la Iglesia». De esta manera hay que despedir a estos tales, sin prestarles atención, porque tales sujetos acaban por perder su alma, la de sus familiares y hasta la de sus pueblos.

Y, hablando de los sacerdotes que viven en sus familias y cuyos parientes les piden no se den tanto al ministerio de las almas cuanto a aumentar la fortuna y buen nombre de la casa, deben responder lo que Jesucristo respondió a su divina Madre: *¿No sabíais que había yo de estar en casa de mi Padre?* [14]. Deben, pues, contestar: «Soy sacerdote, y mi oficio no es allegar riquezas, ni conquistar honores, ni administrar la hacienda de la casa,

sino vivir vida retirada, orar, estudiar y ponerme al servicio de las almas». Si, por ventura, estuviesen en la precisa necesidad de ayudar a su casa, ayúdenla en cuanto puedan, pero sin descuidar su principal incumbencia, que es el atender a la santificación propia y a la del prójimo.

III. Desprendimiento de la estimación del mundo

¡Cuántos, por este maldito deseo de ser estimados, se alejan de Dios y hasta llegan a perderlo! Oyen hablar, por ejemplo, de algún defecto suyo, y ¿qué no hacen para justificarse e imputarlo a falsedad o calumnia? Y si ejecutan algo bueno, ¿de qué trazas no se valen para que llegue a conocimiento de todos? Quisieran que todo el mundo lo supiese y los alabase. No obraban así los santos; querían que todos conociesen sus defectos, para que los tuviesen por lo miserables que ellos se consideraban; y, por el contrario, en todo lo bueno que hacían querían que sólo lo supiese Dios, a quien únicamente deseaban complacer; de ahí que amasen tanto la vida escondida, siguiendo las enseñanzas de Jesucristo, que decía: *Mas cuando tú hagas limosna, no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha* [15]; y poco más adelante: *Mas tú cuando ores, entra en tu recámara y, echada la llave a la puerta, haz oración a tu Padre, que está en lo secreto* [16].

IV. Desprendimiento de nosotros mismos, es decir, de la voluntad propia

Lo que más importa es desasirnos de nosotros mismos, es decir, de nuestra propia voluntad. Quien se vence a sí mismo, fácilmente vencerá después las demás repugnancias. «Véncete a ti mismo», tal era el consejo que solía dar a todos San Francisco Javier. Y Jesucristo dice: *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo* [17]. En esto está cuanto hemos de hacer para llegar a la santidad, engañarnos a nosotros mismos y no seguir la propia voluntad: «No vayas tras tus concupiscencias y apártate de tus antojos» [18]. «Ésta es la mayor merced –decía San Francisco de Asís– que Dios nos puede hacer, el vencernos a nosotros mismos, negando la voluntad propia». «Cese de obrar la propia voluntad y se acabará el infierno», decía San Bernardo. Y añade el mismo Santo que «la propia voluntad es grande mal, porque hace que las obras buenas dejen de serlo para nosotros».

Un penitente, por ejemplo, quiere ejercitarse en alguna mortificación, ayuno o disciplina contra la voluntad del director espiritual; mas como hace tales mortificaciones por seguir la propia voluntad, de nada le valen o son defectuosas. ¡Desgraciado del que vive esclavo de la propia voluntad!, porque anhelará tener muchas cosas y no las podrá conseguir, y, por el contrario, querrá rehuir otras muchas mortificantes y tendrá que pasar por ellas. *¿De dónde esas guerras* –preguntaba el apóstol Santiago– *y de dónde esas contiendas entre vosotros? ¿No provienen acaso de vuestras codicias, que militan en vuestros miembros? Codiciáis y no tenéis* [19]. La primera guerra proviene del apetito de goces sensuales; removamos las ocasiones, mortifiquemos la vista, encomendémonos a Dios, y cesará la batalla. La segunda guerra proviene de la sobrada codicia de bienes terrenos; procuremos amar la pobreza, y cesará la batalla. La tercera guerra proviene de la ambición de honores; amemos la humildad y la vida escondida, y cesará la batalla. Escribe

San Bernardo que, cuando se ve a una persona turbada, se puede colegir que la causa de su turbación es el no poder dar gusto, a la sazón, a la propia voluntad. De esto se lamentó en cierta ocasión el Señor con Santa María Magdalena de Pazzi, al decirle: «Ciertas almas quieren mi espíritu, mas lo quieren conforme les agrada, y, por ende, se hacen incapaces de recibirlo».

De ahí se sigue que hay que amar a Dios como Él quiere ser amado y no como a nosotros se nos antoje. Dios quiere nuestra alma despojada de todo, para poderla unir consigo y colmarla de su divino amor. Santa Teresa escribe: «Mas mirad, hijas, que, para esto que tratamos, no quiere que os quedéis con nada; poco o mucho, todo lo quiere para sí, y conforme a lo que entendieres de vos que habéis dado, se os harán mayores o menores mercedes. No hay mejor prueba para entender si llega a unión, o si no, nuestra oración».

Muchas personas espirituales quisieran llegar a la unión con Dios, mas, como no aceptan las contrariedades que Dios les envía, ni la pobreza que padecen, ni las afrentas que reciben, resulta que, al no aceptar todo esto, jamás llegarán a unirse perfectamente con Dios. Oigamos lo que decía Santa Catalina de Génova: «Para llegar a la unión con Dios son necesarias las adversidades que Dios nos envía, porque van enderezadas a consumir en nosotros todos los malos movimientos interiores y exteriores. Y por esto los desprecios, enfermedades, pobreza, tentaciones y demás contrariedades son cosas sumamente necesarias para que, combatiendo contra nosotros mismos, logremos extinguir de tal manera nuestras perversas inclinaciones, que no las sintamos más; y mientras que la adversidad no se torne de amarga en suave, por Dios, jamás llegaremos a la divina unión». Añádase a esto la práctica que enseña San Juan de la Cruz. Dice el Santo que para llegar a la perfecta unión se necesita total mortificación de los sentidos y apetitos: «Para poder hacer bien esto, cualquier gusto que se le ofreciere a los sentidos, como no sea puramente para gloria y honra de Dios, renúnciele y quede vacío de él por amor de Jesucristo... Pongo ejemplo: si se le ofreciere gusto en oír cosas que no importan para el servicio de Dios, ni las quiera gustar ni las quiera oír... Procure siempre inclinarse, no a lo más fácil, sino a lo más dificultoso. No a lo más sabroso, sino a lo más desabrido. No a lo más gustoso, sino a lo que no da gusto. No a lo que es consuelo, sino antes al desconsuelo. No a lo que es descanso, sino a lo que es trabajoso. No a lo más, sino a lo menos. No a lo más alto y precioso, sino a lo más bajo y despreciado».

En suma, quien ama verdaderamente a Jesucristo, pierde el afecto a todos los bienes terrenos y trata de despojarse de todo, para vivir solamente unido a Jesucristo, para quien son todos sus deseos, en quien siempre piensa, por quien siempre suspira y a quien procura complacer en todo lugar, en todo tiempo y en toda ocasión. Mas para llegar a esto debemos estar en vela, para purificar el corazón de todo afecto que no sea para Dios.

Preguntémonos: ¿Qué implica el entregarse el alma a Dios?, y respondamos: 1.°, evitar cuanto le desagrade y ejecutar cuanto sea de su agrado; 2.°, aceptar, sin excepción, cuanto venga de su mano, por duro y dificultoso que fuese; 3.°, preferir en todas las cosas la voluntad de Dios a nuestro propio querer. Esto se requiere para ser del todo de Dios.

Afectos y súplicas

Dios mío y mi todo, bien veo que, a pesar de mis ingratitudes y negligencias en vuestro servicio, seguís convidándome con vuestro amor. Aquí me tenéis; ya no quiero resistir más; quiero abandonarlo todo para dedicarme por completo a vos. No quiero ya vivir para mí mismo, pues mucho es lo que me habéis obligado a amaros. Mi alma se ha

enamorado de vos, Jesús mío, y por vos sólo suspira. Y ¿cómo podría amar otra cosa después de haberos visto morir de dolor en una cruz para salvarme? ¿Cómo podría contemplaros muerto, acabado de dolores, y no amaros con todo mi corazón? Os amo, sí, querido Redentor mío; os amo con toda mi alma y no deseo más que amaros en esta y en la otra vida.

Amor mío, esperanza mía, fortaleza mía, consuelo mío, dadme fuerza para seros fiel; dadme luces para que vea qué debo hacer para sacrificarlo todo y dadme fortaleza para que os obedezca en todo. ¡Oh amor del alma mía!, me ofrezco todo a vos para satisfacer el deseo que tenéis de uniros a mí, para que yo pueda unirme del todo con vos, Dios mío y mi todo. Venid, pues, por favor, Jesús mío, y tomad posesión de mí, de todos mis pensamientos y de todos mis afectos. Renuncio a todas mis aficiones, a todos mis consuelos y a todo lo criado, pues vos sólo me bastáis. Dadme la gracia de no pensar sino en vos, no desear más que a vos, no buscar más que a vos, mi amado y mi único bien.

¡Oh María, Madre de Dios!, alcanzadme la santa perseverancia.

[1] *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo* (*Mt.,* XXII, 37).

[2] *An putatis quia inaniter Scriptura dicat: Ad indiviam concupiscit spiritus qui habitat in vobis?* (*Iac.,* IV, 5).

[3] *Hortus conclusus soror mea, sponsa* (*Cant.,* IV, 2).

[4] *Et dico: o si haberem pennas sicut columba, avolarem et quiescerem* (*Ps.,* LIV, 7).

[5] *Dilectus meus mihi, et ego illi* (*Cant.,* II, 16).

[6] *Cor mundum crea mihi, Deus* (*Ps.,* L, 12).

[7] *Qui non renuntiat omnibus quae possidet, non potest meus esse discipulus* (*Lc.,* XIV, 33).

[8] *Bonus est Dominus animae quaerenti illum* (*Lam.,* III, 25).

[9] *Si dederit homo omnem substantiam domus suae pro dilectione, quasi nihil despiciet eam* (*Cant.,* VIII, 7).

[10] *Introduxit me in cellam vinariam, ordinavit in me caritatem* (*Cant.,* II, 4).

[11] *Ne suscitetis neque evigilare faciatis dilectam* (*Cant.,* II, 7).

[12] *Si quis venit ad me, et non odit patrem suum et matrem et uxorem et filios et fratres et sorores, adhuc autem et animam suam, non potest meus esse discipulus* (*Lc.,* XXIV, 26).

[13] *Et inimici hominis domestici eius* (*Mt.,* X, 36).

[14] *Nesciebatis quia in his quae Patris mei sunt oportet me esse?* (*Lc.,* II, 49).

[15] *Te autem faciente eleemosynam, nesciat sinistra tua quid faciat dextera tua* (*Mt.,* VI, 3).

[16] *Tu autem, cum oraveris, intra in cubiculum tuum, et clauso ostio, ora Patrem tuum in abscondito* (*Mt.,* VI, 6).

[17] *Si quis vult post me venire abneget semetipsum* (*Mt.,* XVI, 24).

[18] *Post concupiscentias tuas non eas, et a voluntate tua avertere* (*Eccli.,* XVIII, 30).

[19] *Unde bella et lites in vobis? Nonne hinc? ex concupiscentiis vestris, quae*

militant in membris vestris? Concupiscitis et non habetis (*Iac.*, IV, 1. 2).

CAPÍTULO XII: QUIEN AMA A JESUCRISTO, NO SE IRRITA CONTRA EL PRÓJIMO

Caritas non irritatur.
La caridad no se exaspera (*I Cor.*, XIII, 5).

La virtud de no airarse en las contrariedades que sobrevengan es hija de la mansedumbre. De los actos relativos a la mansedumbre ya hablamos en el capítulo precedente; mas, por cuanto es virtud que a la continua debe practicarse por tener que vivir entre hombres, diremos aquí algunas cosas más particulares y muy útiles para la práctica.

La humildad y mansedumbre fueron las virtudes más caras a Jesucristo, por lo que dijo a los discípulos que aprendiesen de Él a ser mansos y humildes [1]. Nuestro Redentor fue llamado *cordero: He aquí al Cordero de Dios* [2], sea por razón del sacrificio que había de consumar en la cruz para satisfacción de nuestros pecados, sea por la mansedumbre que manifestó en toda su vida, y especialmente en tiempo de su pasión. Cuando recibió en casa de Caifás la bofetada del ministro del pontífice, que, a la vez, lo trató de temerario, al decirle: *¿Así respondes al pontífice?* [3], Jesús respondió solamente estas palabras: *Si hablé mal, da testimonio de lo malo; mas si bien, ¿por qué me hieres?* [4]. Esta mansedumbre prosiguió ejercitándola hasta la muerte, pues pendiente en la cruz, cuando los soldados le escarnecían y blasfemaban de Él, Él se limitaba a pedir al Padre Eterno que los perdonara [5].

¡Cuánto estima Jesucristo a los corazones mansos que, al recibir afrentas, burlas, calumnias, persecuciones y hasta golpes y heridas, no se irritan contra quienes los injurian o golpean! *Socorredor de los débiles, amparador de los desahuciados* [6]. Las oraciones de los humildes siempre son atendidas por Dios, pues a ellos de modo especial les está prometido el paraíso: *Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra* [7]. Decía el Venerable P. Baltasar Álvarez que el cielo es la patria de los despreciados, de los perseguidos y abatidos; sí, porque a éstos, y no ya a los soberbios, que disfrutan de las honras y estimaciones mundanas, les está reservada la posesión del reino celestial. Ya escribió David que los mansos no alcanzarán tan sólo la eterna bienaventuranza, sino que también en esta vida disfrutarán de extraordinaria paz [8]; y la razón es porque, lejos de conservar los santos rencor contra quienes los persiguen, les cobraban más amor, y el Señor, en premio a tanta paciencia, les aumenta la paz interior. Decía Santa Teresa: «Y con las personas que decían mal de mí, no sólo no estaba mal con ellas, sino que me parece les cobraba amor de nuevo»; por lo que más tarde escribió de ella la Sagrada Rota Romana que «las ofensas suministraban alimento a su amor». Tan grande mansedumbre no se da sino en quienes tienen gran acopio de humildad y bajo concepto de sí mismos, que llegan a convencerse que merecen toda suerte de desprecios; y de ahí, por el contrario, que los orgullosos sean siempre iracundos y vengativos, porque, en su concepto, son dignos de todo honor.

¡Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor! [9]. Hay que morir, pues, en el Señor para ser bienaventurado y para comenzar a gozar de la bienaventuranza en esta vida, es decir, de la bienaventuranza de que se puede disfrutar antes de ir a la gloria, la cual ciertamente es mucho menor que la del Cielo, pero es tal que supera a todos los placeres

sensibles de esta vida: *Y la paz de Dios, la que sobrepuja toda inteligencia, guardará vuestros corazones* [10]. Mas para obtener esta paz, aun en medio de afrentas y calumnias, hay que estar muerto en el Señor. El muerto, por mucho que lo maltraten y pisoteen, no siente nada; el humilde, igualmente, estando como muerto, que ni ve ni oye, debe sufrir cuantos desprecios le hagan. Quien ama de corazón a Jesucristo, presto llega a este estado, porque, conforme en todo con la voluntad divina, acepta con la misma paz y ánimo igual lo próspero como lo adverso, los consuelos como las aflicciones, las injurias como las alabanzas. Así hacía el Apóstol, quien por ello decía: *Estoy que reboso de gozo en medio de esta tribulación nuestra* [11]. ¡Feliz del que consigue tal grado de virtud! Decía San Francisco de Sales: «¿Qué es el mundo entero, comparado con la paz del corazón?». En efecto, ¿de qué sirven todas las riquezas y todos los honores del mundo a quien vive inquieto y no disfruta de paz del corazón?

En suma, para vivir siempre unidos con Jesucristo, debemos hacer todas las cosas con tranquilidad, sin inquietarnos por contrariedades que surgieren: *El Señor no estaba en el viento* [12]. El Señor no habita en los corazones turbados. Oigamos los bellos documentos que acerca de esta materia nos suministra el maestro de la mansedumbre, San Francisco de Sales: «No os dejéis dominar por la cólera, ni siquiera le abráis la puerta, con el pretexto que fuere, porque, una vez introducida en él, no está en vuestra mano arrojarla ni aun dominarla». Los remedios contra la cólera son: 1.°, combatirla al punto y divertir la mente a otra parte sin replicar palabra; 2.°, a imitación de los apóstoles en la tempestad del mar, recurrir a Dios, que puede apaciguar el corazón; 3.°, cuando veáis que la cólera, por vuestra debilidad, se ha adentrado en vuestro espíritu, en tal caso esforzaos por recobrar la calma y procurad después ejercitaros en actos de humildad y de mansedumbre con la persona contra la cual os enojasteis; mas todo esto hay que hacerlo con suavidad y sin violencia, porque importa mucho no enconar la llaga». A este propósito decía el Santo que tuvo que trabajar durante toda su vida para vencer dos pasiones que ejercían más imperio sobre él: la cólera y el amor; para sofocar la pasión de la cólera nos dice que necesitó veintidós años de lucha para sojuzgarla; en cuanto al amor, venció trocando su objeto, abandonando las criaturas y dirigiendo hacia Dios todos sus afectos. De este modo el Santo disfrutaba de una paz interior tan acabada, que se traslucía al exterior, viéndosele casi siempre con el rostro sereno y con la sonrisa en los labios.

¿De dónde esas guerras...? ¿No provienen acaso de vuestras codicias? [13]. Cuando uno en la contradicción se siente agitado por la cólera, se figura hallar paz desfogando la ira con acciones o, al menos, con palabras; mas se engaña, porque después de desfogarse se hallará más turbado que antes. Quien quiera vivir en continuada paz, guárdese de dejarse arrastrar por el mal humor, y si se viere presa de él, deséchelo presto, sin dejarle ni una noche de reposo, apartándose de él, sea con la lectura de un libro, con algún cantiquillo piadoso o con un paseo por parajes amenos, acompañado de algún amigo.

El Espíritu Santo dice que *el enojo en el seno de los necios reposa* [14]. La cólera hace su asiento en el corazón de los insensatos, que aman poco a Jesucristo; mas en el corazón de los verdaderos amantes de Jesucristo, si llegare a entrar por sorpresa, luego es arrojada y no puede en él habitar. Quien ama con todo corazón al Redentor, no vive malhumorado, porque, no queriendo sino lo que Dios quiere, tiene siempre cuanto quiere, por lo que vive tranquilo y siempre igual en su conducta. La voluntad divina le tranquiliza en todas las adversidades que le acaecen, y por eso ejercita la mansedumbre absolutamente con todos. Tal mansedumbre no se puede, con todo, alcanzar sin grande amor a Jesucristo, porque es un hecho que no llegaremos a ser mansos ni suaves con los demás mientras no

sintamos gran ternura hacia Jesucristo.

Mas, por cuanto tal ternura sensible no siempre está en nuestra mano, es preciso que en la oración mental nos dispongamos a resistir los encuentros que nos acometieren en el día. Así hicieron los santos, y se hallaron prestos a recibir paciente y humildemente las injurias, golpes y heridas. Cuando el prójimo nos insulte, si no nos halláramos preparados y muy prevenidos de antemano, difícilmente podremos atinar con lo que procederá hacer para no dejarnos dominar de la ira, porque entonces la pasión nos pintará como muy puesto en razón rechazar intrépidamente y con audacia la audacia de quien tan indignamente nos maltrata. Pero, como dice San Juan Crisóstomo, no es medio muy a propósito para extinguir el fuego de la ira con el fuego de la respuesta inflamada en ira, porque «fuego con fuego –dice el Santo– no puede extinguirse». Replicará alguno: «No es puesto en razón usar de cortesías y afabilidades con el temerario que ofende sin razón». A esto respondo con San Francisco de Sales: «Hay que ejercitarse en la mansedumbre, no sólo en lo que es conforme a razón, sino en lo que es contrario a ella».

En ciertos casos hemos de procurar responder con blandura, que éste es el camino para extinguir el fuego: *Una respuesta blanda aplaca el furor, mas una palabra molesta suscita la ira,* dice el Espíritu Santo [15]. Y cuando el ánimo estuviere turbado, lo mejor será entonces... callar, «porque, ofuscada la vista por la ira –dice San Bernardo–, no se verá cosa derecha». Cuando el ojo se halla ofuscado por el enojo, no ve lo que es justo y lo que injusto; la pasión es como un velo que se pone ante los ojos e impide discernir lo falso de lo verdadero, por lo que se impone hacer, como San Francisco de Sales, un pacto con la lengua: «Hice pacto –escribe– con mi lengua de no hablar cuando tuviese perturbado el corazón».

Pero, a veces, se diría ser necesario tener que reprimir con aspereza a algún insolente. David decía: *Temblad y no pequéis.* Luego es lícito, a veces, encolerizarse, con tal, empero, que no haya pecado. Y aquí está precisamente la dificultad. Especulativamente hablando, hay ocasiones en que parece oportuno hablar o responder ásperamente a alguno para hacerle entrar dentro de sí, pero en la práctica es muy difícil hacerlo sin riesgo de pecar, por lo que el camino más seguro es amonestar o responder siempre con blandura, estando en vela para no dejarse llevar de la cólera. Decía San Francisco de Sales: «No me acuerdo vez que me haya dejado llevar de la ira, que después no haya tenido que arrepentirme». Y cuando nos sintamos turbados, lo más seguro, como arriba se dijo, es callar, reservando la amonestación o la respuesta para tiempo más oportuno, cuando el corazón no exhale vapores.

Esta mansedumbre hemos de practicarla especialmente cuando nos veamos reprendidos por nuestros superiores o amigos. «Aceptar de buen grado la reprensión –añadía San Francisco de Sales– es señal de que se ama la virtud contraria al defecto de que es uno corregido, y es prueba, no pequeña, de que se va aprovechando en la perfección». También hemos de ser mansos con nosotros mismos. El demonio nos hace ver muy laudable el airarse contra sí mismo cuando se comete un defecto; mas no es así, sino ardid del enemigo, que pretende inquietarnos para que seamos incapaces de hacer cosa de provecho. Decía San Francisco de Sales: «Tened por cierto que cuantos pensamientos nos inquietan no proceden de Dios, que es príncipe de paz, sino del demonio, o del amor propio, o de la estima en que nos tenemos. Tales son las tres fuentes de que nacen todas nuestras turbaciones. Por eso, cuando nos asalten pensamientos de inquietud, desechémoslos y despreciémoslos al punto».

También es sumamente necesaria la mansedumbre cuando nos veamos en la

precisión de tener que corregir a los demás. Las correcciones hechas con amargo celo son más dañosas que útiles, mayormente cuando el delincuente se halla turbado; en este caso procederá diferir la corrección y aguardar el tiempo en que se haya calmado el hervor de la ira. También conviene abstenernos de corregir a los demás cuando nos hallemos malhumorados, porque entonces la amonestación parecerá hecha con aspereza, y el reo, viéndose de tal modo reprendido, no hará cuenta de la admonición hecha con apasionamiento. Esto vale por lo que mira al bien del prójimo; mas en lo que se refiere a nuestro aprovechamiento, hagamos ver que amamos a Jesucristo, sobrellevando en paz y con alegría los malos tratamientos, las injurias y los desprecios.

Afectos y súplicas

Despreciado Jesús mío, amor y alegría de mi alma, con vuestro ejemplo habéis vuelto a vuestros amadores amables los desprecios. En adelante os prometo sufrir las afrentas por amor vuestro, ya que en esta tierra fuisteis tan escarnecido por amor mío. Dadme fuerza para cumplir lo prometido; dadme a conocer y obligadme a obrar todo cuanto de mí queréis.

Dios mío y mi todo, no quiero buscar más bien fuera de vos, que sois bien infinito. Vos, que tanto veláis por mi adelantamiento, haced que no tenga otro cuidado que el de agradaros. Haced que todos mis pensamientos vayan encaminados a huir de cuanto pueda ofenderos e ir en seguimiento de cuanto pueda agradaros. Alejad de mí toda ocasión que pueda desviarme de vuestro amor. Me despojo de mi libertad y por entero la consagro a vuestro divino beneplácito.

Os amo, bondad infinita; os amo, amor mío. Verbo encarnado, os amo más que a mí mismo. Tened compasión de mí y curad cuantas llagas padece mi alma por los pecados con que os ofendí. Me abandono por completo en vuestros brazos, Jesús mío; quiero ser del todo vuestro, quiero sufrirlo todo por vuestro amor y no quiero de vos más que a vos mismo.

Virgen Santa y Madre mía, María, os amo y en vos confío; socorredme con vuestra poderosa intercesión.

[1] *Discite a me, quia mitis sum et humilis corde* (*Mt.,* XI, 29).

[2] *Ecce Agnus Dei* (*Io.,* I, 29).

[3] *Sic respondes pontificit?* (*Io.,* XVIII, 22).

[4] *Si male locutus sum, testimonium perhibe de malo; si autem bene, quid me caedis?* (*Io.,* XVIII, 23).

[5] *Pater, dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt* (*Lc.,* XXIII, 34).

[6] *Mansuetorum tibi semper placuit deprecatio* (*Iudith,* IX, 16).

[7] *Beati mites quoniam ipsi possidebunt terram* (*Mt.,* V, 4).

[8] *Sed mansueti possidebunt terram, et delectabuntur multitudine pacis* (*Ps.,* XXXVI, 11).

[9] *Beati mortui qui in Domino moriuntur* (*Apoc.,* XIV, 13).

[10] *Et pax Dei quae exsuperat omnem sensum custodiat corda vestra* (*Phil.,* IV, 7).

[11] *Superabundo gaudio in omni tribulatione nostra* (*II Cor.*, XII, 4).
[12] *Non in ommotione Dominus* (*III Reg.* [*I Sam.*], XIX, 2).
[13] *Unde bella... nisi ex concupiscentis vestris?* (*Iac.*, IV, 1).
[14] *Ira in sinu stulti requiescit* (*Eccl.,* VII, 10).
[15] *Responsio mollis frangit iram; sermo durus suscitat furorem* (*Prov.*, XV, 1).

CAPÍTULO XIII:
QUIEN AMA A JESUCRISTO, SÓLO QUIERE LO QUE QUIERE JESUCRISTO

Caritas non cogitat malum, non gaudet super iniquitate, congaudet autem veritati. La caridad no toma a cuenta el mal, no se goza de la injusticia, antes se goza con la verdad (*I Cor.*, XIII, 5, 6).

La caridad va siempre unida con la verdad, por lo que, conociendo que Dios es el único y verdadero bien, aborrece la iniquidad, que se opone a la voluntad divina, y sólo se complace en lo que Dios quiere. De aquí procede que el alma amante de Dios se preocupa poco de lo que los demás digan de ella y sólo atiende a lo que es del agrado de Dios. Decía el Beato Enrique Susón: «Aquellos están verdaderamente con Dios que se esfuerzan por cumplir con la verdad y después no se cuidan de lo que de ellos digan los hombres o de cómo les traten».

Repetidas veces hemos dicho arriba que la suma de la santidad y de la perfección del alma consiste en renunciarse a sí mismo y abrazarse con la voluntad de Dios, y aquí lo vamos a exponer ahora más detalladamente.

I. Necesidad de conformarse con la voluntad de Dios

Si queremos hacernos santos, nuestro único deseo ha de ser renunciar a la voluntad propia para abrazarnos con la de Dios, porque la médula de todos los preceptos y consejos divinos estriba en hacer y padecer cuanto Dios quiere y como lo quiere. Roguemos, por tanto, al Señor que nos dé santa libertad de espíritu, libertad que nos hará abrazar cuanto agrada a Jesucristo, a pesar de las repugnancias del amor propio o del respeto humano. El amor de Jesucristo pone a sus amantes en una total indiferencia, siendo para ellos todo igual, lo dulce como lo amargo; nada quieren de lo que les agrada a sí mismos, y quieren cuanto agrada a Dios; con la misma paz se dan a las cosas grandes que a las pequeñas, e igualmente reciben las cosas gratas que las ingratas; les basta agradar a Dios en todo.

Dice San Agustín: «Ama y haz lo que quieras»; ama a Dios y haz lo que quieras. Quien ama a Dios en verdad no anda tras otros gustos que los de Dios, y en esto sólo halla su contentamiento, en dar gusto a Dios. Santa Teresa escribía: «¡Oh Señor, que todo el daño nos viene de no tener puestos los ojos en vos, que, si no mirásemos otra cosa sino el camino, presto llegaríamos; mas damos mil caídas y tropiezos y erramos el camino por no poner los ojos, como digo, en el verdadero camino». He aquí, por tanto, cuál ha de ser el único fin de todos nuestros pensamientos, de las obras, de los deseos y de nuestras oraciones: el gusto de Dios; éste es el camino que ha de conducirnos a la perfección: ir siempre en pos de la voluntad de Dios.

Dios quiere que le amemos con todo nuestro corazón: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón* [1]. Aquella alma ama a Dios con todo su corazón, que repite sinceramente con el Apóstol: *Señor, ¿qué quieres que yo haga?* [2]. Señor, dadme a conocer qué queréis de mí, que dispuesto estoy a hacerlo todo. Y entendamos esto bien, que cuando queremos lo

que Dios quiere, entonces queremos nuestro mayor bien, pues Dios a la verdad que no quiere sino nuestro verdadero bien. Decía San Vicente de Paúl: «La conformidad con el divino querer es el tesoro del cristiano y el remedio de todos nuestros males, porque implica la abnegación de sí mismo y la unión con Dios y todas las virtudes». La suma de toda la perfección está encerrada en estas palabras: *Señor, ¿qué queréis que yo haga?* Nos promete Jesucristo que *no perecerá un cabello de vuestra cabeza* [3]; es decir, que el Señor nos remunera cualquier buen pensamiento que por darle gusto hayamos tenido y no deja sin recompensa cualquier tribulación que con paz y alegría hayamos sobrellevado para conformarnos con su santa voluntad. Escribió Santa Teresa: «¡Bienaventurados trabajos, que aun acá en la vida tan sobradamente se pagan!».

Mas nuestra conformidad con el divino querer ha de ser entera y sin reserva, constante e irrevocable; que en esto, repito, se cifra toda la perfección y a esto deben encaminarse todas nuestras obras, todos nuestros deseos y todas nuestras oraciones. Algunas almas dadas a la oración, al leer los éxtasis y raptos de Santa Teresa de Jesús, de San Felipe Neri y de otros santos, entran en deseos de tener y disfrutar esta unión sobrenatural. Estos deseos hemos de desecharlos, por contrarios a la humildad; si queremos santificarnos, debemos desear la verdadera unión con Dios, que consiste en unir totalmente nuestra voluntad con la suya. «En lo que está la suma de la perfección –dice Santa Teresa– claro está que no es en regalos interiores ni en grandes arrobamientos ni visiones, ni en espíritu de profecía, sino en estar nuestra voluntad tan conforme con la de Dios, que ninguna cosa entendamos que quiere, que no la queramos con toda nuestra voluntad, y tan alegremente tomemos lo sabroso como lo amargo, entendiendo que lo quiere Su Majestad... Ésta es la unión que yo deseo y querría en todas». Y poco más adelante prosigue: «¡Oh, qué de ellos habrá que digamos esto, y nos parezca que no queremos otra cosa, y moriríamos por esta verdad!». La verdad es que muchos decimos: Os doy, Señor, mi voluntad; no quiero sino lo que vos queréis, y, sin embargo, al sobrevenir cualquier contrariedad, no sabemos resignarnos a la voluntad divina. De aquí procede el lamentarse de tener mala suerte en el mundo, lamentarse de que todas las desgracias caen sobre nosotros y, por tanto, vivir vida desgraciada.

Si estuviéramos unidos con la voluntad de Dios en todas las adversidades, ciertamente que nos santificaríamos y seríamos los más felices del mundo. Esforcémonos, pues, cuanto podamos, por tener nuestra voluntad unida con la de Dios en todas las cosas que nos sucedan, sean gratas o ingratas. El Espíritu Santo nos amonesta: *No albeldes a todo aire* [4]. A algunos les pasa lo que a la veleta, que gira según el viento; si el viento es bonancible, según sus deseos, ahí los tenéis alegres y suaves; pero, si sopla el regañón y las cosas no van como la seda, ahí los tenéis tristes e impacientes, y de ahí que no se santifiquen, sino que vivan vida desgraciada, porque en la tierra son más frecuentes las cosas adversas que las favorables. San Doroteo enseñaba que el gran medio de conservarse en continua paz y tranquilidad de corazón es el recibirlo todo de manos de Dios, venga como viniere; por lo que cuenta el Santo que los antiguos Padres del yermo nunca andaban airados ni melancólicos, porque todo lo que les acaecía lo tomaban alegremente, como venido de las manos de Dios.

¡Feliz quien vive enteramente unido y abandonado al divino querer! Ni la prosperidad le ensalza ni la adversidad le abate, porque tiene entendido que todo viene de Dios. Única regla de su querer es el querer del Señor, por lo que sólo hace lo que Dios quiere y sólo quiere lo que quiere Dios; no se afana por emprender muchas cosas, sino por ejecutar perfectamente las que cree ser del agrado divino. De ahí que haga primero pasar las

insignificantes obras de su estado antes que las acciones brillantes y gloriosas, pues está convencido de que en éstas puede intervenir el amor propio, al paso que en aquéllas ciertamente se encuentra la voluntad de Dios.

Seremos, pues, felices, si recibimos de Dios cuanto sea servido, conforme siempre nuestra voluntad con la suya, sin andar mirando si está acorde o no con nuestro gusto. Decía la M. De Chantal: «¿Cuándo gustaremos las dulzuras de la voluntad divina en todo cuanto nos suceda, sin mirar más que al beneplácito divino, que con igual amor y para nuestro mayor provecho nos envía prosperidades y adversidades? ¿Cuándo nos arrojaremos en los brazos de nuestro amantísimo Padre celestial, dejándole el cuidado de nuestra persona e intereses, reservándonos solamente el deseo de agradarle?». De San Vicente de Paúl decían sus amigos: «Vicente siempre es Vicente», queriendo con ello indicar que en todo suceso, próspero o adverso, siempre se le encontraba con el rostro sereno, siempre igual a sí mismo, porque, abandonándolo todo en manos de Dios, nada temía y no apetecía más que lo que fuese del agrado de Dios. Santa Teresa escribe: «Aquella libertad de espíritu tan apreciada y deseada que tienen los perfectos, adonde se halla toda la felicidad que en esta vida se puede desear; porque no queriendo nada, lo poseen todo».

Muchos, por el contrario, se forjan la santidad conforme a sus inclinaciones: el melancólico anhela por la soledad; el dinámico, por la predicación y negocios de paces; el duro, por ejercitarse en penitencias y maceraciones; el generoso, por la limosna; unos se dan al ejercicio de variadas oraciones vocales; otros, a la visita de santuarios, y todos creen que en ello consiste la santidad. Las obras externas son fruto del amor a Jesucristo, pero el verdadero amor consiste en conformarse en todo con la voluntad de Dios y, por consiguiente, en renunciarse a sí mismo y buscar lo que es más agradable a Dios, porque Él así lo merece.

Otros quieren servir a Dios, pero en tal empleo, en tal lugar, con determinados compañeros o en otras circunstancias semejantes; de no ser así, dejan de obrar o lo hacen de mala gana. Estos tales no son libres de espíritu, sino esclavos del amor propio, y, por eso, poco mérito alcanzarán en cuanto hagan; al contrario, siempre viven inquietos, porque, aferrados a la propia voluntad, sentirán pesado el yugo de Jesucristo. Los verdaderos amantes de Jesucristo sólo buscan lo que a Él agrada, y sólo porque le agrada, y cuando lo quiera, y donde lo quiera, y en el modo que lo quiera: sea empleándolos en ocupaciones honrosas, sea en menesteres ordinarios y humildes, sea en vida de brillo o en vida obscura y menospreciada. Esto exige el puro amor de Jesucristo y en esto debiéramos ejercitarnos, combatiendo contra los apetitos del amor propio, que quisiera vernos ocupados en aquellos ministerios solamente que traen honra consigo o son de nuestras inclinaciones. Mas ¿qué importa ser el más honrado del mundo, el más rico y el más grande, contra la voluntad de Dios? Decía el Beato Enrique Susón: «Prefiero ser el más vil gusanillo de la tierra por voluntad de Dios que serafín del cielo por propia voluntad». Dice Jesucristo: *Muchos me dirán en aquel día: «Señor, Señor, ¿acaso no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre lanzamos demonios, y en tu nombre obramos muchos prodigios?»* [5]. Y el Señor les responderá: *Nunca jamás os conocí; apartaos de mí las que obráis la iniquidad* [6]. Apartaos, pues no os reconozco por discípulos míos, ya que antes quisisteis seguir vuestros apetitos que mi voluntad. Y esto se aplica especialmente a aquellos sacerdotes que se fatigan en el perfeccionamiento y salvación de los demás y ellos siguen viviendo estancados en sus imperfecciones.

La perfección consiste: 1.°, en verdadero desprecio de sí mismo: 2.°, en total mortificación de los malos apetitos; 3.°, en la perfecta conformidad con la voluntad de

Dios; quien se vea falto de una de estas tres virtudes está fuera del camino de la perfección. Por eso decía un gran siervo de Dios que más valía en nuestras acciones tener por fin la voluntad de Dios que la gloria de Dios, porque, cumpliendo con la voluntad de Dios, también procuramos su gloria, al paso que, si nos proponemos la gloria de Dios, nos podemos engañar, a las veces, haciendo nuestra voluntad con pretexto de hacer la de Dios. Escribe San Francisco de Sales: «Muchos dicen al Señor: *Me consagro a vos sin reserva*, y pocos son los que se abrazan con la práctica de este entregamiento, que no es otra cosa que la perfecta indiferencia en aceptar todo lo que nos acontece, como nos vaya aconteciendo, según el orden de la divina Providencia, ya sean aflicciones o ya consuelos, desprecios y baldones, como honores y gloria».

El verdadero amador de Jesucristo se conoce en el padecer y abrazarse alegremente con lo desagradable y contrario al amor propio. Decía Tomás de Kempis que no puede llamarse digno amador quien no está aparejado a sufrirlo todo y seguir en todo la voluntad del amado. Y, por el contrario, el P. Baltasar Álvarez decía que «las penalidades son postas con que se recorren los trechos que hay de las almas a Dios». La santa Madre Teresa escribe: «Y ¿qué más ganancias que tener algún testimonio que contentamos a Dios?». Y yo añado que no podemos tener testimonio más cierto de que damos gusto a Dios que abrazar alegremente las cruces que Él nos enviare. Agradece el Señor que le agradezcamos los beneficios que nos dispensa en esta vida, mas, en sentir del P. San Juan de Ávila, «más vale en las adversidades un gracias a Dios que seis mil gracias de bendiciones en la prosperidad».

Adviértase aquí que no sólo debemos recibir con resignación los padecimientos que directamente provengan de la mano de Dios, como enfermedades, poco talento, pérdida casual de la hacienda, sino también los que indirectamente provienen de Él, y de los hombres directamente, como persecuciones, hurtos, injurias, pues en realidad, todo proviene de Dios. Cierto día David fue injuriado por un vasallo llamado Semeí, quien le maltrató no sólo de palabra, sino a pedradas. Hubo quien le quería decapitar, pero David respondió al temerario: *Dejadle que insulte, porque Yahveh se lo ha indicado* [7]. Como si dijera: Dejadle decir, pues el Señor le ordenó que me maldijera; Dios se vale de Semeí para castigo de mis pecados y por eso permite que así me injurie.

De ahí que Santa María Magdalena de Pazzi dijese que debemos enderezar todas nuestras oraciones a recabar de Dios la gracia de seguir en todo su santa voluntad. Almas hay que, engolosinadas con los gustos espirituales de la oración, van tan sólo en seguimiento de gustos y ternuras en que deleitarse; mas las esforzadas, que arden en deseos de ser todas de Dios, no le piden sino luces para entender su santa voluntad y fortaleza para cumplirla perfectamente. Para alcanzar la perfección del amor es necesario someter en todo nuestra voluntad a la de Dios. «No creáis –decía San Francisco de Sales– haber llegado a la pureza que habéis de ofrecerle, mientras no sea vuestra voluntad del todo suya, aun en las cosas más repugnantes, y todo ello alegremente». «No puede menos –son palabras de Santa Teresa–, si va con la determinación que ha de ir, de traer al Todopoderoso a ser uno con nuestra bajeza y transformarnos en sí, y hacer una unión del Creador con la criatura». Sin embargo, nadie logrará alcanzar esto sino mediante la oración mental y continuas súplicas a la Divina Majestad, con eficaz deseo de pertenecer completamente a Jesucristo, sin reserva alguna.

¡Oh Corazón amabilísimo de mi Salvador, Corazón enamorado de los hombres, cuando tan tiernamente los amáis; Corazón, en suma, digno de reinar y poseer nuestro corazón, ojalá que pudiera yo hacer que todos los hombres comprendieran el amor que les

profesáis y las finezas que reserváis para las almas que os aman sin reserva! Por favor, dignaos, Jesús mío, aceptar la ofrenda y el sacrificio que os hago de mi voluntad; dadme a conocer lo que de mí queréis, que quiero ejecutarlo todo con vuestra gracia.

II. De la obediencia

Mas para saber y acertar en lo que Dios pide de nosotros, ¿cuál será el medio más seguro? No lo hay más seguro y cierto que la obediencia a los superiores y director espiritual. Decía San Francisco de Sales: «Jamás se cumple mejor con la voluntad de Dios que obedeciendo a los superiores». Ya el Espíritu Santo había dicho: *La obediencia vale más que el sacrificio* [8]. Más agrada a Dios el sacrificio que le hacemos de la propia voluntad, sujetándola a la obediencia, que todos los demás sacrificios que pudiéramos ofrecerle, porque en ellos (limosnas, abstinencias, maceraciones y cosas por el estilo) le damos parte tan sólo, en tanto que dándole la voluntad lo damos todo. De ahí que, al decir a Dios: «Señor, dadme a entender por medio de la obediencia lo que de mí queréis, que presto estoy a ejecutarlo todo», ya no nos queda más que ofrecerle.

Quien se ha puesto bajo la obediencia, tiene que desprenderse en todo del propio juicio. «Que cada uno tenga opiniones particulares no es contrario a la perfección –enseñaba San Francisco de Sales–; lo que se opone a la virtud es el estar aferrado a ellas». Y ¡cuán difícil es desprenderse de este apego al propio parecer! De ahí que sean tan contadas las almas que se consagren por completo a Dios, porque son pocas las que se someten a la obediencia. Hay algunos tan sujetos a la propia voluntad, que, al imponérseles cualquier obediencia, aunque vaya conforme a su natural inclinación, pierden el gusto y voluntad de hacerla, porque todo su gusto está en hacer lo que les dicta la propia voluntad. No obran así los santos, que sólo hallan paz cuando obran por obediencia. La santa M. Juana de Chantal, cierto día de recreo, dijo a sus hijas que emplearan el día en lo que quisieran, y al empezar la tarde fueron todas a suplicar a la superiora, con vivas instancias, que en adelante no volviera a concederles tal permiso, porque un día más fastidioso que aquel que habían vivido fuera de obediencia, jamás lo habían vivido.

Se engañan quienes piensan que puede hacerse cosa de más provecho que la que impone la obediencia. Dice San Francisco de Sales: «Descuidar un empleo mandado por la obediencia, para unirse con Dios en la oración, lectura o recogimiento, no sería más que separarse de Dios para unirse con el amor propio». A lo cual hay que añadir lo de Santa Teresa, que quien ejecuta cualquier acción, aun sobrenatural, pero contra obediencia, obra instigado por el demonio y no por inspiración divina, como tal vez imagine, porque asegura la Santa que «de un alma que está ya determinada a amaros y dejada en vuestras manos, no queréis otra cosa sino que obedezca y se informe bien de lo que es más servicio vuestro». «Vale más una obra hecha por obediencia –dice el P. Rodríguez– que cualquier otra cosa que nos pudiéramos imaginar». Más meritorio es levantar una paja del suelo por obediencia que hacer larga oración por voluntad propia y disciplinarse hasta derramar sangre. Por esto decía Santa María Magdalena de Pazzi que prefería estar empleada en un ejercicio de obediencia que en oración, porque «obedeciendo –decía– estoy segura de ejecutar la voluntad de Dios, mas no lo estoy tanto si me meto en otro ejercicio». Y, según todos los maestros de espíritu, preferible es dejar cualquier ejercicio devoto por obediencia que hacerlo sin obediencia. Reveló María Santísima a Santa Brígida que el que por obediencia

sacrifica una mortificación, dobla la ganancia, ya que obtiene el mérito de la mortificación que deseaba hacer y, además, el mérito de la obediencia por la cual dejó de mortificarse. Cierto día, el célebre P. Francisco Arias fue a visitar a su gran amigo el P. San Juan de Ávila y lo halló triste y pensativo: se interesó por el motivo, y el Santo le respondió así: «¡Dichosos y felices vosotros, que vivís debajo de obediencia y estáis siempre seguros de obrar conforme a la voluntad de Dios! En cuanto a mí, ¿quién me dará prendas seguras de que agrado más a Dios discurriendo por los pueblos y ciudades para instruir a los pobres y abandonados o estándome sentado en el confesonario en espera de los que vienen?». Mas quienes viven bajo obediencia están seguros de que cuanto hacen por obedecer es todo según la voluntad de Dios, que es lo que más le agrada. Sirva esto de consuelo de cuantos profesan obediencia.

Para que la obediencia sea perfecta, se ha de someter el juicio y la voluntad. Obedecer *con la voluntad* equivale a decir obedecer de buena voluntad y no a la fuerza, como los esclavos. Obedecer *con el juicio* equivale a conformar nuestro juicio con el del superior, sin ponernos a examinar lo que se nos ha mandado y por qué se nos mandó. De aquí que dijera Santa María Magdalena de Pazzi que «la perfecta obediencia pide un alma sin juicio». De igual modo, decía San Felipe Neri que para obedecer bien no basta con ejecutar lo que se ha ordenado, sino que se debe hacer sin reflexión teniendo por cosa cierta que lo que nos manda la obediencia es para nosotros lo más perfecto que podemos llevar a cabo, aun cuando lo contrario fuese más perfecto delante de Dios.

Y esto vale no sólo para los religiosos, sino también para los seglares que viven sometidos a la obediencia del director espiritual, a quien deben acudir para que les señale las reglas que han de seguir en sus asuntos espirituales o materiales; de este modo estarán seguros de hacer lo mejor en todo. Decía San Felipe Neri: «Quienes desean adelantar en los caminos de la virtud se someten a un experimentado confesor a quien obedecer en nombre de Dios. Quien así hace, esté seguro de no tener que dar cuenta a Dios de lo que haga». Y más adelante decía: «Téngase fe en el confesor, porque no consentirá el Señor que yerre y se equivoque, pues no hay cosa mejor, para escapar a los lazos del demonio, que someter, aun en buenas cosas, nuestra voluntad a la de otro; así como tampoco hay cosa más peligrosa que pretender regirse por el propio parecer».

Hablando San Francisco de Sales de la dirección espiritual, para andar seguro por los caminos de Dios, dice: «Éste es el principal de los documentos. Aun cuando andéis buscándolo, no lo encontraréis mejor –dice el devoto Ávila–, pues no daréis con otro camino tan cierto y seguro para hallar la voluntad de Dios como éste de la humilde obediencia, tan aconsejado y practicado por todos los antiguos ascetas». Lo mismo dicen San Bernardo, San Bernardino de Siena, San Antonino, San Juan de la Cruz, Santa Teresa, Juan Gersón y todos los teólogos y maestros de espíritu. Y levantar dudas contra esta verdad es, según San Juan de la Cruz, como dudar de la fe. De aquí que entre las máximas de San Francisco de Sales se hallen estas dos, que son de grande consuelo para las almas escrupulosas: «Nunca se ha perdido el verdadero obediente. Bástanos saber del director espiritual que vamos por buen camino, aunque ignoremos como vamos».

Enseñan varios doctores, tales como Gersón, San Antonino, Cayetano, Sánchez, Bonacina, Córdoba, Castropalao, los Salmanticenses y otros, que los escrupulosos están obligados con grave obligación a obrar contra los escrúpulos cuando hay fundados temores de que tales escrúpulos acarreen grave perjuicio al alma y hasta al cuerpo, como sería perder la salud o el juicio, razón por la cual los escrupulosos están mas obligados a poner mayor escrúpulo en la obediencia al confesor que en obrar contra los escrúpulos.

He aquí, pues, en conclusión, una suma de toda la perfección y vida devota: 1.°, negarse a sí mismo; 2.°, obedecer a la voluntad de Dios; 3.°, pedirle continuamente que nos dé fuerzas para ejecutar lo uno y lo otro.

Afectos y súplicas

¿Quién sino tú, hay para mí en los cielos? Y si contigo estoy, la tierra no me agrada [9]. Amado Redentor mío, amabilidad infinita, ya que bajasteis del cielo para daros todo a mí, ¿qué otra cosa puedo yo buscar en el cielo o en la tierra fuera de vos, que sois el sumo bien, el único bien digno de ser amado? Vos, Señor, que sois el único dueño de mi corazón, poseedlo completamente, y que mi alma a sólo vos ame, a vos sólo obedezca y trate de agradar. Gócense otros con las riquezas de este mundo, que yo sólo a vos quiero, pues vos sois y seréis mi riqueza en esta y en la otra vida. Os entrego, por tanto, Jesús mío, mi corazón y toda mi voluntad. Cierto que en lo pasado se rebeló contra vos, mas ahora os la consagro completamente. *Señor, ¿qué quieres que yo haga?* [10]. Decidme lo que queréis de mí y ayudadme, pues quiero hacerlo todo. Disponed de mí y de mis cosas como os agrade, que todo lo acepto y en todo me someto a vos.

¡Oh amor, digno de amor infinito!, vos me amasteis hasta morir por mí, y yo os amo con todo mi corazón, os amo más que a mí mismo y en vuestras manos encomiendo el alma mía. Renuncio a todo afecto mundano; quiero desprenderme de todo lo terreno y me consagro completamente a vos; aceptadme por los méritos de vuestra pasión y haced que os sea fiel hasta la muerte. Jesús mío, Jesús mío, quiero vivir para vos en adelante y no quiero amar nada fuera de vos ni buscar más que ejecutar vuestra voluntad. Asistidme con vuestra gracia.

María, esperanza mía, ayudadme con vuestra protección.

[1] *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo* (*Mt.*, XXII, 37).

[2] *Domine, quid me vis facere?* (*Act.*, IX, 6).

[3] *Et capillus de capite vestro non peribit* (*Lc.*, XXI, 18).

[4] *Non ventiles te in ommen ventum* (*Eccli.*, V, 11).

[5] *Domine, nonne in nomine tuo prophetavimus, et in nomine tuo daemonia eiecimus, et in nomine tuo virtutes multas fecimus?* (*Mt.*, VII, 22).

[6] *Nunquam novi vos, discedite a me qui operamini iniquitatem* (*ib.*, 26).

[7] *Dimittite eum ut maledicat iuxta praeceptum Domini* (*II Reg.* [*II Sam.*], XVI, 2).

[8] *Melior est enim obedientia quam victimae* (*I Reg.* [*Sam.*], XV, 22).

[9] *Quis praeter te mihi est in caelo? et si tecum sum, non delectat me terra* (*Ps.*, LXXII, 25. 26).

[10] *Domine, quid me vis facere?* (*Act.*, IX, 6).

CAPÍTULO XIV: QUIEN AMA A JESUCRISTO, TODO LO SUFRE POR JESUCRISTO, ESPECIALMENTE LAS ENFERMEDADES, LA POBREZA Y LOS DESPRECIOS

Caritas omnia suffer.
La caridad todo lo disimula (*I Cor.*, XIII, 7).

Hemos hablado en el capítulo 5 de la virtud de la paciencia en general. En éste trataremos de modo particular de algunas cosas en que conviene ejercitar especialmente la paciencia.

Decía el P. Baltasar Álvarez que no pensase el cristiano haber hecho nada de provecho hasta llegar a tener en el corazón como grabados los dolores, la pobreza y los desprecios de Jesucristo, para sobrellevar con amorosa paciencia todo dolor, pobreza y desprecio por amor a Jesucristo.

Hablemos, en primer lugar, de los dolores y de las enfermedades corporales, los cuales, soportados pacientemente, nos granjearán una corona de merecimientos.

I. De la paciencia en las enfermedades

Decía San Vicente de Paúl: «Si conociésemos el precioso tesoro encerrado en las enfermedades, las recibiríamos con aquella alegría con que se reciben los más insignes beneficios». Por lo cual, hallándose el Santo trabajado continuamente por tantas enfermedades, que a menudo no le dejaban reposo ni de día ni de noche, lo soportaba todo con tal paz y serenidad de rostro: sin la más mínima queja, que se diría no padecía mal alguno. ¡Ah, y cómo edifica el enfermo que sufre la enfermedad con el rostro sereno de un San Francisco de Sales, el cual, en sus enfermedades, se limitaba a exponer sencillamente al médico su mal, tomaba con escrupulosa exactitud los remedios que le recetaba, por desabridos que fuesen, y luego quedaba en paz, sin lamentarse de lo que padecía! ¡De cuán diversa manera obran los imperfectos, que, por cualquier malecillo que padecen, andan siempre lamentándose con todos y quisieran que todos, familiares y amigos, las rodearan compadeciendo sus males! Santa Teresa exhortaba así a sus religiosas: «Sabed sufrir un poquito por amor de Dios, sin que lo sepan todos». El venerable P. Luis de la Puente fue en un Viernes Santo regalado por Jesucristo con tantos dolores corporales, que no había en su cuerpo parte libre de particular tormento; contó a un su amigo este padecimiento, pero luego se arrepintió, de tal modo que hizo voto de no declarar a nadie lo que en adelante padeciese.

Dije que el Señor *le regaló,* porque los santos estimaban como regalos las enfermedades y dolores que el Señor les enviaba. Cierto día, San Francisco de Asís se hallaba en cama, acabado de dolores, y un compañero que le asistía le dijo: «Padre, ruegue a Dios que le alivie este trabajo y que no cargue tanto la mano sobre vos». Al oír esto, se lanzó prontamente el Santo de la cama y, arrodillado en tierra, se puso a dar gracias a Dios de aquellos dolores, y, vuelto al compañero, le dijo: «Sepa, hermano, que, si no supiese yo

que había hablado por sencillez, no quisiera volverlo a ver».

Enfermo habrá que diga: –A mí no me desagrada tanto padecer cuanto verme imposibilitado de ir a la iglesia para practicar mis devociones, comulgar y oír la misa; no puedo ir al coro a rezar el oficio con mis compañeros; no puedo celebrar, ni siquiera puedo hacer oración, por los dolores y desvanecimientos de cabeza. –Pero, por favor, dígame: y ¿para qué quiere ir a la iglesia o al coro? ¿Para qué ir a comulgar, a celebrar o a oír misa? ¿Para agradar a Dios? Pero si ahora no le agrada a Dios que rece el oficio, que comulgue ni que oiga misa, sino que lleve con paciencia en el lecho las penalidades de la enfermedad... Si esta mi respuesta no es de su agrado, es señal de que no busca lo que a Dios agrada, sino lo suyo. El venerable P. Maestro Ávila, escribiendo a un sacerdote que se quejaba de este modo, le dice: «No tantéis lo que hiciérades estando sano, mas cuánto agradaréis al Señor con contentaros con estar enfermo. Y si buscáis, como creo que buscáis, la voluntad de Dios puramente, ¿que más se os da estar enfermo que sano, pues que su voluntad es todo nuestro bien?».

Decís que no podéis hacer oración porque anda desconcertada la cabeza. Concedido: no podéis meditar, pero ¿y no podéis hacer actos de conformidad con la voluntad de Dios? Pues sabed que, si os ejercitáis en tales actos, tenéis la mejor oración que podéis tener, abrazando con amor los dolores que os afligen. Así lo hacía San Vicente de Paúl: cuando estaba gravemente enfermo, se ponía suavemente en la presencia de Dios, sin violentarse en aplicar el pensamiento en un punto particular, y se ejercitaba de cuando en cuando en algún acto de amor, de confianza, de acción de gracias y, más a menudo, de resignación, mayormente cuando con más fiereza le asaltaban los dolores. San Francisco de Sales decía que «las tribulaciones, consideradas en sí mismas, son espantosas; pero, consideradas como voluntad de Dios, son amables y deleitosas». ¿Que no podéis hacer oración? Y ¿qué mejor oración que repetir las miradas al crucifijo, ofreciéndole los trabajos que sufrís y uniendo lo poco que padecéis a los inmensos dolores padecidos por Jesucristo en la cruz?

Hallándose en cama cierta virtuosa señora, víctima de graves dolencias, una criada le puso en manos el crucifijo, diciéndole que rogase a Dios la librase de aquellos dolores; a lo que respondió la enferma: «Pero ¿cómo me pides ruegue a Dios que me baje de la cruz, teniéndole crucificado en mis manos? Líbreme Dios de ello, pues quiero padecer por el que padeció por mí dolores mayores que los míos». Que fue lo que el mismo Señor dijo a Santa Teresa, hallándose apretada de grave enfermedad, apareciéndosele todo llagado: «Mira estas llagas, que nunca llegarán aquí tu dolores». Por lo que la Santa solía decir después cuando le aquejaba cualquier enfermedad: «¡Oh Señor mío!, cuando pienso por qué de maneras padecistes y como por ninguna lo merecíades, no sé qué me diga de mí ni dónde tuve el seso cuando no deseaba padecer, ni adónde estoy cuando me disculpo». Santa Liduvina estuvo treinta y ocho años en continuos padecimientos de fiebres, gota, inflamación de la garganta y llagas por todo el cuerpo; pero, teniendo siempre ante la vista los dolores de Jesucristo, se la veía en cama alegre y jovial. Cuéntase también de San José de Leonisa que, teniendo el cirujano que hacerle una dolorosa operación, ordenó lo ataran para evitar los movimientos por efecto del dolor, y el Santo, tomando en manos el crucifijo, exclamó: «¿Para qué esas cuerdas y para qué esas ataduras? Éste es quien me hará soportar pacientemente todo dolor por amor suyo»; y así sufrió la operación sin proferir una queja. El mártir San Jonás, condenado a permanecer durante una noche dentro de un estanque helado, dijo por la mañana que nunca había pasado una noche tan tranquila como aquélla, porque se había representado a Jesucristo pendiente de la cruz, y así sus dolores, en

comparación con los de Cristo, se le habían hecho más bien regalos que tormentos.

¡Cuántos méritos se pueden alcanzar con sólo sufrir pacientemente las enfermedades! Le fue dado al P. Baltasar Álvarez ver la gloria que Dios tenía preparada para cierta religiosa ferviente que había sufrido con paciencia ejemplarísima la enfermedad, y decía que más había merecido aquella religiosa en ocho meses de enfermedad que otras de vida ejemplar en muchos años. Sufriendo con paciencia los dolores de nuestras enfermedades, se compone en gran parte, quizá la mayor, la corona que Dios nos tiene dispuesta en el paraíso. Esto precisamente se le reveló a Santa Liduvina, quien, después de haber sobrellevado tantas y tan dolorosas enfermedades como arriba se apuntó, deseaba morir mártir por Jesucristo, cuando cierto día que suspiraba por tal martirio vío una hermosa corona, pero no acabada aún, y oyó que se preparaba para ella, por lo que la Santa, deseosa de que se acabara, pidió al Señor que le aumentara los padecimientos. La escuchó el Señor y le envió unos soldados, que la maltrataron no sólo de palabra, sino apaleándola. Acto continuo se le apareció un ángel con la corona ya acabada, y le dijo que aquellos últimos tormentos habían terminado de engastar las perlas que faltaban, y poco después murió.

Para las almas que aman ardientemente a Jesucristo, los dolores e ignominias se tornan suaves y deleitables. De ahí que los santos mártires fuesen con tanta alegría al encuentro de los ecúleos, las uñas de hierro, las planchas ardientes y las hachas de los verdugos. El mártir San Procopio, cuando el tirano le atormentaba, le decía: «Atorméntame cuanto te plazca, pero ten por entendido que los amadores de Jesucristo nada estiman más precioso que padecer por su amor». San Gordiano, también mártir, decía al tirano que le amenazaba con la muerte: «Tú me amenazas con la muerte, pero lo que yo siento es no poder morir más que una vez por Jesucristo». Pero ¿por qué los mártires, pregunto yo, hablaban de esta manera? ¿Eran acaso insensibles a los tormentos o habían perdido el juicio? No, responde San Bernardo; no hizo esto la estupidez, sino el amor. No eran estúpidos, sino que sentían perfectamente los tormentos y dolores que les hacían padecer; pero, porque amaban a Jesucristo tenían a gran ganancia sufrir tanto y perderlo todo, aun la misma vida, por su amor.

En tiempo de enfermedad debemos, sobre todo, estar dispuestos a aceptar la muerte, y la muerte que a Dios le plazca. Tenemos que morir y alguna ha de ser nuestra última enfermedad; así que en cada una de ellas habemos de estar dispuestos a abrazar la que Dios nos tenga aparejada. Pero dirá algún enfermo: «Yo cometí muchos pecados y no hice penitencia de ellos, por lo que quisiera vivir, no por vivir, sino para satisfacer a la justicia divina antes de morir». Pero dime, hermano mío, ¿cómo sabes que viviendo harás penitencia y no serás peor de lo que antes fuiste? Ahora puedes esperar de la misericordia divina que te habrá perdonado. ¿Qué mayor penitencia que estar pronto a aceptar resignadamente la muerte si tal es la voluntad de Dios? San Luis Gonzaga, muerto en la juventud de los veintitrés años, se abrazó alegremente con la muerte, diciendo: «Ahora confío hallarme en gracia de Dios, y como ignoro lo que después acontecerá, muero contento si al Señor le place llamarme ahora a la otra vida». El P. Maestro Ávila decía «que cualquiera que se hallase con mediana disposición debía antes desear la muerte que la vida, por razón del peligro en que se vive, que todo cesa con la muerte».

Además, en este mundo no se puede vivir, debido a nuestra natural debilidad, sin cometer algún pecado, al menos venial; aun cuando no sólo fuera más que para evitar el peligro de ofender a Dios venialmente, deberíamos abrazarnos alegremente con la muerte. Por otra parte, si amamos verdaderamente a Dios, debíamos suspirar ardientemente por

verle en el paraíso y amarle con todas nuestras fuerzas, cosa que no se puede hacer perfectamente en esta vida; pero si la muerte no nos abre aquella puerta, no podremos entrar en la dichosa patria del amor. Por esto exclamaba el enamorado de Dios, San Agustín: «¡Ea, Señor, muérame yo para contemplarte!». Señor, permitidme morir, pues si no muero, no puedo llegar a veros y amaros cara a cara.

II. De la paciencia en la pobreza

Es menester, en segundo lugar, ejercitar la paciencia cuando nos faltan los bienes temporales. Decía San Agustín: «Quien no tiene a Dios no tiene nada, y quien a Dios tiene, lo tiene todo». Quien posee a Dios y está unido a su voluntad, halla en Dios toda suerte de bienes. Ved a un San Francisco, descalzo, vestido de saco y pobre en todo, que, al decir: «Mi Dios y mi todo», se siente más rico que todos los monarcas de la tierra. Se llama pobre el que desea los bienes de que carece, y plenamente rico el que no desea cosa alguna, sino que se contenta con su pobreza. De estos tales dice San Pablo: *Como pobres, pero que a muchos enriquecen* [1]. Nada tienen y lo tienen todo los verdaderos amantes de Dios, porque, cuando les faltan los bienes terrenales, se complacen en repetir: *Jesús mío, tú solo me bastas,* y quedan con ello plenamente satisfechos.

Los santos no sólo soportaron pacientemente su pobreza, sino que se despojaron de todo para vivir desprendidos y unidos solamente a Dios. Si carecemos de ánimo para renunciar a todos los bienes de la tierra, al menos contentémonos con el estado en que nos colocó el Señor, dirigiendo nuestra solicitud no a amontonar riquezas terrenas, sino las celestiales, que son eternas e inmensamente mayores, por ser eternas. Persuadámonos de lo que dice Santa Teresa: «Mientras menos tuviéremos acá, más gozaremos en aquella eternidad».

Decía San Buenaventura que la abundancia de los bienes temporales es a manera de liga del alma, que impide volar hacia Dios; al paso que San Juan Clímaco afirmaba que «la pobreza es el más apropiado camino para dirigirse a Dios sin tropiezo». El mismo Redentor llamaba *bienaventurados (a) los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos* [2]. A las demás bienaventuranzas, a los mansos y a los limpios de corazón, les prometió el cielo para el porvenir; pero a los pobres les prometió el cielo, esto es, el gozo celestial, aun en esta vida: *de ellos es el reino de los cielos;* sí, porque aun en esta vida los pobres disfrutan de anticipado paraíso. Entiéndese aquí por *pobres en el espíritu* no sólo quienes carecen de riquezas terrenas, sino más bien los que no las desean, viviendo contentos al tener lo suficiente para alimentarse y vestirse, como nos exhorta el Apóstol: *Y como tengamos alimentos y abrigos, con eso nos contentaremos* [3]. «¡Dichosa pobreza –exclamaba San Lorenzo Justiniano–, que nada posee y nada teme! Siempre está alegre y siempre vive en la abundancia, y cuantas incomodidades sufre las pone todas al servicio del alma». San Bernardo decía que «el avaro tiene sed de lo terreno como el mendigo; mientras que el pobre lo desprecia todo, como dueño y señor».

Cierto día dijo Jesucristo a la Beata Ángela de Foligno: «Si no fuese la pobreza un gran bien, no la habría yo elegido para mí ni la hubiera dejado en herencia a mis elegidos». En efecto, los santos amaron tanto la pobreza porque consideraron a Jesucristo pobre. Dice San Pablo que el deseo de hacerse ricos es lazo del demonio, con el que ha logrado la perdición de no pocos hombres: *Los que pretenden ser ricos caen en la tentación y en el*

lazo y en muchas codicias insensatas y perniciosas, las cuales hunden a los hombres en el abismo de la ruina y de la perdición [4]. ¡Infelices quienes por los míseros bienes de este mundo pierden el bien infinito, que es Dios!

Sobrada razón tuvo San Basilio, mártir, cuando el emperador Licinio le propuso, si renegaba de Cristo, hacerlo príncipe de sus sacerdotes, a lo que el Santo respondió: «Decid al emperador que, aun cuando me diera todo su imperio, no me daría tanto cuanto me quitaría haciéndome perder a Dios». Dios, pues, nos debe bastar y los bienes que nos da; regocijémonos, pues, cuando nos veamos pobres y faltos de lo que deseáramos tener y no tenemos, que en esto está el mérito. «No es reputada la pobreza por virtud –decía San Bernardo–, sino el amor de la pobreza». Pobres hay muchos, mas por cuanto no se abrazan con la pobreza, nada merecen; de ahí que dijese San Bernardo que la virtud de la pobreza no consiste en ser pobre, sino en amar la pobreza.

Este amor a la pobreza han de tenerlo, sobre todo, las personas religiosas que la profesaron. Muchos religiosos, continúa San Bernardo, «quieren ser pobres, pero sin que les falte nada». Estos tales, añade San Francisco de Sales, «quieren los honores de la pobreza, pero no sus incomodidades», pudiéndoseles aplicar lo que la Beata Salomé, clarisa, solía decir: «Será objeto de burla para los ángeles y los hombres la religiosa que pretenda ser pobre y se queje cuando le falte algo». No obran así las religiosas edificantes, sino que aman su pobreza más que cualquier otro bien. La hija del emperador Maxilimiano II, clarisa descalza, llamada sor Margarita de la Cruz, compareciendo ante el archiduque Alberto, su hermano, con hábito remendado, vio que éste se admiraba, como de cosa impropia de su nobleza, por lo que acudió ella: «Hermano mío, has de saber que me hallo más contenta con este andrajo que todos los monarcas con sus púrpuras». Santa María Magdalena de Pazzi decía: «¡Dichosos los religiosos que, desprendidos de todo, mediante la santa pobreza, pueden en verdad decir: *El Señor es la parte de mi herencia* [5] y todo mi bien!». Santa Teresa, habiendo recibido de un piadoso mercader varias limosnas, le mandó decir que su nombre estaba escrito en el libro de la vida, y le dio por prenda de ello la pérdida de sus bienes terrenos; el mercader cayó, efectivamente, de su grandeza y vivió pobre hasta la muerte. Decía San Luis Gonzaga que no hay señal más cierta de pertenecer uno al número de los elegidos que verle temeroso de Dios y probado al mismo tiempo con trabajos y desolaciones en este mundo.

En alguna manera entra también en la virtud de la pobreza verse privado en esta vida de parientes y amigos, y también en esto hay que ejercitar la paciencia. Algunos hay que, al perder un pariente o un amigo, pierden la tranquilidad, se encierran a llorar en su casa y, dándose a la tristeza, se tornan de tal modo impacientes, que se hacen inaguantables. ¿Queréis saber a quién dan gusto estos tales con tanto derramar lágrimas y afligirse tan amargamente? ¿A Dios? A Dios no, porque Dios quiere que nos conformemos con su voluntad. ¿Al alma cuya pérdida lloran? Tampoco, porque o está en el cielo, deseando se dé con ella gracias a Dios, o en el purgatorio, deseando que la socorráis con vuestras oraciones y os conforméis con la voluntad divina y os santifiquéis, a fin de reuniros un día con ella en el paraíso. Por eso, ¿de qué vale tanto llorar? El Venerable P. José Caracciolo, teatino, cuando se le murió un hermano, hallándose rodeado de los parientes, que no cesaban de llorar, les dijo: «¡Ea!, dejemos estas lágrimas para algo más provechoso, para llorar la muerte de Jesucristo, que era nuestro padre, nuestro hermano y nuestro esposo, y murió por amor nuestro». En semejantes ocasiones obremos como el Santo Job, quien, al oír la noticia de que se le habían muerto los hijos, exclamó, conforme del todo con la voluntad de Dios: *¡Yahveh lo dio y Yahveh lo ha quitado!* [6]. Dios me dio estos hijos y Dios me los quitó. *El*

nombre de Yahveh sea bendito [7]. Todo cuanto acaba de acontecerme ha sido del agrado divino, por eso lo es también del mío, por lo que siempre lo bendeciré.

En tercer lugar, habemos de ejercitar la paciencia y demostrar nuestro amor a Dios, sufriendo con paz y alegría los desprecios que de los hombres recibimos.

III. De la paciencia en los desprecios

Cuando el alma se consagra del todo a Dios, suele Dios hacer o permitir que sea perseguida o vilipendiada. Cierto día apareció un ángel al Beato Enrique Susón y le dijo: «Enrique, hasta ahora te mortificaste a tu gusto, ahora te mortificarás a gusto de los demás». Mirando al día siguiente por una ventana, vio a un perro que andaba destrozando un trapo y oyó una voz que decía: «Así será hecha jirones tu reputación por boca de los hombres». Enrique bajó entonces y recogió los jirones, que conservó para consuelo suyo cuando llegaran los días de los trabajos que se le predecían.

Los baldones e injurias son las delicias que anhelan los santos. San Felipe Neri padeció en casa de San Jerónimo, en Roma, treinta años de malos tratamientos que algunos le dirigían, razón por la cual no quería abandonarla e ir al nuevo oratorio de la *Chiesa Nuova,* por él fundado, en que vivían sus queridos hijos, que le invitaban a retirarse allí con ellos, hasta que el Papa se lo ordenó con mandamiento formal. San Juan de la Cruz, obligado a mudar de aires, debido a la enfermedad que lo llevó a la tumba, en vez de escoger monasterio cómodo y gobernado por un superior que lo estimaba mucho, eligió uno pobre que tenía por superior un adversario suyo, que por mucho tiempo, casi hasta el fin de la vida, lo maltrató y vilipendió de diversas maneras, llegando a prohibir a los religiosos fuesen a visitarlo. En esto ponían su placer los santos, en andar a la búsqueda de vilipendios. Santa Teresa escribió esta memorable máxima: «En esta casa y aun toda persona que quisiere ser perfecta, huya mil leguas de «razón tuve», «hiciéronme sinrazón», «no tuvo razón quien esto hizo conmigo»; de malas razones nos libre Dios. ¿Parece que había razón para que nuestro buen Jesús sufriese tantas injurias, y se las hiciesen, y tantas sinrazones? La que no quisiere llevar cruz, sino la que le dieren muy puesta en razón, no sé yo para qué está en el monasterio; tórnese al mundo, adonde aun no le guardarán esas razones». Célebre fue la respuesta del Crucifijo al mártir San Pedro, que se lamentaba de que con tamaña sinrazón se le encarcelaba, sin haber hecho mal alguno: «Y yo, ¿que mal hice –le preguntó el Señor–, para verme crucificado y muriendo por los hombres?».

¡Oh, cómo se consuelan los santos, cuando son injuriados, recordando las ignominias que padeció Jesucristo por nosotros! Interrogado San Eleázaro por su esposa cómo podía tolerar tan pacientemente cuantas injurias le dirigían hasta sus mismos criados, respondió: «Me pongo a considerar los desprecios de Jesús, y veo que, comparados los míos con los suyos, son nonada, y así Dios me da fortaleza para sobrellevarlos tranquilamente». En suma, las afrentas, la pobreza, los dolores y el resto de las tribulaciones que caen sobre el alma que no ama a Dios, le son ocasión para apartarse más de Él; pero, cuando caen sobre un alma que ama a Dios, son vínculo que más estrechamente la obligan a unirse con Él y amarlo cada vez más. *Grandes aguas no podrían apagar el amor* [8]. Los trabajos, aun cuando sean muchos y graves, no sólo no extinguen, sino que aumentan las llamas de la caridad en el corazón que no ama más que a Dios.

Mas ¿por qué nos carga Dios con tantas cruces y se complace en vernos atribulados,

vilipendiados, perseguidos y maltratados por el mundo? ¿Es acaso un tirano, de condición tan cruel que se complazca en vernos padecer? No; ni es tirano Dios ni de cruel condición, sino todo piedad y amor hacia nosotros; baste sólo pensar que nos amó hasta morir por nosotros. Sí que se complace en vernos padecer, pero por nuestro bien, para que, padeciendo en esta vida, nos veamos libres de padecer en la otra por las deudas que hemos contraído con la divina justicia; se complace porque quiere desasirnos de los placeres sensibles de este mundo, como la madre, que, cuando quiere destetar al niño, pone acíbar en el pecho para que le cobre aborrecimiento; se complace porque, sufriendo con paciencia y resignación, le damos alguna prueba de nuestro amor; y se complace, finalmente, porque con el padecimiento conquistamos mayor gloria para el paraíso. He aquí los fines, todos de compasión y de amor, por los que el Señor se complace en vernos padecer.

Concluyamos este capítulo. Para ejercitar bien la santa paciencia en todo género de tribulaciones que nos acometan, es menester convencernos de que todos los trabajos nos vienen de la mano de Dios, o bien directa o indirectamente por medio de los hombres. Por tanto, cuando nos veamos atribulados, agradezcámoselo al Señor y aceptemos con alegría de ánimo cuanto Él se sirva disponer para nuestro bien. *Dios coordena toda su acción al bien de los que le aman* [9]. Además, cuando nos aflija cualquier trabajo, recordémonos del infierno que merecimos un día, ya que toda penalidad, comparada con las del infierno, será siempre infinitamente menor. Mas para sufrir con paciencia todo género de dolores, baldones y contrariedades, sobre todas las consideraciones, está la oración, con que alcanzaremos la ayuda y socorro divino que suplirá nuestra flaqueza. Así hicieron los santos, poniéndose en manos de Dios para superar toda suerte de persecuciones y tormentos.

Afectos y súplicas

Señor, estoy firmemente persuadido de que sin padecer y sufrir con paciencia no lograré conquistar la corona del paraíso. David decía: *De Él viene mi esperanza* [10]. Lo mismo digo yo: de vos me ha de venir la paciencia en el padecer. Me propongo aceptar con paz todas las tribulaciones, y, cuando sobrevienen, me contristo y desaliento; y si algo sufro, lo sufro sin merecimiento, sin amor, porque no sé sufrirlo por agradaros. Por favor, pues, Jesús mío, y por los merecimientos de vuestra paciencia al sufrir tantas penalidades por amor mío, concededme la gracia de sufrirlo todo por amor vuestro.

Os amo con todo mi corazón, querido Redentor mío; os amo, sumo bien mío; os amo, amor mío, digno de infinito amor.

Me arrepiento sobre todo otro mal de cuantos disgustos os he proporcionado.

Os prometo aceptar resignadamente cuantos trabajos os dignéis enviarme, pero de vos espero el socorro para cumplir con esta resolución, especialmente para sufrir con paz los dolores de mi agonía y muerte.

Reina mía, María, alcanzadme verdadera resignación en cuanto me reste que sufrir en la vida y en la muerte.

[1] *Nihil habentes et omina possidentes* (*II Cor.,* VI, 10).

[2] *Beati pauperes spiritu, quoniam ipsorum est regnum caelorum* (*Mt.*, V, 3).

[3] *Habentes autem alimenta et quibus tegamur, his contenti simus* (*I Tim.*, VI, 8).

[4] *Qui volunt divites fieri, incidunt in tentationem, et in laqueum diaboli, et desideria multa inutilia et nociva, quae mergunt homines in interitum et perditionem* (*I Tim.*, VI, 9).

[5] *Dominus pars hereditatis meae* (*Ps.*, XV, 5).

[6] *Dominus dedit, Dominus abstulit* (*Iob*, I, 21).

[7] *Sit nomen Domini benedictum* (*íd.*).

[8] *Aquae multae non potuerunt exstinguere caritatem* (*Cant.*, VIII, 7).

[9] *Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum* (*Rom.*, VIII, 28).

[10] *Ab ipso venit quod spero* (*Ps.*, LXI, 6).

CAPÍTULO XV:
QUIEN AMA A JESUCRISTO, CREE CUANTO ÉL HA DICHO

Caritas omnia credit.
La caridad todo lo cree (*I Cor.*, XIII, 7).

El amante da crédito a cuanto dice el amado; de ahí que cuanto mayor sea el amor del alma a Jesucristo, tanto mayor y más firme sea su fe. El buen ladrón, al ver a nuestro Redentor muriendo en cruz, sin haber hecho nada malo, y padeciendo con tanta paciencia, comenzó a amarlo, y luego, cautivo de tal amor e iluminado de divinas luces, creyó que era verdaderamente el Hijo de Dios, acabando por rogarle se acordara de él cuando estuviera en su reino.

La fe es el fundamento de la caridad, sobre la que se funda; pero la caridad es la que perfecciona la fe; aquel cree con más firme y viva fe que con más intenso amor ama a Dios. La caridad hace que el hombre crea, no sólo con el entendimiento, sino también con la voluntad; hay muchos que creen con sólo el entendimiento y no con la voluntad, como los pecadores, que tienen por muy ciertas las verdades de la fe y a vuelta de ello se niegan a vivir conforme a los divinos mandamientos; estos tales están muy débiles en la fe; si la tuvieran viva, creyendo que la divina gracia es el mayor de todos los bienes y que el pecado es el mayor de todos los males, en cuanto que priva de la divina gracia, ciertamente mudarían de vida. Y si prefieren los bienes de esta vida terrena al mismo Dios, es señal de que no creen o creen con fe muy amortiguada. Quien, por el contrario, cree, no sólo con el entendimiento, sino también con la voluntad, de suerte que no sólo cree, sino que cree con gusto y se goza en ello, por el amor que tiene a Dios, éste cree con perfección y se afana por conformar su vida con las verdades que cree.

La falta de fe en quienes viven en pecado no nace de la oscuridad de la fe, porque, si bien las verdades que enseña son, por voluntad de Dios, oscuras para nosotros e impenetrables, a fin de que en el creer tuviéramos mérito, sin embargo, las verdades de la fe se manifiestan con tales señales y de tal manera brillan a nuestros ojos, que el no prestar asentimiento a ellas no sólo sería imprudencia, sino también impiedad y locura. La debilidad de la fe de algunos trae su origen de sus corrompidas costumbres. Quien tiene en poco la amistad de Dios y la desprecia por no privarse de los placeres vedados, quisiera que no hubiese ley que los prohibiera ni castigo para el pecador, y por esto procura apartar la vista de las verdades eternas, de la muerte, del juicio, del infierno y de la justicia divina; y como tales verdades les espantan y emponzoñan amargamente sus deleites, ponen en tortura su cabeza para buscar argumentos, al menos aparentes, con el fin de persuadirse y quererse convencer de que no existen ni alma, ni Dios, ni infierno, para poder vivir y morir como las bestias, que carecen de ley y de razón.

De esta misma fuente, esto es, de las relajadas costumbres, brotaron, y cada día están brotando, tantos libros y sistemas impíos: el materialismo, indiferentismo, deísmo, naturalismo, ateísmo, antiprovidencialismo, sosteniendo que Dios, una vez creado el hombre, no se preocupa de él, le ame o le ofenda, se salve o se condene; otros hay que niegan la bondad divina, defendiendo que Dios creó muchas almas para condenarlas, induciéndolas al pecado para que se condenen y vayan a maldecirlo por siempre al fuego eterno.

¡Oh ingratitud y perversidad de los hombres! Dios los crió por su infinita misericordia para hacerlos eternamente felices en el cielo; los iluminó con tantas luces de lo alto, los colmó de beneficios y de gracias para que pudieran alcanzar la eterna bienaventuranza; con este mismo fin los redimió a puros dolores y con tanto amor, y ellos se esfuerzan en negarlo todo, para vivir a su antojo y encenagados en los vicios. Pero no, que, por mucho que se fatiguen estos desgraciados, no podrán librarse del remordimiento de su mala conciencia ni del temor de la justicia divina.

Sobre este mismo asunto publiqué no hace mucho una obra, titulada *La verdad de la fe,* en la que probé con claridad el poco fundamento de todos los sistemas de estos incrédulos modernos. ¡Oh si renunciasen a sus vicios y se diesen al amor de Jesucristo, entonces ya no pondrían en tela de juicio las verdades de la fe y creerían firmemente todas la verdades reveladas por Dios!

Quien ama a Jesucristo de todo corazón tiene siempre ante los ojos la consideración de las máximas eternas, y conforme a ellas dirige sus acciones. Quien ama a Jesucristo, ¡cuán bien comprende el dicho del Sabio: *Vanidad de vanidades, todo es vanidad* [1]!; que todas las grandezas terrenas son humo, engaño y podredumbre; que el único bien y la felicidad del alma consiste en amar a su Creador y cumplir su voluntad; que tanto somos cuanto somos ante Dios; que de poco vale ganar todo el mundo si se pierde el alma; que todos los bienes terrenos no pueden satisfacer plenamente el corazón humano, sino sólo Dios; en una palabra, que hay que dejarlo todo para ganarlo todo.

La caridad todo lo cree. Cristianos hay que no son tan perversos como los que acabamos de citar, que quisieran no creer en nada para darse con más desenfreno a los vicios y sin género alguno de remordimientos; otros, repito, creen, pero su fe es lánguida; creen en los sagrados misterios, creen las verdades reveladas en el Evangelio, la Trinidad, la redención, los sacramentos y demás, pero no las creen todas. Jesucristo dijo: *Bienaventurados los pobres* [2]; *Bienaventurados los que están afligidos* [3]; *Bienaventurados los que se mortifican; Bienaventurados los que son perseguidos, murmurados y maldecidos por los hombres* [4]. Así habla Jesucristo en el Evangelio. Y ¿cómo podrá decirse que creen el Evangelio quienes dicen: Bienaventurados los que tienen dinero, bienaventurados los que no sufren; bienaventurados los que se divierten, desgraciados los que son perseguidos y maltratados por los demás hombres? De éstos hay que decir que o no creen en el Evangelio o que creen sólo en parte. Quien cree por completo en el Evangelio estima como honra y merced de Dios en la tierra ser pobre, estar enfermo, vivir mortificado, despreciado y maltratado por los hombres. Así cree y así dice quien cree cuanto se dice en el Evangelio y ama de corazón a Jesucristo.

Afectos y súplicas

Amado Redentor mío, vida del alma mía, creo que sois el único bien digno de ser amado. Creo que sois el mayor amador de mi alma, pues vos sólo por mi amor habéis muerto acabado de dolores. Creo que en esta vida y en la otra puede caberme en suerte mejor fortuna que amaros y cumplir vuestra voluntad. Todo lo creo firmemente, y por eso renuncio a todo para entregarme totalmente a vos y no desear nada más que a vos. Por los méritos de vuestra pasión, ayudadme y hacedme ser lo que deseáis que sea.

¡Oh verdad infalible!, en vos creo; ¡oh misericordia infinita!, en vos confío; ¡oh infinita bondad!, os amo; a vos me entrego sin reserva, amor infinito, ya que os habéis dado todo a mí en vuestra pasión y en el sacramento del altar.

A vos me encomiendo, Madre de Dios, María, y refugio de pecadores.

[1] *Vanitas vanitatum, et omnia vanitas* (*Eccl.*, I, 2).
[2] *Beati pauperes* (*Lc.*, VI, 20).
[3] *Beati qui lugent* (*Mt.*, V, 5).
[4] *Beati estis cum maledixerint vobis... et dixerint omne malum adversum vos* (*ib.*, 2).

CAPÍTULO XVI:
QUIEN AMA A JESUCRISTO, TODO LO ESPERA DE ÉL

Caritas omnia sperat.
La caridad todo lo espera (*I Cor.*, XII, 7).

La esperanza hace crecer la caridad y ésta hace aumentar la esperanza. Esperar en la bondad divina, ciertamente acrecienta el amor a Jesucristo, y es sentencia de Santo Tomás que, desde el punto en que esperamos algún bien de otro, comenzamos ya a amarlo. Por esto no quiere el Salvador que pongamos nuestra confianza en las criaturas: *No pongáis la esperanza en los príncipes* [1]; y hasta maldecir a quien confía en las criaturas: *Maldito el hombre que confía en el hombre* [2]. No quiere Dios que confiemos en las criaturas, porque no quiere que pongamos en ellas nuestro amor. San Vicente de Paúl decía: «Estemos sobre aviso para no fundarnos sobre la protección de los hombres, porque cuando el Señor ve que nos apoyamos en ella se aparta de nosotros. Por el contrario, cuanto más confiemos en Dios, tanto más adelantaremos en su amor». *De tus mandatos correré en la senda al ensancharme tú el corazón* [3]. Y ¡cuán veloz corre por los caminos de la perfección quien tiene el corazón dilatado por la confianza en Dios! No sólo corre, sino que vuela, porque, teniendo puesta toda su confianza en el Señor, dejará de ser débil como antes y llegará a ser fuerte, con la fortaleza que Dios comunica a quienes en Él confían. *Los que esperan en Yahveh renuevan las fuerzas, remontan el vuelo como águilas, corren y no se fatigan, andan y no se cansan* [4]. El águila, cuanto más alto vuela, más se aproxima al sol; e igual el alma, que cuanto más se apoya en la confianza en Dios, más se desprende de la tierra y más se une a Él por el amor.

Ahora bien, así como la esperanza contribuye a aumentar el amor a Dios, también recíprocamente éste aumenta la esperanza, porque la caridad nos torna hijos adoptivos de Dios. En el orden de la naturaleza somos hechura de sus manos, y en el orden sobrenatural venimos a ser, por los méritos de Jesucristo, hijos adoptivos de Dios y participantes de la naturaleza divina, como se expresa San Pedro. *Para que... os hagáis participantes de la divina naturaleza* [5]. Y si la caridad nos hace hijos de Dios, nos hace también herederos del paraíso, como habla San Pablo: *Y si hijos, también herederos* [6]; pues es propio que los hijos habiten la casa del padre, que los herederos perciban la herencia, razón por la cual la caridad aumenta la esperanza del paraíso. De aquí que las almas amantes no cesen de repetir: *Venga, venga el tu reino* [7].

Por otra parte, Dios ama a quien le ama [8], y colma de gracias a quien con amor le busca [9]. Por lo que, en consecuencia, quien más ama a Dios, más espera en su bondad. Y de esta esperanza nace en los santos aquella inalterable tranquilidad que les conserva en perpetua alegría y paz aun en medio de las adversidades; porque, amando a Jesucristo y sabiendo cuán largo es y liberal de sus dones con los que le aman, confían en Él y sólo en Él hallan reposo. Por esta razón precisamente la esposa de los Cantares rebosaba en delicias, porque, al no amar más que a su amado, sólo en Él descansaba; y sabiendo lo agradecido que es con quien le ama, no cabía en sí de gozo, por lo que de ella se escribió: *¿Quién es ésa que sube del desierto apoyada en su amado?* [10]. Razón tenía el Sabio al decir: *Me vinieron los bienes a una todos con ella* [11], porque con la caridad vienen al alma toda suerte de bienes.

El objeto primario de la esperanza cristiana es la posesión de Dios en el cielo. Y no creamos que la posesión de Dios en el paraíso sea obstáculo a la caridad, porque la esperanza del paraíso está unida inseparablemente a la caridad, la cual en el cielo llega a su cabal perfeccionamiento. La caridad es aquel tesoro infinito que, como dice el Sabio, nos hace amigos de Dios [12]. El angélico Santo Tomás escribe que la amistad tiene por fundamento la comunicación de bienes, porque, no siendo la amistad más que un amor recíproco entre los amigos, es necesario que entre ellos se establezca la comunicación de bienes, como a cada uno conviene. Por eso decía el Santo: *Si no hay comunicación alguna, tampoco habrá amistad;* y por eso también dijo Jesús a sus discípulos: *A vosotros os he llamado amigos, pues todas las cosas que de mi Padre oí os las di a conocer* [13]. Porque había hecho a los apóstoles amigos suyos, por eso les había comunicado todos sus secretos.

Dice San Francisco de Sales: «Suponiendo, por un imposible, que hubiese una bondad infinita, es decir, un Dios del cual no tuviésemos dependencia alguna ni con el cual pudiéramos tener unión ni comunicación de ningún género, ciertamente que la habíamos de tener en mayor aprecio y estima que a nosotros mismos y nos inclinaría a amarle; pero en hecho de verdad no le amaríamos, porque el amor pide unión; la caridad, en efecto, es amistad, y la amistad tiene por fundamento la comunicación y por fin la unión». Por tanto, enseña Santo Tomás que la caridad no excluye el deseo de alcanzar las mercedes que Dios en el cielo nos tiene preparadas, sino que las hace considerar como el objeto principal de nuestro amor, que es el mismo Dios, que se deja ver y gozar de sus escogidos; porque es propio de la amistad que el amigo disfrute con el bien de su amigo.

Ésta es aquella mutua comunicación de dones de la que hablaba la esposa de los Cantares: *Mi amado es mío y suya yo* [14]. El alma se da del todo a Dios en el cielo, y Dios se da del todo al alma, en cuanto ella es capaz y conforme a la medida de sus merecimientos. Mas, conociendo el alma su pura nada, comparada con la infinita amabilidad de Dios, y viendo, por consiguiente, que merece infinitamente más ser amado de ella que ella merece serlo de Dios, desea más lo que Dios quiere que su satisfacción propia, y por eso más se goza en darse toda a Dios para complacerle que en darse Dios todo a ella; y en tanto se complace que Dios se dé todo a ella, en cuanto que, inflamada con esa comunicación, se da toda a Dios con más intenso amor. Goza ya de la gloria que Dios le comunica, pero su disfrute está en devolverlo todo a Dios, contribuyendo así, en cuanto en su mano está, a aumentarle su gloria. Viendo el alma a Dios en el cielo, no puede menos de amarlo con todas sus fuerzas. Dios, por su parte, no puede aborrecer a quien le ama; y si, por un imposible, pudiera Él aborrecer al alma que le ama, y el alma bienaventurada pudiera vivir en el cielo sin amar a Dios, más presto se contentaría con padecer todas las penas del infierno, con tal de que le fuera dada licencia de amarlo, aun odiándola Él, que con vivir sin amarle aun disfrutando todas las delicias del paraíso. Sí, porque, teniendo el alma cabal conocimiento de que Dios merece ser amado infinitamente más que ella, desea mucho más amar a Dios que ser amada de Él.

La caridad todo lo espera. La esperanza cristiana, como la define Santo Tomás con el Maestro de las Sentencias, «es una expectación cierta de la eterna bienaventuranza». La certidumbre nace de la infalible promesa de Dios de otorgar la vida eterna a sus fieles servidores. Pues bien, la caridad, así como quita el pecado, quita también los estorbos que impiden la consecución de la bienaventuranza eterna; y de ahí que cuanto más encendida sea la caridad, más firme y segura torne a nuestra esperanza, la cual, por el contrario, no puede ser obstáculo a la pureza del amor, puesto que el amor, como enseña San Dionisio Areopagita, por su naturaleza tiende a la unión con el objeto amado, o, como dice San

Agustín, «es a manera de cadena de oro que une entre sí a los amantes». Y como quiera que esta unión no pueda realizarse a distancia, por eso, el que ama desea estar siempre junto al amado. Alejada la sagrada esposa de su amado desfallecía y conjuraba a sus compañeras que le diesen a entender su pena, para que con su presencia fuese a consolarla: *Yo os conjuro, hijas de Jerusalén, si halláis a mi amado, ¿qué le habéis de anunciar? Que estoy enferma de amor* [15]. El alma que ama mucho a Jesucristo no puede vivir en la tierra sin desear y esperar ir pronto al cielo a unirse con su amado Señor.

De ahí que el desear ir a ver a Dios en el cielo, no tanto por el gozo que experimentaremos amándole, cuanto por el contento que amándole le daremos, sea un acto puro y perfecto de amor. Ni el gozo que experimentan los bienaventurados amando a Dios en el cielo es contrario a la pureza de su amor, porque tal gozo es inseparable de la caridad; y también más se complacen los santos del cielo en el amor que profesan a Dios que en el placer que experimentan amándole. Dirá tal vez alguno: «Desear mercedes es amor de concupiscencia y no de amistad». Pero distingamos las mercedes temporales que prometen los hombres y las celestiales que tiene Dios prometidas a quienes le aman. En las que dan los hombres, distínguense la persona de la cosa que da, porque, cuando un hombre da a otro una recompensa, no se da a sí, sino solamente sus bienes, en tanto que la principal merced que da Dios a los elegidos es a sí mismo: *Tu soldada será sobremanera grande* [16]. Por donde desear el paraíso es igual que desear a Dios, que es nuestro último fin.

Quiero presentar aquí una duda que puede fácilmente asaltar al alma que ama a Dios y que en todo desea conformarse con su santa voluntad. Si por maravilla tuviera revelación de su condenación eterna, ¿estaría obligada a aceptarla para conformarse en un todo con la voluntad de Dios? «No –responde Santo Tomás–, pues consintiendo en ello cometería pecado, porque sería lo mismo que consentir vivir en un estado al cuál va unido inseparablemente el pecado, y esto es opuesto al último fin que Dios le señaló, puesto que no crió almas para el infierno, donde le odien, sino para el cielo, donde le amen; de ahí que no quiera Dios la muerte del pecador, sino que se convierta y se salve. Añade el santo Doctor que el Señor no quiere que nadie se condene sin pecado, y, «por tanto, consentir en la final reprobación no sería conformar su voluntad con la de Dios, sino estar sujeto al pecado». Empero, si Dios, previendo el pecado de alguien, hubiese contra él decretado la eterna condenación, y tal determinación le fuere revelada, ¿estaría obligado a conformarse con ella? «De ninguna manera –vuelve a insistir el Angélico en el citado lugar–, porque en esta revelación debiera considerar, no un decreto irrevocable, sino una amenaza y conminación, dado caso de continuar en pecado».

Pero apartemos de nuestra mente pensamientos tan sombríos, que no sirven más que para resfriar nuestra esperanza y nuestro amor. Amemos a Jesucristo cuanto podamos en este mundo; suspiremos a cada momento por verle en el paraíso para amarle allí con amor perfecto, y sea el principal objeto de nuestras esperanzas el subir al cielo para amarle allí con todas nuestras fuerzas. Cumplamos en esta vida con el precepto de amar a Dios con todo el ardor que nos sea dable: *Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu fuerza, y con toda tu mente* [17], aun cuando diga el Angélico que tal precepto no se pueda cumplir con toda su perfección en la tierra. Solamente Jesucristo, que fue Dios y hombre, y María Santísima, que estuvo llena de gracia, lo cumplieron perfectamente; nosotros, míseros hijos de Adán, heridos por el pecado, no podemos amar a Dios sin mezcla de imperfecciones, y sólo en el cielo, cuando le contemplemos cara a cara, lo amaremos como necesariamente con todas nuestras fuerzas.

Éste es, pues, el blanco hacia el cuál hemos de dirigir todos nuestros deseos, todos

nuestros suspiros, todos nuestros pensamientos y todas nuestras esperanzas: ir a ver y amar a Dios en el paraíso, para amarlo con todas nuestras fuerzas y gozar con el gozo del Señor. Sí, los bienaventurados disfrutan de su felicidad en aquel reino de delicias, mas su principal alegría, la que absorbe todas las demás alegrías, será conocer la felicidad infinita de que disfruta su amado Señor, pues aman a Dios inmensamente más que a sí mismos. Cada uno de ellos, por el amor que a Dios profesa, se tendría por dichoso de perder todas las delicias y contentos del paraíso y padecer todo género de tormentos a trueque de que a Dios no le faltara la más mínima partecica de la felicidad de que disfruta. Mas, como ven que es infinitamente feliz y que esta felicidad es eterna, esto forma todo su paraíso. Así se entiende lo que el Señor dice a toda alma que entra en posesión de su gloria: *Entra en el gozo de tu Señor* [18]. Donde es de notar que no entra el gozo en el bienaventurado, sino que éste entra en el gozo de Dios, pues el gozo de Dios es el objeto del gozo del bienaventurado. De suerte que el bien de Dios será el bien del bienaventurado; las riquezas de Dios, sus riquezas, y suya, finalmente, la felicidad de Dios.

Tan luego como el alma entra en el cielo, con la luz de la gloria contempla sin velos la infinita belleza de Dios, sintiéndose de súbito presa y abismada en el amor divino. De ahí que el bienaventurado quede como perdido felizmente y sumergido en el infinito mar de inmensa bondad. Entonces se olvida de sí mismo y, embriagado en amor de Dios, no piensa más que en amarlo: *Se sacian de la hartura de tu casa* [19]. Los ebrios no piensan en sí, e igual el alma embriagada en amor divino no piensa más que en amar y complacer al amado; desea poseerlo por completo; desea entregárselo del todo por el amor a cada instante, y ya lo tiene alcanzado, porque en todo momento se entrega a Dios sin reserva y Dios la abraza con infinito amor, y así apretada la tendrá por toda la eternidad.

Así, pues, el alma en el cielo vive estrechamente unida con Dios y le ama con todas sus fuerzas, con amor consumado y perfecto, el cuál, aunque limitado, porque el alma no es capaz de amor infinito, es, con todo, tal, que plena y cumplidamente la sacia, sin dejarle nada más que desear. Dios, por el contrario, se une del todo al alma, colmándola de sí mismo, según la capacidad de ella y merecimientos; y se une a ella no ya únicamente mediante sus dones, luces y amorosos atractivos, como hace con nosotros en la vida, sino mediante su divina esencia. Así como el fuego penetra el hierro y parece que todo lo convierte en sí, así también Dios entra en el alma y la llena de sí mismo, de suerte que, si bien el alma no pierde su personalidad, no por eso deja de estar menos llena y abismada en aquel mar sin términos de la divina esencia, alegando al punto de quedar como anonadada y como si ya no fuese. Tal era la felicidad que el Apóstol pedía para sus discípulos: *Que seáis colmados de toda plenitud de Dios* [20].

Éste es el último fin que el Señor, en su bondad, nos tiene deparado en la otra vida; mientras que el alma no llegue a unirse con Dios en el cielo, que es donde se verifica la perfecta unión, no puede hallar en la tierra cumplido reposo. Cierto que los amadores de Jesucristo hallan su paz en conformarse con la divina voluntad, pero no pueden hallar en esta vida pleno descanso, porque esto sólo se alcanza cuando se logre el fin último, que es ver a Dios cara a cara y ser como consumido en su santo amor. Mientras el alma no consiga este fin, estará siempre inquieta, gimiendo y llorando: *He aquí que en salvación se ha trocado la amargura* [21].

Sí, Dios mío, vivo en paz en este valle de lágrimas porque tal es vuestra voluntad, mas no puedo menos de probar una amargura inexplicable viéndome separado de vos y no unido todavía perfectamente con vos, que sois mi centro, mi todo y mi cumplido reposo.

Y aunque los santos ardían en este mundo en amor a Dios, con todo, siempre

estaban suspirando por el paraíso. David exclamaba: *¡Ay de mí!, que en Mosoc soy peregrino* [22]. *He de saciarme, al despertar, con tu figura* [23]. Y San Pablo decía de sí: *Teniendo el deseo... de estar con Cristo* [24]. San Francisco de Asís añadía: «Tan grande es el bien que espero, que se me trueca en dulzura todo tormento». Todos éstos eran actos de perfecta caridad. Enseña el Angélico que el grado más elevado de caridad a que puede llegar el alma en esta vida es desear ardientemente ir al cielo para unirse con Dios y gozar de Él eternamente. Pero este disfrutar de Dios en el cielo, como hemos ya apuntado, no consiste tanto en recibir el alma el gozo que Dios le da, cuanto en gozar del gozo de Dios, a quien el alma ama más que a sí misma.

La mayor pena que en el purgatorio padecen las ánimas benditas es el deseo en que arden de poseer a Dios, que aún no poseen. Este tormento afligirá especialmente a las almas que tuvieron pocos deseos en la vida de ir al paraíso. Dice el cardenal Belarmino que hay en el purgatorio un lugar denominado *cárcel de honor*, donde hay almas que no padecen pena alguna de sentido, sino solamente el verse privadas de la vista de Dios. Cuéntase de esto no pocos ejemplos en las vidas de San Gregorio, el Venerable San Beda, San Vicente Ferrer y Santa Brígida. Este género de tormentos se impone, no por los pecados cometidos, sino por la frialdad en desear el paraíso. Muchos aspiran a la perfección y, a vuelta de ello, son sobrado indiferentes en el deseo de ver a Dios o seguir viviendo en la tierra. Mas como la vida eterna es un bien tan grande que Jesucristo nos mereció con su muerte, justo es que un día castigue a estas almas que le desearon poco en la vida.

Afectos y súplicas

¡Dios mío, Criador y Redentor mío!, me creasteis para el paraíso, me sacasteis del infierno para llevarme al cielo, y yo tantas veces os ofendí, renunciando con descaro al paraíso y consintiendo ser condenado al infierno. Mas sea por siempre bendecida vuestra misericordia infinita, que, perdonándome, como lo espero, tantas otras veces, me libró de caer en el infierno. ¡Ojalá, Jesús mío, que no os hubiera nunca ofendido! ¡Ojalá que os hubiera siempre amado! Me consuela pensar que aún tengo tiempo de amaros.

Os amo, amor del alma mía, os amo con todo mi corazón y os amo más que a mí mismo.

Veo que me queréis salvar, para que os ame por toda la eternidad en el reino del amor. Os lo agradezco y os ruego que me asistáis en lo que me restare de vida, en que quiero amaros, para amaros en la otra por toda la eternidad.

Jesús mío, ¿cuándo llegará el día en que me vea libre del peligro de volveros a perder y en que, consumiéndome en vuestro amor, a vista de vuestra infinita belleza, me vea como obligado a amaros? ¡Oh dulce necesidad, oh feliz, oh amada y deseada necesidad, que me librará de todo temor de desagradaros y me forzará a amaros con todas mis fuerzas!

Mi conciencia me trae espantado, diciéndome: ¿Cómo puedes tú pretender el paraíso? Mas vuestros méritos, carísimo Redentor mío, son mi esperanza.

¡Oh María, Reina del paraíso!, vuestra intercesión ante Dios es omnipotente; en vos confío.

[1] *Nolite confidere in principibus* (*Ps.,* CXLV, 2).
[2] *Maledictus homo qui confidit in homine* (*Ier.,* XVII, 5).
[3] *Viam mandatorum tuorum curram, cum dilataveris cor meum* (*Ps.,* CXVIII, 32).
[4] *Qui autem sperant in Domino, mutabunt fortitudinem, assument pennas sicut aquilae, current et non laborabunt, ambulabunt et non deficient* (*Is.,* XL, 31).
[5] *Ut... efficiamini divinae consortes naturae* (*II Petr.,* 1, 4).
[6] *Si autem filii, et heredes* (*Rom.,* VIII, 17).
[7] *Adveniat regnum tuum* (*Mt.,* VI, 10; *Lc.,* II, 2).
[8] *Ego diligentes me diligo* (*Prov.,* VIII, 17).
[9] *Bonus est Dominus... animae quaerenti illum* (*Lam.,* III, 25).
[10] *Quae est ista quae ascendit de deserto deliciis affluens innixa super dilectum suum?* (*Cant.,* VIII, 5).
[11] *Venerunt autem mihi omnia bona pariter cum illa* (*Sap.,* VII, 11).
[12] *Infinitus enim thesaurus est hominibus quo qui usi sunt participes facti sunt amicitiae Dei* (*Sap.,* VII, 14).
[13] *Vos autem dixi amicos, quia omnia quaecumque audivi a Patre meo nota feci vobis* (*Io.,* XV, 15).
[14] *Dilectus meus mihi et ego illi* (*Cant.,* II, 16).
[15] *Adiuro vos, filiae Ierusalem, si inveneritis dilectum meum, ut nuncietis ei quia amare langueo* (*Cant.,* V, 8).
[16] *Ego... merces tua magna nimis* (*Gen.,* XV, 1).
[17] *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et ex tota anima tua, et ex omnibus viribus tuis, et ex omni mente tua* (*Lc.,* X, 27).
[18] *Intra in gaudium Domini tui* (*Mt.,* XXV, 21).
[19] *Satiantur pinguedine domus tuae* (*Ps.,* XXXV, 9).
[20] *Ut impleamini in omnem plenitudinem Dei* (*Eph.,* III, 19).
[21] *Ecce in pace amaritudo mea amarissima* (*Is.,* XXXVIII, 17).
[22] *Heu mihi, quod dego in Mosoch* (*Ps.,* CXIX, 5).
[23] *Satabior, evigilans, aspectu tuo* (*Ps.,* XVI, 15).
[24] *Desiderium habens... esse cum Christo* (*Phil.,* I, 23).

CAPÍTULO XVII:
QUIEN AMA A JESUCRISTO ARDIENTEMENTE, NO LE DEJA DE AMAR AUN EN MEDIO DE TODAS LAS TENTACIONES Y DESOLACIONES

Caritas omnia sustinet.
La caridad todo lo tolera (*I Cor.,* XIII, 7).

Las penas que más afligen en esta vida a las almas amantes de Dios no son la pobreza, ni la enfermedad, ni las deshonras, ni las persecuciones sino las tentaciones y desconsuelos espirituales. Cuando el alma disfruta de la amorosa presencia de Dios, todos los dolores, ignominias y malos tratamientos de los hombres, en vez de afligirla, la consuelan más, por la ocasión que le brindan de ofrecer a Dios alguna muestra de su amor; esas contrariedades son a manera de leña acumulada al fuego. Mas, cuando en la tentación se ve expuesta a perder la divina gracia y entre los desconsuelos le parece haberla ya perdido, éstas son penalidades harto amargas para quien ama de corazón a Jesucristo. Pero del mismo amor sacará tal alma la fortaleza para sufrirlo todo pacientemente y continuar el emprendido camino de la perfección. Y ¡cuánto progresan las almas con estas pruebas que suele hacer Dios de su amor!

I. De las tentaciones

A las almas amantes de Jesucristo no hay pena que así las aflija como las tentaciones; el resto de los males, aceptados resignadamente, las inclinan a unirse más y más a Dios; mas, cuando se ven tentadas a pecar y expuestas a separarse de Jesucristo, este tormento les es más amargo que todos los demás.

Por qué permite Dios las tentaciones.– Adviértase aquí que, aun cuando las tentaciones que inducen al mal no provienen de Dios, sino del demonio o de nuestras malas inclinaciones: *Dios no es tentador de cosa mala. Él a nadie tienta* [1], sin embargo, el Señor permite a veces que sus más regaladas almas sean las más fuertemente tentadas.

Dios permite las tentaciones, primero, para que con ellas reconozcamos mejor nuestra debilidad y la necesidad que tenemos de su ayuda para no caer. Cuando el alma se ve favorecida de Dios con divinas consolaciones, se le hace que está valiente para desafiar todo asalto de los enemigos y para emprender cualquier obra en pro de la divina gloria. Pero cuando se halla bravamente tentada, al borde del precipicio y a pique de sucumbir, entonces reconoce mejor su flaqueza e impotencia para resistir si Dios no la ayudare. Esto puntualmente aconteció a San Pablo, que cuenta de sí mismo que el Señor permitió fuera tentado con tentaciones carnales para que no se envaneciese de las revelaciones con que el Señor le había favorecido: *Y a causa de la sublimidad de las revelaciones, por esto, para que no me levante sobre mí, se me dio una espina en mi carne, emisario de Satanás, para que me apuñee* [2].

Permite, en segundo lugar, Dios las tentaciones para que vivamos desprendidos de la tierra y deseemos más ardorosamente ir a verlo en el cielo. De aquí es que las almas

buenas, al verse en esta vida combatidas noche y día por tantos enemigos, tienen tedio de la vida y exclaman: *¡Ay de mí!, que en Mosoc soy peregrino,* y suspiran por la hora en que podrán exclamar: *El lazo se rompió y hemos sido nosotros liberados* [3]. Quisiera el alma volar hacia Dios, pero mientras viva en esta tierra se sentirá como ligada a ella y combatida de continuas tentaciones. Este lazo no se rompe sino con la muerte, por la que suspiran las almas amantes como por libertadora del peligro de perder a Dios.

En tercer lugar, permite Dios que seamos tentados para enriquecernos de méritos, como fue dicho a Tobías: *Y puesto que eres acepto a Dios, necesario fue que la tentación te aquilatase* [4]. El alma no por estar tentada ha de temer hallarse en desgracia de Dios; al contrario, ha de esperar más aún que es muy amada de Él. Es engaño del demonio hacer creer a ciertos espíritus pusilánimes que las tentaciones son pecados que empañan al alma. No son los malos pensamientos los que nos hacen perder a Dios, sino los malos consentimientos. Por vehementes que sean las sugestiones del demonio, por vivos que sean los fantasmas impuros que asalten la imaginación, mientras no consintamos en ello, lejos de manchar el alma, la vuelven más pura, más fuerte y más acepta a Dios. Dice San Bernardo que cuantas veces vencemos las tentaciones, conquistamos una nueva corona. Se apareció un ángel a cierto monje cisterciense y le dio una corona, con orden de que se la llevase a otro monje y le dijera que la había merecido por la victoria que hacía poco había reportado sobre una tentación. Ni debe espantarnos que el mal pensamiento no se marche de la mente y siga atormentándonos; basta con que lo aborrezcamos y procuremos rechazarlo.

Fiel es Dios, quien no permitirá que seáis tentados más de lo que podéis, dice San Pablo [5]. Por tanto, quien resiste a la tentación, lejos de perder, aprovechará: Dios *hará que con la tentación tengáis el buen suceso de poderla sobrellevar* [6]. Por eso el Señor permite a menudo que las almas predilectas sean las más tentadas, para que hagan más acopio de méritos en esta vida y de gloria en el cielo. El agua estancada y muerta no tarda en corromperse. Así pasa con el alma que, entregada al ocio, sin tentaciones ni combates, se halla en peligro de perderse, ya complaciéndose en los propios méritos, ya pensando que ha llegado a la perfección; de esta suerte pierde el temor, se cuida bien poco de encomendarse a Dios y no trabaja por alcanzar la salvación eterna. Mas, cuando comienza a ser agitada de tentaciones y se ve en peligro de precipitarse en el abismo del pecado, recurre entonces a Dios, recurre a la divina Madre, renueva el propósito de morir antes de pecar, se humilla y se abandona en brazos de la divina misericordia, y así logra alcanzar más fortaleza y se une a Dios más estrechamente, como atestigua la experiencia.

No por eso hemos de desear tentaciones, sino que siempre hemos de rogar a Dios que nos libre de ellas, y en especial de aquellas en que habríamos de consentir, que esto quieren las palabras del Padre nuestro: *No nos dejes caer en la tentación.* Pero, cuando Dios permite que nos asalten, entonces, sin inquietarnos por feos y bajos que sean tales pensamientos, confiemos en Jesucristo y pidámosle su ayuda, que a buen seguro no nos faltará para resistir. Dice San Agustín: «Arrójate en sus brazos, desecha todo temor, que no se retirará para que caigas». Abandónate en manos de Dios sin temor alguno, porque, si Él te mete en el combate, no te dejará solo para que caigas en la lucha.

De los remedios contra las tentaciones.– Tratemos ya de los remedios para vencer las tentaciones. Muchos son los que señalan los maestros de la vida espiritual, pero el más necesario y seguro, del que voy a tratar, es el acudir prontamente a Dios con humildad y confianza, diciéndole: *Pléguete, ¡oh Dios!, librarme; Señor, apresúrate a socorrerme* [7]. Ayudadme, Señor, y ayudadme presto. Sola esta oración bastará para hacernos triunfar de los asaltos de todos los demonios del infierno que se conjuren para combatirnos, porque

Dios es infinitamente más poderoso que todos los demonios. Sobrado conocido tiene Dios que no tenemos fuerza para hacer frente a las tentaciones de los poderes infernales; por eso dice el doctísimo cardenal Gotti que, cuando nos veamos combatidos y estemos a punto de sucumbir, Dios está obligado a prestarnos su ayuda para resistir, con tal de que se la pidamos.

Y ¿cómo podríamos temer que Jesucristo no nos ayudara, después de tantas promesas hechas en este sentido en las Sagradas Escrituras? *Venid a mí todos cuantos andáis fatigados y agobiados, y yo os aliviaré* [8]. *E invócame en el día de la angustia; yo te libraré y tú me honrarás* [9]. *Entonces clamarás, y Yahveh te responderá; pedirás auxilio, y contestará: «¡Heme aquí!»* [10].

¿Quién le invocó y fue de Él despreciado? [11]. David, por este medio de la oración, estaba seguro de que no habría de ser vencido de sus enemigos, y decía: *Invocaré al Señor, digno de loa, y de mis enemigos seré salvo* [12]; no en vano sabía que Dios está cerca de quienes le llaman en su ayuda: *Cerca está el Señor de cuantos le invocan* [13]. Y San Pablo añade que el Señor no es avaro, sino rico de gracias para cuantos le invocan [14].

¡Pluguiera a Dios que todos los hombres acudiesen a Él cuando se ven tentados de ofenderle! Caen los desventurados, porque, aguijoneados por sus perversos apetitos, por no perder pasajeros deleites, prefieren perder el sumo bien, que es Dios. Sobradamente lo atestigua la experiencia: quien acude a Dios en las tentaciones, no cae, y cae quien se olvida de acudir a Él, y especialmente en las tentaciones contra la pureza. Salomón decía: *Mas entendiendo que de otro modo no la alcanzaría, si no es que Dios me la daba..., acudí al Señor y le rogué* [15].

En semejantes tentaciones de impurezas, e igual se puede decir en las tentaciones contra la fe, no se ha de luchar directamente con ellas, sino que hay que resistirlas con medios indirectos, ejercitándose en actos de amor a Dios o de dolor de los pecados y hasta distrayéndose con cualquier acción indiferente. Tan pronto como advirtamos que se presenta un pensamiento con visos de sospechoso, hemos de despacharlo al instante y darle, por decirlo así, con la puerta en rostro, negándole entrada en la mente, sin detenerse a descifrar lo que significa o pretenda. Tales malvadas sugestiones hay que sacudirlas luego, como se sacuden las chispas que pueden caer en la ropa.

Cuando la tentación impura hubiera franqueado la mente y dejado sentir los primeros movimientos de los sentidos, dice San Jerónimo que entonces hay que redoblar la voz y clamar a Dios pidiéndole su ayuda, sin dejar de invocar los santísimos nombres de Jesús y de María, que tienen especial virtud contra esta suerte de tentaciones. Dice San Francisco de Sales que, cuando los niños divisan al lobo, se echan prestos en brazos del padre o de la madre y allí se sienten seguros. Así debemos hacer nosotros, correr presurosos a Jesús y a María con súplicas y peticiones. Repito que *correr presurosos,* sin prestar oídos a la tentación ni disputar con ella. Cuéntase en el § 4 del libro de las *Sentencias* de los Padres de la antigüedad que cierto día San Pacomio oyó que un demonio se lisonjeaba de haber hecho caer a un monje, porque cuantas veces lo tentaba le prestaba oídos, sin acudir presto a Dios; y, por el contrario, oyó que otro demonio se lamentaba diciendo: «Pues yo con mi monje nada puedo, porque recurre prestamente a Dios y siempre me vence».

Si la tentación siguiere molestándonos, guardémonos de inquietarnos ni irritarnos por ello, pues el demonio pudiera valerse de tal inquietud nuestra para hacernos caer. Entonces es cuando debemos resignarnos humildemente a la voluntad de Dios, que se digna permitir seamos tentados con tan bajos pensamientos. Bastará con que digamos: «Señor, bien merecido tengo ser molestado con estas tentaciones en castigo de las ofensas que os he

hecho, pero a vos os toca socorrerme y librarme de caer». Y si, con todo, la tentación prosiguiere molestándonos, prosigamos invocando a Jesús y a María. Importa mucho entonces renovar la promesa hecha a Dios de sufrir toda suerte de trabajos y morir mil veces antes que ofenderle sin dejar de pedirle su ayuda. Y cuando las tentaciones fuesen tan violentas que nos viéramos en grave peligro de consentir, redoblemos el fervor de las oraciones y recurramos al Santísimo Sacramento, postrémonos a los pies del Crucifijo o de alguna imagen de la Santísima Virgen y roguemos con redoblado ardor, gimamos, lloremos y pidamos auxilio. Una cosa es cierta: que Dios está presto a escuchar a quien le ruega y que Él es, y no nuestra diligencia, quien nos dará valor para resistir; pero a las veces quiere el Señor nuestros esfuerzos para después suplir nuestra flaqueza y hacernos alcanzar la victoria.

También es importante en tiempo de tentaciones hacer a menudo la señal de la cruz en el pecho y en la frente y, además, descubrir la tentación al director espiritual. «Tentación descubierta –decía San Felipe Neri–, tentación medio vendida». Bueno es advertir aquí, por ser doctrina admitida entre los teólogos, aun entre los rigoristas, que las personas que por mucho tiempo han vivido vida ejemplar y son temerosas de Dios, siempre que andan en dudas de si habrán consentido o no consentido en alguna culpa grave, deben estar seguras de no haber perdido la amistad de. Dios, pues es moralmente imposible que la voluntad afianzada mucho tiempo en el bien obrar, en un momento se cambie y consienta en un pecado mortal, sin conocerlo claramente. La razón de ello es que, siendo el pecado mortal tan horrible monstruo, no puede penetrar en el alma que por tanto tiempo lo ha aborrecido, sin que a las claras se dé a conocer. Esta doctrina la tenemos plenamente probada en nuestra *Teología Moral.* Santa Teresa solía decir: «Nadie se perderá sin entenderlo».

Se sigue de aquí que para algunas almas de conciencia delicada y bien fundadas en la virtud, pero tímidas y molestas de tentaciones, especialmente si son contra la fe o la castidad, será quizás conveniente que el director las prohíba hablar de ellas, ni aun darle cuenta de tales cosas, porque, para descubrirse al confesor, tendrá que hacer memoria de cómo entraron aquellos malos pensamientos y después si hubo delectación, complacencia o consentimiento; y de este modo, mientras más reflexionan en ello, más se graban aquellas malignas fantasías y más turbación causan. Cuando el confesor está moralmente cierto de que el alma no consintió en tales sugestiones, más vale que le mande por obediencia no hablar de ellas. Y advierto que no de otra suerte obraba Santa Juana de Chantal, quien cuenta de sí que durante muchos años fue combatida de horrendas tempestades de tentaciones, y, como no tenía conciencia de haber nunca consentido en ellas, jamás las descubrió en confesión, limitándose a decir, según la norma que el confesor le había dado para tales casos: «No tengo claro conocimiento de haber consentido», dando con esto a entender que después de cada tentación quedaba agitada de escrúpulos, a pesar de los cuales se aquietaba con la obediencia que el confesor le había impuesto de no confesar tales dudas. Por lo demás, mucho ayuda, generalmente hablando, para calmar las tentaciones, descubrirlas al confesor, como arriba queda apuntado.

Mas vuelvo a decir que, entre todos los remedios para vencer las tentaciones, el más eficaz, el más necesario, el remedio de los remedios, es acudir a Dios con la oración y no cesar de rogarle mientras dura la tentación. A veces tendrá el Señor guardada la victoria no para la primera súplica, sino para la segunda, la tercera o la cuarta. Persuadámonos, finalmente, de que de la oración depende todo nuestro bien; de la oración depende nuestra mudanza de vida; de la oración depende la victoria de las tentaciones; de la oración depende el alcanzar el amor divino, la perfección, la perseverancia y la salvación eterna.

Tal vez haya entre los lectores de mis obras ascéticas alguno a quien se le haga enojoso tanta insistencia en la importancia y necesidad de acudir continuamente a Dios por medio de la oración. En cambio, a mí se me hace que aún no he insistido bastante, sino harto poco. Comprendo sobradamente que todos, día y noche, estamos combatidos por tentaciones infernales y que el demonio no ceja en el empeño de buscar ocasiones para hacernos caer. Sé que sin la ayuda divina no tendremos fuerzas para resistir los asaltos de los demonios, y que por esto el Apóstol nos exhorta a revestirnos de la armadura de Dios [16]; y ¿cuáles son estas armas? Helas aquí: *Orando con toda oración y súplica en todo tiempo, en espíritu, y para ello velando con toda perseverancia* [17]. Estas armas son la oración continua y fervorosa a Dios para que nos socorra y no seamos vencidos. Sé, además, que todas las Escrituras, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, no hacen más que exhortarnos a orar: *Invócame en el día de la angustia y yo te libraré* [18]. *Llámame y te responderé* [19]. *Es menester siempre orar y no desfallecer* [20]. *Pedid y se os dará* [21]. *Velad y orad* [22]. *Orad sin cesar* [23]. Por todo lo cual no creo haber hablado demasiado de la oración, sino harto poco.

Desearía yo que todos los predicadores nada recomendaran tanto a sus auditorios como la oración; que los confesores nada exhortaran con mayor calor que la oración; que los escritores ascéticos de nada escribiesen tanto como de la oración. Mas, por desgracia, no es así, y atribuyo a castigo de nuestros pecados el que predicadores, escritores y confesores hablen tan poco de la oración. Cierto que ayudan muy mucho a la vida espiritual los sermones, las meditaciones, las comuniones, las mortificaciones; pero si al venir las tentaciones no nos encomendamos a Dios, caeremos, a pesar de todas las predicaciones, de todas las meditaciones y de todos los buenos propósitos formulados. Por tanto, si queremos salvarnos, pidámosle siempre y encomendémonos a nuestro Redentor, especialmente en el momento de la tentación; y no nos contentemos con pedirle la santa perseverancia, sino pidámosle la gracia de pedírsela siempre.

Encomendémonos siempre entonces a la divina Madre, que es la dispensadora de todas las gracias, como dice San Bernardo: «Busquemos la gracia, y busquémosla por medio de María». En efecto, el mismo Santo nos da a entender que Dios no quiere dispensarnos gracia alguna sin que pase por manos de María: «Nada quiso Dios que tuviéramos que no pasase por manos de María».

Afectos y súplicas

¡Oh Jesús, Redentor mío!, espero que por los méritos de vuestra sangre me hayáis perdonado las ofensas que os he hecho, y espero ir al paraíso a daros gracias por ello: *Las gracias del Señor cantaré siempre* [24]. Veo que en lo pasado caí y volví a caer miserablemente, porque me olvidé de pediros la santa perseverancia; esta perseverancia os pido ahora: «No permitáis que me separe de vos. Me propongo pedírosla sin cesar, y en especial cuando me vea tentado a ofenderos. Así propongo y así prometo»; pero ¿de qué serviría este mi propósito y promesa, si vos no me alcanzarais la gracia de acudir a vuestros pies? ¡Ah!, por los méritos de vuestra pasión, concededme esta gracia de acudir siempre a vos en todas mis necesidades.

María, Reina y Madre mía, os ruego, por el amor que tenéis a Jesucristo, me alcancéis la gracia de recurrir siempre a vuestro Hijo y a vos durante toda mi vida.

II. De las desolaciones de espíritu

«Es un engaño –dice San Francisco de Sales– querer medir la devoción por los consuelos que experimentamos. La verdadera devoción en los caminos de Dios consiste en tener una voluntad firmemente resuelta a cumplir cuanto es del divino agrado».

Dios, mediante las arideces, une consigo a las almas más predilectas. Lo que empece la verdadera unión con Dios es el apego a nuestras desordenadas inclinaciones; por tanto, cuando el Señor quiere atraer un alma a su perfecto amor, busca cómo desprenderla de todos los afectos a los bienes temporales, a los placeres mundanos, a la hacienda, a los honores, a los amigos, a los parientes, a la salud corporal; y con tales medios de pérdidas, disgustos, desprecios, enfermedades y muertes, la va desprendiendo de todo lo creado, para que ponga en Él todos sus afectos.

Para aficionarla después a los bienes espirituales, comienza el Señor por regalarla con muchos consuelos y abundancia de lágrimas y ternuras, con lo que el alma procura desprenderse de los placeres sensuales y trata de macerarse con penitencias, ayunos, cilicios y disciplinas. Entonces conviene que el director le vaya a la mano y le niegue la licencia de mortificarse, al menos tanto como quisiera, porque, llevada en alas del fervor sensible, podría con las indiscreciones dañar su salud. Éste es un ardid del demonio, que, cuando ve que alguien se da a Dios, que le consuela con espirituales consolaciones, como suele hacer con los principiantes, trata el enemigo de arruinar la salud con indiscretas penitencias, a fin de que luego, con la enfermedad encima, deje no tan sólo las penitencias, sino la oración, las comuniones y todos los ejercicios de devoción, retornando a la vida antigua. Por consiguiente, el director, con estas almas que comienzan a llevar vida espiritual y le piden licencia para ejercitarse en penitencias, debe ser muy parco en concedérselas, exhortándolas a la mortificación interna, sobrellevando pacientemente los desprecios y contrariedades, obedeciendo a los superiores, refrenando la curiosidad de los ojos y los oídos y cosas por el estilo, prometiéndoles que más adelante, cuando las vea bien ejercitadas en la mortificación interior, entonces podrán hacerse dignas de ejercitarse en la exterior.

Por lo demás, es craso error decir, como algunos sostienen, que la mortificación externa de nada sirve o de muy poco. Cierto que para adelantar en perfección es más necesaria la mortificación interior, mas no por eso deja de ser también necesaria la exterior. Decía San Vicente de Paúl que quien no practica la mortificación externa no será mortificado ni interna ni externamente. Y añadía San Juan de la Cruz que no se ha de dar crédito a quien despreciara la mortificación de la carne, aunque hiciera milagros.

Mas volvamos a nuestro asunto, Cuando el alma comienza a darse a Dios, gusta la dulzura de las consolaciones sensibles, las cuales son a manera de cebo que el Señor emplea para arrancarla de los placeres terrenos, desprenderla de las criaturas y llevarla a sí. Pero, como el alma se une a Dios más bien por los atractivos de los consuelos que siente que por la voluntad determinada de complacer a Dios, cree falsamente que su amor crece al paso que aumenta ese consuelo en las devociones. De aquí proviene que, cuando le turban en algún ejercicio de piedad en que se deleita, y tiene que emplearse en obras ajenas, sea de obediencia, de caridad u otras obligaciones de su estado, se inquieta y se turba: es éste un defecto muy universal de la miseria humana, ir buscando en todas las acciones la propia satisfacción; y cuando el alma no halla en sus ejercicios de devoción las antiguas satisfacciones, los abandona, o al menos, los disminuye y, quitando de aquí un tantillo y

mañana otro de allí, acaba por dejarlo todo. Esta desgracia acaece a tantas almas que, llamadas por Dios a su amor, comienzan a caminar por los caminos de la perfección y los siguen, mientras duran los consuelos, hasta que al cesar éstos, lo abandonan todo, se tornan a la vida antigua. Es necesario persuadirse que el amor de Dios y la perfección no consiste en experimentar ternuras y consuelos, sino en vencer el amor propio y cumplir la divina voluntad. San Francisco de Sales decía: «Dios es tan amable cuando nos consuela como cuando nos envía tribulaciones».

Cuando se goza de consuelos espirituales no se precisa gran virtud para dar de mano a los gustos sensibles y sobrellevar las afrentas y contrariedades. En medio de estas dulzuras, el alma lo soporta todo; pero esta su fuerza más bien proviene de las caricias que Dios le prodiga que del verdadero amor de Dios. De aquí que el Señor, para afianzarla más en la virtud, le retire y le quite las dulzuras sensibles para desprenderla del amor propio, que de tales golosinas se alimentaba; por eso acontece que allí donde antes experimentaba gozo, haciendo actos de ofrecimiento, confianza y amor, después, cuando siente secas las venas de los consuelos, se ejercita en los mismos actos con frialdad y desabrimiento, hastiada de tedio en los más devotos ejercicios, en la oración, en la lectura espiritual y en la comunión, sin dar más que tinieblas y temores y haciéndosele que todo está ya perdido. Reza y vuelve a rezar y se entristece porque se le hace que Dios no quiere escucharla.

Vengamos a la práctica de lo que hemos de hacer por nuestra parte. Cuando el Señor misericordiosamente nos consolare con sus amorosas visitas y nos hiciere sentir la presencia de su gracia, no hay que rechazar estos divinos consuelos, como quieren algunos falsos místicos, sino aceptarlos agradecidamente, atentos siempre a no pararnos a gustar estas consolaciones y poner en ellas nuestro contento, porque esto sería lo que San Juan de la Cruz llama *gula espiritual*, la cual, sobre ser defectuosa, es desagradable a Dios. Esforcémonos, pues, por desterrar de la mente toda complacencia sensible en tales dulzuras y guardémonos especialmente de creer que Dios usa con nosotros de tales finezas porque las merecemos mejor que los demás. Este vano pensamiento obligaría al Señor a retirarse por completo de nosotros y abandonarnos a nuestras miserias. Lo que entonces hemos de hacer es agradecérselo fervorosamente, porque semejantes consuelos espirituales son dones extraordinarios que Dios hace al alma y que sobrepujan a todas las riquezas y honores temporales; mas, cuando nos veamos privados de la presencia del amado y de estos gustos sensibles, humillémonos, teniendo siempre ante la vista los pecados e infidelidades de la vida pasada. Recordemos entonces que tales amorosos tratos son puro efecto de la bondad de Dios y que tal vez, regalándonos el Señor de esta suerte, quiera fortalecernos de antemano para que llevemos en paciencia cualquier gran tribulación que nos quiera enviar. Por eso ofrezcámonos a padecer toda suerte de trabajos interiores y exteriores que nos sobrevengan: enfermedades, persecuciones, desolaciones de espíritu, diciendo: «Heme aquí, Señor mío; haced de mí y de mis cosas cuanto os agrade; dadme la gracia de amaros y de cumplir perfectamente vuestra voluntad, y nada más os pido».

Cuando el alma está moralmente cierta de vivir en gracia de Dios, aunque privada así de los placeres del mundo como de los de Dios, con todo, está contenta, sabiendo que ama a Dios y que es amada de Él. Mas, cuando Dios quiere purificarla y despojarla de toda satisfacción sensible, para unirla completamente con Él mediante su puro amor, ¿qué es lo que hace? Métela en el crisol de las desolaciones, que es el más amargo tormento de cuantas penas interiores o exteriores puede padecer una persona; la priva de la certeza de hallarse en gracia de Dios y la sumerge en densas nieblas, en medio de las cuales parece que el alma no encuentra a Dios. A veces permite Dios que le asalten tentaciones violentas

de los sentidos, acompañadas de perversos apetitos de la parte inferior, o pensamientos contrarios a la fe, o de desesperación y aun de odio a Dios, pareciéndole que la ha abandonado y que ya no escucha sus ruegos. Y como, por una parte, las sugestiones diabólicas son vehementes y se halla excitada la parte inferior, sumergida el alma en densas tinieblas, aun cuando resista con la voluntad, no acierta a discernir si hace frente a la tentación cuanto debe o bien si consiente en ella, con esto le aumenta el temor de haber perdido a Dios y de que Dios le haya del todo abandonado justamente por sus infidelidades en estas lides. Entonces cree haber llegado a su total ruina, sin esperanzas de volver a gozar de la amistad de Dios y con temor de ser odiada por Él. Harto probada tenía esta pena Santa Teresa, la cual llegaba a confesar que en semejante estado «irse a rezar no es sino más congoja o estar en soledad; porque el tormento que en sí se siente, sin saber de qué, es incomparable. A mi parecer es un poco del traslado del infierno».

Cuando acontezca esto al alma amante de Dios, no se desanime, ni se turbe el director que la guía, ya que aquellos movimientos sensuales, aquellas tentaciones contra la fe, aquellas desconfianzas y aun los impulsos de que se siente movida a blasfemar de Dios, son temores, son tan sólo tormentos del alma y esfuerzos del enemigo, pero no son actos de la voluntad, por lo que no son imputables. El alma que verdaderamente ama a Jesucristo, resiste a estos embates y aborrece tales sugestiones, mas, por las tinieblas que oscurecen su mente, no sabe distinguir, queda turbada, y, viéndose privada de la presencia visible de la gracia, teme y se aflige. Bien se echa de ver que en esas almas así probadas por Dios todo es espanto y pura aprensión y no realidad; preguntadles, si no, aun en lo más terrible de su abandono, si a sabiendas hubieran osado cometer un solo pecado venial deliberado, y os responderán resueltamente que están prontas a padecer, no una, sino mil muertes, antes que disgustar deliberadamente a Dios con el más leve disgusto.

Hagamos una distinción. Una cosa es hacer un acto bueno, como vencer una tentación, confiar en Dios, amarle y querer lo que Él quiere, y otra cosa es conocer que en verdad hacemos un acto bueno. Esto segundo, de tener conocimiento que hacemos algo de provecho, nos sirve de consuelo; pero el provecho está en lo primero, cuando en hecho de verdad se ejecuta un acto bueno. Se contenta Dios con lo primero, y de lo segundo priva al alma, quiero decir, del conocimiento de haber hecho aquel acto bueno, para así despojarla de toda satisfacción propia, que ningún valor añade a la acción hecha, puesto que más busca Dios nuestro provecho que nuestra satisfacción. San Juan de la Cruz escribe, consolándola, a cierta alma desolada: «Nunca mejor estuvo que ahora, porque nunca estuvo tan humilde, ni tan sujeta, ni teniéndose en tan poco, y a todas las cosas del mundo, ni se conocía por tan mala ni a Dios por tan bueno, ni servía a Dios tan pura y desinteresadamente como ahora, ni se va tras las imperfecciones de su voluntad y entereza como quizá solía». No vayamos a creer, en fin, que cuantas más ternuras sentimos, seamos por ello tanto más amados de Dios, porque no está en esto la perfección, sino en mortificar nuestra voluntad y unirla a la vida divina.

En el estado de desolación no debe el alma dar oídos al demonio, que le sugiere haberla Dios abandonado, ni tampoco deje la oración, que esto es lo que pretende el demonio para hacerla después caer en el precipicio. Escribe Santa Teresa: «Tengo para mí que quiere el Señor dar muchas veces al principio, y otras a la postre, estos tormentos, y otras muchas tentaciones que se ofrecen, para probar a sus amadores y saber si podrán beber el cáliz y ayudarle a llevar la cruz». Puesta en esta pena, ha de humillarse el alma, persuadiéndose que así merece ser tratada por las ofensas hechas a Dios; y así humillada ante la voluntad divina, exclame: «Aquí me tenéis, Señor; si queréis tenerme siempre

humillada y afligida y si lo queréis también en la eternidad, dadme vuestra gracia, haced que os ame y luego haced de mí cuanto os plazca».

Trabajo en balde será, y tal vez de mayor inquietud, querer buscar la seguridad de que os halláis en gracia de Dios, porque Él no quiere que entonces lo conozcáis; y no lo quiere, para vuestro mayor provecho, para que os humilléis y multipliquéis oraciones y actos de total abandono en su divina misericordia. Queréis ver, y Dios no quiere que veáis. Por otra parte, San Francisco de Sales dice: «El propósito de no cometer pecado, por pequeño que sea, es indicio de que estamos en gracia de Dios». Pero, cuando el alma vive en un gran desconsuelo, ni esto conoce claramente, mas no debe pretender sentir lo que quiere; bástele querer con la punta de la voluntad, y así debe arrojarse completamente en brazos de la divina bondad. ¡Cómo cautivan a Dios estos actos de confianza y resignación en medio de las tinieblas de la desolación! Confiemos en Dios, que, como dice Santa Teresa, nos ama más de lo que podemos amarle ni entender.

Consuélense, pues, estas almas tan agradables a Dios que están resueltas a ser todas de Él y se ven privadas, al mismo tiempo, de todo consuelo. Su estado de desolación es señal de que Dios las ama y que les tiene preparado un lugar en el paraíso, donde los consuelos son plenos y de eterna duración. Y tengan por muy cierto que cuanto más afligidas se vean en esta vida, tanto más consuelo recibirán en el reino de los bienaventurados: *Al agolparse en mi interior las penas, tus consuelos mi alma regocijan* [25].

EJEMPLO

Para consuelo de las almas atribuladas quiero traer aquí lo que se refiere a la vida de la M. Santa Juana de Chantal, la cual, por espacio de cuarenta y un años, fue afligida de terribles penas interiores, tentaciones, temores de vivir en desgracia de Dios y hasta de ser por Él abandonada. Tan continuas y terribles eran sus aflicciones, que llegaba a decir que el solo pensamiento de la muerte era el que la podía consolar. Y añadía: «Tan furiosos son los asaltos, que ignoro dónde habrá de descansar mi pobre espíritu; se me hace a las veces que me va a faltar la paciencia y que estoy a pique de perderlo todo y de dejarlo todo». «El tirano de la tentación es tan cruel, que a cada hora del día recibiera yo con placer la muerte, siendo no pocas las veces que pierdo hasta las ganas de comer y de beber y de dormir».

En los postreros ocho o nueve años de su vida arreciaron más fieramente las tentaciones. La M. De Scatel decía que su santa M. De Chantal padecía día y noche un continuado martirio interior al rezar, al trabajar y hasta al descansar, por lo que la compadecía muy mucho. La Santa se veía combatida contra todas las virtudes, excepción hecha de la castidad; tentaciones de dudas, perplejidades y repugnancias. Dios la privaba, a veces, de sus luces y se le aparecía como indignado, en ademán de arrojarla de su presencia, hasta el punto de que ella tenía que volver la cabeza, espantada por la aparición, para ver dónde hallaría alivio; mas, no hallándolo, volvía a mirar a Dios y abandonarse en su misericordia. Le parecía que al ímpetu de la tentación estaba a pique de caer a cada instante; no la privaba Dios de su existencia, pero ella andaba como abandonada de Él, sin experimentar satisfacción alguna, sino sólo tedios y angustias en la oración, en las lecturas espirituales, en la comunión y en el resto de los ejercicios devotos. Su recurso en tal estado de abandono era únicamente mirar a Dios y dejarlo hacer.

Decía la Santa: «En éste mi desamparo, hasta mi vida sencilla me parece nueva cruz, y la impotencia que siento en el obrar es nuevo acrecentamiento de cruz». Por eso decía que le parecía ser como el enfermo agobiado por los dolores, sin fuerzas para

volverse de un lado a otro, o como el mudo, que no puede explicar sus males, o como el ciego, que no ve si le dan un remedio o le propinan un veneno. De ahí que exclamara entre torrentes de lágrimas: «Me parece que no tengo fe, ni esperanza, ni caridad».

Con todo, conservaba siempre rostro sereno, apacible en la conversación, puesta siempre la mirada en Dios y descansando en el seno de la divina voluntad, por lo que escribía San Francisco de Sales, su director, que conocía perfectamente cuán amada de Dios era alma tan hermosísima: «Era su corazón como un músico sordo, que, sabiendo cantar maravillosamente, no recibiera del canto placer alguno». Y a ella misma le escribía: «Debéis servir a vuestro Salvador sólo por amor a su voluntad, privada de todo consuelo y en medio de un diluvio de tristezas y amarguras». Así obraron los santos.

«Componen este edificio piedras talladas por el cincel saludable, y pulidas por el martilleo del obrero divino; unidas estrechamente entre sí, se elevan hasta la altura».

Los santos son estas piedras elegidas, como canta la Iglesia, los cuales, trabajados a golpe de martillo, esto es, a prueba de tentaciones, temores, tinieblas y otras penas interiores y exteriores, se hacen aptos para ser colocados en los tronos del reino dichoso del paraíso.

Afectos y súplicas

Jesús, esperanza mía y único amor de mi alma, no merezco vuestros consuelos ni vuestras ternuras; reservadlas para las almas puras e inocentes que siempre os amaron. Yo, pecador, no os las pido porque no las merezco; sólo os pido me permitáis os ame, que cumpla toda mi vida vuestra voluntad y después disponed de mí como os plazca.

¡Desventurado de mí, que merecí otras tinieblas, otros temores, otros abandonos, por las injurias que os hice! Merecía el infierno, donde, separado siempre de vos y de vos abandonado, debía llorar con llanto eterno sin poder jamás amaros. Mas no, Jesús mío: abrazo cualquier pena menos ésta; vos merecéis infinito amor y demasiado me habéis obligado a amaros. Ahora no sabría vivir sin amaros.

Os amo, sumo bien mío: os amo con todo mi corazón, os amo más que a mí mismo, os amo y no quiero más que amaros. Veo que esta mi voluntad es dádiva de vuestra gracia; pero acabad, Señor mío, la obra; asistidme siempre hasta la muerte; no me dejéis de vuestras manos; dadme fuerza para vencer las tentaciones y vencerme a mí mismo, para lo que os pido la gracia de encomendarme siempre a vos.

Quiero ser todo vuestro; os consagro mi cuerpo, mi alma, mi voluntad, mi libertad; no quiero vivir ya para mí, sino sólo para vos, Criador mío, Redentor mío, mi amor y mi todo. Quiero santificarme y de vos lo espero. Afligidme como queráis, privadme de todo, con tal de que no me privéis de vuestra gracia ni de vuestro amor.

¡Oh María, esperanza de los pecadores!, mucho confío en vuestra intercesión, pues sois tan poderosa con Dios. Os ruego, por el amor que tenéis a Jesucristo, que me ayudéis a santificarme.

[1] *Deus enim intentator malorum est, ipse autem neninem tentat* (*Iac.,* I, 13).

[2] *Et ne magnitudo revelationum extollat me, datus est mihi stimulus carnis meae, angelus satanae, qui me colaphizet* (*II Cor.,* XII, 7).

[3] *Laqueus contritus est et nos liberati sumus* (*Ps.,* CXXIII, 7).

[4] *Et quia acceptus eras Deo, necesse fuit ut tentatio probares te* (*Tob.,* XII, 13).

[5] *Fidelis autem Deus est qui non patietur vos tentari supra id quod potestis* (*I Cor.,* X, 13).

[6] *Sed faciet cum tentatione preoemum* (*íd.,*).

[7] *Placeat tibi, Deus, ut eripias me; Domine ad adiuvandum me festina* (*Ps.,* LXIX, 2).

[8] *Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos* (*Mt.,* II, 28).

[9] *Et invoca me die angustiae: liberabo te et honorabis me* (*Ps.,* XLI, 15).

[10] *Tunc invocabis et Dominus exaudiet. Clamabis et dicet: Ecce adsum* (*Is.,* LVIII, 9).

[11] *Quis invocavit eum et despexit illum?* (*Eccli.,* II, 12).

[12] *Laudabilem invoco Dominum, et ab inimicis meis salvus ero* (*Ps.,* XVII, 4).

[13] *Prope est Dominus omnibus invocantibus eum* (*Ps.,* CXLIV, 18).

[14] *Dives in omnes qui invocant illum* (*Rom.,* X, 12).

[15] *Et ut scivi quoniam aliter non possem esse continens, nisi Deus det... adii Dominum et deprecatus sum illum* (*Sap.,* VIII, 21).

[16] *Induite vos armaturam Dei, ut possitis stare adversus insidias diaboli; quoniam non est nobis coluctatio adversus carnem et sanguinem, sed adversus principes et potestates, adversus mundi rectores tenebrarum harum* (*Eph.,* VI, 11, 12).

[17] *Per omnem orationem et obsecrationem, orantes omni tempore in spiritu, et in ipso vigilantes in omni instantia* (*íd.,* 18).

[18] *Invoca me die angustiae: liberabo te* (*Ps.,* XLIX, 15).

[19] *Clama ad me et exaudiam te* (*Ier.,* XXXIII, 3).

[20] *Oportet semper orare et non deficere* (*Lc.,* XVIII, 1).

[21] *Petite et dabitur vobis* (*Mt.,* VII, 7).

[22] *Vigilate et orate* (*Mt.,* XXVI, 41).

[23] *Sine intermissione orate* (*I Thes.,* V, 17).

[24] *Gratias Domini in aeternum cantabo* (*Ps.,* LXXXVIII, 2).

[25] *Cum anxietates multiplicantur in corde meo, consolationes tuae delectant animam meam* (*Ps.,* XCIII, 19).